



## El acento proto-vasco

Mikel Martínez

► **To cite this version:**

| Mikel Martínez. El acento proto-vasco. El acento proto-vasco, 2004, pp.72. <artxibo-00523881>

**HAL Id: artxibo-00523881**

**<https://artxiker.ccsd.cnrs.fr/artxibo-00523881>**

Submitted on 6 Oct 2010

**HAL** is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

# EL ACENTO PROTO-VASCO

José Miguel Martínez Areta

(EHU-UPV)

## Abstract

*In this article, a thorough criticism of the main issues concerning the Basque accentuation is performed. In point 1, a synchronic description of the different Basque accentual types as described in Michelena (1972) and Hualde (1997) is carried out. Type I corresponds to Western varieties (specially V. and G.) and is characterized by the presence of certain accentually marked roots and morphemes, like the plural suffix. Type II corresponds to the Northeastern corner of the Basque-speaking territory (Suletin. and Roncalese dialects) and its main feature is that the stress (which is clearly intensive) falls nearly regularly on the penultimate syllable in the bulk of the lexikon. Type III corresponds roughly to High Navarrese (AN.) and is a derivation of Type II by means of a tendency towards the «columnization» of the accent throughout the paradigm. Type IV is still operative in the low part of the Bidasoa Valley, and according to it most words are stressed on the second syllable from the beginning.*

*Point 2 is an explanation of the different attempts to reconstruct the common accent. In particular, we discuss the proposals made by Martinet (1950, 1955) (accent on the first syllable), Michelena (1958) (accent on the second syllable) and Hualde (1993) (phrase-final accent with no word-level prominence).*

*In point 3, we discuss all the elements that are relevant in the diachronic analysis. Thus, we argue that Lakarra's (1995) theory of the root provides support for the accent-on-second theory, since some etymologies proposed by him seem to suggest that in some bisyllabic roots the first element has lost some phonic substance, whereas the second remains untouched, which may imply pretonic position of the former (\*han-kér "wicked animal" > akér "billy goat").*

*Finally, in point 4 we sketch out how the chronological development from that common accent system to the historical types may have taken place.*

## 0. Introducción

Uno de los temas más controvertidos de la fonología diacrónica vasca ha sido el del acento. La cuestión no fue encarada de lleno hasta los años 50 del pasado siglo dada la opacidad que todo vascólogo encuentra a la hora de investigar el acento, no ya sólo diacrónica, sino también sincrónicamente, en diversas regiones del espectro vascófono. Lo veremos en detalle a lo largo del presente trabajo. En los años 50,

Martinet y Michelena publicaron sus respectivos artículos, clásicos para todos los que hayan dedicado un tiempo al tema, y expusieron sendas teorías acerca del acento antiguo. Según el máximo exponente del funcionalismo, el proto-vasco tenía un acento fijo en la primera sílaba, mientras que para el vascólogo de Rentería lo tenía en la segunda.

En los últimos veinte o treinta años, diversos trabajos de lingüística descriptiva centrados en dialectos o variedades concretas han permitido que desde un punto de vista cognitivo la situación sea hoy mucho más favorable que en los albores de la cuestión, hasta tal punto que nos parece un poco exagerada la sentencia del recientemente fallecido Robert L. Trask al afirmar que «[t]he word-accent remains the one aspect of Pre-Basque phonology on which we are still in the dark» (1997: 166). José Ignacio Hualde, uno de los más importantes artífices de este favorable tránsito, ha formulado en los últimos años una tercera hipótesis en torno al acento vasco antiguo. Nuestro objetivo aquí es hacer una evaluación reposada sobre las tres hipótesis, tomando partido (digámoslo desde el principio) por la de Michelena. Aclaremos de antemano que nuestra investigación se ciñe al ámbito temporal proto-vasco, en ningún caso tratando de ir más atrás aún en el tiempo, como sí hemos hecho en algún otro trabajo.

Nuestro objeto de análisis será básicamente todo el material publicado que contenga información acentual sobre variedades o dialectos específicos. La descripción acentual en los dialectos euskéricos tiene bastante de galimatías y en ella cuenta y mucho la subjetividad del recolector de información. Hualde y Álvarez, por ejemplo, difieren en gran parte de la interpretación que hacen de los hechos acentuales en la parte occidental. Se nos podrá reprochar, y en cierta medida con razón, que no contamos con material de primera mano para nuestro examen. En especial, se nos podrá acusar de estar dando palos de ciego al criticar puntos esenciales de la hipótesis de Hualde cuando en realidad basamos casi todo nuestro análisis en datos aportados por él. De todos modos, esto sólo es cierto en lo que concierne al acento occidental. En lo que concierne al acento general, o proto-vasco, las directrices tanto sincrónicas como diacrónicas no parecen ser tan enrevesadas, y además aquí los testimonios históricos (como la marcación ortográfica del acento) son quizás incluso más importantes que las descripciones contemporáneas.

En el primer punto, tras una breve introducción a la historia de la cuestión, haremos una revisión crítica del acento en cada zona vascófona de las clasificadas por Michelena en su artículo de 1972 «A Note on Old Labourdin Accentuation». A pesar de que Hualde divide la zona correspondiente al tipo I en dos partes (la costa vizcaína y el resto), desde un punto de vista expositivo de cara al análisis histórico parece aún hoy más cómodo trabajar con la misma clasificación de Michelena. En el segundo punto, expondremos las tres hipótesis expuestas hasta ahora en torno al acento de la proto-lengua (la de Martinet, la de Michelena y la de Hualde). En el tercer punto realizaremos nuestro propio análisis de la cuestión, decantándonos razonadamente en favor de la hipótesis de Michelena, pero también exponiendo ideas o valorando fenómenos sobre todo tipo de aspectos que vayan surgiendo durante la marcha de nuestra argumentación. Acabaremos trazando brevemente una sucinta cronología de los hechos tal y como los vemos nosotros.

## 1. Acento intensivo, acento tonal, diversidad acentual

La cuestión del acento ha supuesto durante largo tiempo un tema demasiado esquivo para los vascólogos como para poder ser tratado en profundidad y con precisión. Al decir de Michelena, excelentes gramáticas han esquivado sigilosamente el asunto. Ello es debido a que en la mayoría de los acentos que hoy se consideran prestigiosos (los que componen el tipo acentual occidental) no existe una acentuación clara de la palabra, sino que ésta parece enmarcarse dentro de una acentuación rítmica dependiente de la frase. En rigor, esto sólo es más o menos cierto para el dialecto G.

El primero en enfrentarse a tan espinosa cuestión fue quizás Nicolás Ormaechea (1918) quien comenzó por exponer bien el problema al incidir en la diferencia entre intensidad (que implica mayor o menor amplitud de las vibraciones de las cuerdas vocales) y tono (que implica mayor o menor número de vibraciones de las cuerdas vocales).<sup>1</sup> Según Ormaechea, el euskera (en realidad se refiere al dialecto G.) tiene acentos tónicos pero carece de intensivos, al menos claramente perceptibles, como lo prueba el hecho de que palabras españolas con acento de intensidad en diferentes posiciones (en español) son indistintamente pronunciadas en bocas vascas autóctonas: esp. *máquina, ventana, corazón* > *mákiná, ventáná, córazón*. Los acentos gráficos en estos últimos tres vocablos indican sólo el contorno tonal, y es que según él las palabras pronunciadas aisladas tienden levemente a pronunciarse con el patrón tonal agudo-grave-agudo, si bien esto es sumamente variable dependiendo de los individuos, las circunstancias y la posición del elemento en cuestión en la frase. Unos años después Navarro Tomás en una breve nota interpretó que había querido decir que en G. cada palabra tenía un acento tónico, lo cual no era cierto, pues «En la frase, la acentuación de cada palabra se acomoda a la estructura prosódica del conjunto».<sup>2</sup>

Por el otro extremo de la zona vascófona, un excelente fonetista como Larrasquet (1928: 49-77) estudió algunos años después el acento en el dialecto S. Larrasquet señaló la existencia de un claro acento de intensidad en este dialecto demostrado por experimentos tanto objetiva como subjetivamente, pero también insistió en la concomitancia de la intensidad con otros rasgos como la altura tonal y la duración vocálica (de la vocal acentuada), que normalmente suelen ir juntos. Gavel<sup>3</sup> calificó este acento intensivo del S. como paroxítono, si bien señaló excepciones como los casos oxítonos en que a un tema en *-a* se le añade el artículo (*alába* «hija» > *alabá* «la hija», < *alabá* + *-a*, donde el artículo entra dentro de la unidad acentual) o los casos preparoxítonos que son en realidad préstamos bearneses (*sanantóniko, sangregóríko*).

<sup>1</sup> No vamos a incidir aquí, por no ser el lugar adecuado, en las peculiaridades articulatorias y acústicas del tono y del acento intensivo. Remitimos (por citar únicamente una obra clásica) a los capítulos 3 y 4, respectivamente, del *Suprasegmentals* de I. Lehiste (1970: 54-153).

<sup>2</sup> Cf. Navarro Tomás (1925: 645). Para una continuación de la polémica (Ormaechea respondió que él no había dicho tal cosa), cf. Ormaechea (1926: 260-268), y Navarro Tomás (1926: 404-406).

<sup>3</sup> Cf. *EPB*, pp. 108-116. Gavel percibió la diversidad dialectal y sobre el resto de dialectos fijó criterios para futuras investigaciones.

Volviendo a territorio occidental, es conocida la viva polémica entre R. M. de Azkue y Severo Altube acerca de la acentuación vasca.<sup>4</sup> El primero incide por primera vez en la idea de que, en muchas variedades de Vizcaya y parte de Guipúzcoa, «unos vocablos son monótonos y tienen tantos acentos de intensidad como sílabas; otros son dítonos y tienen también tantos acentos de intensidad como sílabas, menos la última que cae en la atonía».<sup>5</sup> Algunos nombres (comunes o propios) son léxicamente monótonos y otros léxicamente dítonos (*Campion*, *Etxegaray*, pero *Altubè*, *Azkuè*), al tiempo que entre los sufijos (declinativos o derivativos) hay algunos léxicamente tónicos que hacen que el conjunto de la dicción sea monótona y otros léxicamente átonos que hacen que el conjunto de la dicción sea dítona (*gizonak* «el hombre (erg.)», pero *gizonàk* «los hombres (abs./erg.)»). A partir de aquí, Azkue esboza una clasificación exhaustiva de elementos monótonos y dítonos a lo largo y ancho del léxico y la gramática. Altube, por el contrario, afirma: «Los acentos de duración y melódico, fuera de su actuación conjunta con el impulsivo, funcionan exclusivamente como elementos de significación *afectiva, no morfológica*» (1934: 187-188). La palabra es isotónica en cuanto a la intensidad, si bien en la pronunciación corrida tiende a fortalecerse, al menos en palabras de tres o más sílabas, la última por un lado y por otro la primera, la segunda, o la primera y la segunda, según su número de sílabas (si tiene tres se acentúa la primera) y si empieza por consonante o por vocal (en caso de tener cuatro o más sílabas, si empieza por consonante se acentúan las dos primeras sílabas y si empieza por vocal sólo la segunda). Pero lo más interesante de la aportación de Altube es su clasificación de inflexiones tonales según «matices de significación» (enunciativo, displicente, disuasivo-carinoso y ritual-formulario), y según la posición que el elemento en cuestión ocupe en la oración: podrá ser elemento ante-inquirido, inquirido o post-inquirido, en función de lo cual adoptará una u otra de las inflexiones tonales. Esta incursión en el estudio de la entonación según el orden de palabras hace de Altube un auténtico precursor de un tema que especialmente entre los vascólogos generativistas ha sido objeto predilecto de debate en los últimos años: la focalización.

En líneas generales, las apreciaciones de Azkue y de Altube han sido juzgadas como bastante precisas por los estudiosos contemporáneos del acento (especialmente Hualde y Gaminde), si bien sus descripciones sólo valen para las variedades que respectivamente trataban de estudiar: la variedad de Lequeitio aquél, el G. central éste. La polémica se convertía en un diálogo imposible en el momento en el que diferían sobre el acento del euskera en general, y no sólo porque sus objetos de estudio eran muy distintos, sino también porque mientras las disquisiciones de Azkue se centraban en el eje paradigmático de la lengua, las de Altube (al menos las

<sup>4</sup> Cf. Azkue (1931) y Altube (1932). Observaciones sobre el acento, además de una metodología ortográfica que especifica sistemáticamente las palabras monótonas y las dítonas la hallamos también en la *Morfología Vasca* de Azkue, a cuyas ideas se refiere de nuevo Altube en sus *Observaciones al tratado de «Morfología vasca» de Don R. M. de Azkue*, Bermeo 1934. En esta obra, las pp. 186-213 sintetizan lo expuesto por él en *El acento vasco*.

<sup>5</sup> Cf. Azkue (1931: 7). Es obvio de todos modos que, tratándose de la variedad de Lequeitio, la intensidad sólo puede entenderse como rasgo no pertinente, siendo la altura tonal lo realmente distintivo.

referidas a los contornos tonales) lo hacían en el eje sintagmático, incluso atendiendo a factores extra-lingüísticos.

La cuestión quedó dormida durante el período de posguerra. En los años 50, Martinet y Michelena publicaron diversos artículos sobre el acento, pero como se refieren a su posible reconstrucción y de momento estamos con su descripción sincrónica y su rastreo histórico, los dejamos para más adelante. En el capítulo 20 de la *FHV*, Michelena hace una recopilación de lo que ya se sabe sobre el acento moderno y aporta nuevos elementos. Para no repetir una y otra vez las mismas indicaciones, y dado que los temas relacionados con el acento se pueden estudiar con más profundidad en otros lugares, sintetizaremos los hechos acentuales modernos, sus diferenciaciones y sus posibles interconexiones históricas tomando como base el célebre artículo de Michelena «A Note on Labourdin Accentuation», de 1972, en el que se propone por primera vez una clasificación de las acentuaciones que es la que hoy en día se toma como punto de partida. No obstante, lo complementaremos cuando lo creamos oportuno con apuntes de diversa índole, particularmente los sacados del reciente estudio *Euskararen azentuerak*, de José Ignacio Hualde, y del utilísimo manual *Euskaldunen azentzuak*, de Iñaki Gaminde.<sup>6</sup>

Michelena<sup>7</sup> distingue cuatro tipos de acentuación dentro del conjunto de toda el área vascofona, que son los que describimos a continuación.

### 1.1. Tipo I

Es la acentuación del área centro-occidental, que comprende la mayor parte de Guipúzcoa, una considerable parte de Vizcaya que se extiende al oeste hasta Bilbao, y algunas (pero no todas) las regiones navarras que limitan con Guipúzcoa. La acepción «centro-occidental» la acuña Michelena, pero para no suscitar confusiones con el área central (correspondiente al tipo acentual IV) en adelante diremos «occidental» a secas.

---

<sup>6</sup> Cf. Hualde (1997), Gaminde (1998). Este material es en ambos casos, como si dijéramos, una recopilación de un número considerable de artículos y trabajos de diversa índole. Recurrirémos a ellos sólo si es estrictamente necesario para, por ejemplo, obtener más datos. Pueden verse en la bibliografía de ambos autores. Además de estos dos exhaustivos estudios, para la profundización en el tipo acentual nororiental (tipo II), su relación histórica con la acentuación ortográfica de Leizarraga, el salac. y otras variedades del AN, nos valdremos de la *FHV* (pp. 394-403). Para el tipo III, tendremos en cuenta el artículo de Michelena «Acentuación alto-navarra», de 1976. Para el tipo I, son imprescindibles las precursoras incursiones en el turbio terreno de la acentuación occidental de William H. Jacobsen en su artículo «Nominative-Ergative Syncretism», así como los numerosos estudios de Hualde y también el manual *Bizkaieraren azentu-moldeez*, de Iñaki Gaminde. Para el tipo IV, será de gran valor el mismo artículo recién mencionado de Michelena «A Note on Old Labourdin Accentuation», que a pesar de ser concebido para hacer una clasificación general de los tipos acentuales acaba convirtiéndose en su tramo final en una disquisición en torno a la acentuación central. Como complemento a todo, y con importante material en lo referido a información acústica, hemos tenido también en cuenta el trabajo de Álvarez Enparantza (Txillardegí) *Euskal azentzuaz* (1984).

<sup>7</sup> Cf. *PT*, pp. 236 y ss. Michelena escribe este estudio en 1972 para esta revista. En el mismo número aparece el importante artículo citado de Jacobsen, para cuyas pruebas Michelena ha colaborado. Lo que trata de hacer en este artículo suyo, por tanto, es una recapitulación de cómo están las cosas tras esta esencial aportación.

Este tipo es con mucho el que mayor diversidad muestra. Es por ello que hasta hace bien poco carecíamos de una descripción detallada e individualizada de los hechos que se aprecian en cada variedad, de una argumentación coherente en torno a lo que realmente caracteriza al tipo en su conjunto, y tienen en común tantas acentuaciones inconexas. Este trabajo lo han llevado a cabo en los últimos años una serie de vascólogos que han realizado una labor realmente memorable de auténtica lingüística descriptiva. José Ignacio Hualde quizás sea el que mejor ha sistematizado y sintetizado los resultados logrados. Para la exposición que sigue, nos basaremos fundamentalmente en los capítulos 6 y 7 de su mencionado *Euskararen azentuerak*.

La característica formal del tipo I es, en general, la presencia de ciertas raíces y de ciertos morfemas que son acentualmente marcados. La forma de realizarse esta marcación acentual varía en las diferentes variedades, como veremos enseguida, pero su función léxico-morfológica es esencialmente la misma en toda el área correspondiente al tipo I. De todas las potencialidades funcionales de esta marcación, la más productiva gramaticalmente y la más conspicua entre los vascólogos es sin duda la oposición [±plural]. A pesar de no ser una característica acentual sino morfológica, otro rasgo esencial común a todo el tipo I e íntimamente vinculado a todo esto es el sincretismo entre el absolutivo plural y el ergativo plural. Este sincretismo no ocurre en ninguno de los otros tres tipos acentuales, pues en ellos existe la diferenciación morfológica abs. pl. *-ak* / erg. pl. *-ek*, al menos en sus estados atestigüados más antiguos. Comparemos las siguientes formas de Azcoitia y Guernica para el lexema *lagun* «amigo»:

	Azcoitia	Guernica
erg. sg.	<i>lagúnek</i>	<i>làgúnèk</i>
abs. pl.	<i>làgunek</i>	<i>làgúnèk</i>
erg. pl.	<i>làgunek</i>	<i>làgúnèk</i>

Desde el punto de vista fonético, las marcas indican tipos de acento diferente. En Azcoitia, existe un único acento primario por palabra, en el que la mayor intensidad es concomitante con la mayor altura tonal, mientras que en Guernica el acento de palabra más bien no existe, si bien las palabras pronunciadas aisladamente se caracterizan por un contorno tonal determinado: en formas nominales polisilábicas no marcadas (ni en la raíz ni en un sufijo) la altura tonal asciende en la segunda sílaba (por la izquierda) y se mantiene así hasta el final de la palabra, mientras que en formas nominales polisilábicas marcadas (bien en la raíz, bien en algún sufijo añadido) la altura tonal desciende bruscamente, teniendo la última sílaba tonalmente alta cierta prominencia sobre el resto de las sílabas de la palabra. Desde el punto de vista de la posición del acento, ambas series de formas también difieren. Si hemos de marcar fonológicamente las formas de Guernica según lo dicho (y así es como lo hace Hualde), las representaciones respectivas serían erg. sg. *lagunèk*, abs. pl. *lagúnek* y erg. pl. *lagúnek*. Esta marcación es diferente de la de Azcoitia en cuanto a la posición de las sílabas prominentes, pero por lo demás el funcionamiento estructural es el mismo en ambos casos: el acento determina de una forma u otra la categoría [±plural], y en el plural no se distingue el absolutivo del ergativo,

ni morfológica ni acentualmente. Esta situación se halla presente en casi todas las variedades de este tipo, y sin duda ha de responder a un mismo orden de cosas en lo diacrónico.

Siguiendo la división que traza Hualde entre el capítulo 6 y el 7, podemos dividir el territorio correspondiente al tipo I en dos partes, cuyos rasgos esenciales acabamos de epitomizar con los ejemplos de Azcoitia y Guernica. En toda el área occidental exceptuando *grosso modo* la costa vizcaína, la acentuación es una especie de término medio entre el eje que forman los tipos III y IV y precisamente la acentuación tonal de la costa vizcaína. Para ninguna acentuación encaja mejor que para ésta la descripción que dio Nils M. Holmer, según quien (1964: 20-21 y 36-41) «[e]n contra de lo que se ha afirmado generalmente por los vascólogos, todos los dialectos vascos españoles, así como el suletino [...], tienen un acento tónico». Y, un poco más adelante: «Sin embargo, hagamos constar aquí [...] que el acento vasco, que en general es mucho más llano que en español, no es propiamente silábico sino rítmico y determinado por el contexto». Tanto es así que a menudo resulta difícil determinar el lugar del acento en las palabras sueltas. Pero existir, existe acento tónico, y éste se manifiesta mediante una combinación de altura tonal e intensidad. Ya Navarro Tomás (1925: 644-645) hizo mediciones de las vibraciones dobles recogidas para diversas palabras pronunciadas en dialecto guipuzcoano y éstos son algunos de los resultados: *go-ra-tu* «ensalzado» 150-150-160, *go-go-rra* «el duro (abs.)» 155-155-160, *gui-zo-na* «el hombre (abs.)» 140-130-145, *a-pi-ca* «acaso» 190-180-200, *nin-du-en* «vbo. aux. pret. > erg.: 1.<sup>a</sup> sg., abs.: 3.<sup>a</sup> sg.» 255-160-140, *i-za-te-co* «para ser» 150-140-140-90.

Si examinamos paradigmáticamente el léxico de variedad en variedad, podemos observar que las palabras tienen un tenue acento de palabra manifestado también en la intensidad. Es una intensidad menos clara que en los tipos III y IV debido precisamente a la naturaleza rítmica del acento, pero, a diferencia de la acentuación de la costa vizcaína, no es el contorno tonal el que define la palabra. Si tenemos en cuenta en primer lugar las raíces y los sufijos no marcados, el acento va siempre en un lugar fijo que se puede predecir por la(s) regla(s) general(es) vigente(s) en cada caso. A partir de ahí, existen raíces y sufijos marcados, que léxicamente pueden ser acentuados, pre-acentuantes, etc. Hualde describe tres ejes acentuales (aunque sin duda existen más): Anzuola-Vergara, la zona del Urola y Ceberio-Arratia.<sup>8</sup> En Anzuola-Vergara, la acentuación general no marcada es paroxítona (cf. Hualde 1997: 150-158): *ésku* «mano», *eskúa* «la mano (abs.)», *eskuandáko* «para la mano», *eskuandakúa* «el que es para la mano»; *lágun* «amigo», *lagúna* «el amigo», *lagunána* «el del amigo», *lagunandáko* «para el amigo». El plural, en cambio, muestra acento columnar: *lágunak* «los amigos (abs.)», *lágunena* «el de los amigos», *lágunendako* «para los amigos». Si observamos además raíces de más de dos sílabas, podremos comprobar que la regla básica en la acentuación de las formas con casos plurales es acento en la penúltima sílaba de la raíz: *alábak* «las hijas (abs.)», *ittúrixak* «las fuentes (abs.)», *abératzak* «los ricos (abs.)». Existen por otra parte palabras marcadas acentualmente, tanto préstamos antiguos (*gánbara* «desván», *liburu* «libro», *kipula*

<sup>8</sup> Para otros sub-tipos guipuzcoanos, cf. Jacobsen (1972: 84-87).



«cebolla»), préstamos recientes (*kótxia* «el coche (abs.)», *káfia* «el café (abs.)», *bánkua* «el banco (abs.)») y palabras autóctonas (*éuskeria* «el euskera (abs.)», *léngusiña* «la prima (abs.)», *tókixa* «el lugar (abs.)»). Todos los ítemes léxicos marcados tienen el acento en la misma sílaba (a saber, en la sílaba de la forma léxica) a lo largo de toda la declinación, tanto en el singular como en el plural. En cuanto a los compuestos, algunos llevan el acento en la última sílaba del primer miembro de compuesto (*burú-aundixa* «el de cabeza grande (abs.)», *xagú-xarra* «el murciélago (abs.)», *sorgín-orrazixa* «el peine de bruja (abs.)») mientras que otros son interpretados como ítemes del léxico general, no marcados, y llevan el acento en la penúltima (*aritz-orrixa* «la hoja de roble (abs.)», *txori-opílla* «la tortilla de ave (abs.)»). Algunos sufijos trasladan el acento más a la izquierda, igual que los morfemas de plural, como por ejemplo el sufijo *-ti* «sufijo de propensión» (*móskor-tixa* «el borracho (abs.)», *bildur-tixa* «el miedoso (abs.)»).

Es peculiar la acentuación de la zona del Urola, tal y como se manifiesta por ejemplo en Azcoitia (cf. Hualde 1997: 158-167). Aquí la acentuación parece en un principio ser la misma: paroxítona. Así: *óna* «el bueno (abs.)», *oná da* «es bueno», *gizóna* «el hombre (abs.)», *gizoná da* «es (el) hombre (abs.)» (donde la cópula entra dentro de la unidad acentual). Pero, si observamos unidades acentuales más largas, nos percatamos de que existe una restricción: el acento no puede ir más a la derecha que la tercera sílaba empezando por la izquierda: *gizoná dator* «el hombre viene» (donde el verbo también forma parte de la unidad acentual), *iturríxe da* «es la fuente». Obsérvese el paradigma de *gizon* «hombre»: *gizóna* «el hombre (abs.)», *gizonái* «al hombre», *gizonána* «el del hombre», *gizonákin* «con el hombre», *gizonántzako* «para el hombre». Parece tratarse por tanto de una acentuación tritotónica, es decir, con el acento regularmente en la tercera sílaba por la izquierda. Es ésta acentuación tipológicamente rarísima entre las lenguas del mundo. Ahora bien, el acento no puede ir en ningún caso en la última sílaba de la unidad acentual, normalmente la dicción (*gizóna*). La regla que rige la posición del acento puede así interpretarse de dos maneras: a) la acentuación es paroxítona, pero con la restricción de que el marco acentual lo forman las tres primeras sílabas, de modo que si la unidad acentual tiene cinco sílabas o más el acento no podrá ir más a la derecha de la tercera sílaba (por la izquierda); o b) la acentuación es tritotónica, pero el acento no podrá caer en ningún caso en la última sílaba y si la unidad acentual tiene dos o tres sílabas ésta será paroxítona. La acentuación del plural es marcada y columnar, de manera que el acento va en todos los casos en la misma sílaba que en el absoluto: *lagúne* «el amigo (abs.)», pero *lagunek* «los amigos (abs.)», *lagunek* «los amigos (erg.)», *lagunei* «a los amigos», *lagunena* «el de los amigos»; *alkatíe* «el alcalde (abs.)», pero *alkátiek* «los alcaldes (abs.)», *alkátiek* «los alcaldes (erg.)», *alkátiei* «a los amigos», *alkátiena* «el de los alcaldes». <sup>9</sup> En las palabras de acentuación marcada, el acento va en la misma sílaba tanto en el singular como en el plural: *óllarra* «el gallo (abs.)» / *óllarrak* «los gallos (abs.)», *báserrixe* «el caserío (abs.)» / *báserrixek* «los case-ríos (abs.)».

<sup>9</sup> En bisílabos, difieren las acentuaciones plurales de Azcoitia y Azpeitia: Azp. *lagúnek* «los amigos (abs.)», etc. Por otra lado, Azc. *gizonak* «los hombres (abs.)», pero Azp. *gizónak* «los hombres (abs.)».

Al sur del territorio vizcaíno, en Ceberio y en Arratia, encontramos una acentuación peculiar, aunque sin duda enmarcada dentro de los rasgos de la acentuación occidental (cf. Hualde 1997: 167-172). En los ítemes léxicos no marcados, el acento recae en la última sílaba, salvo que la palabra sea la última del grupo prosódico, en cuyo caso el acento pasa a la penúltima sílaba: *gixoná da* «es el hombre», *gixoná dator* «el hombre viene», *gixoná etorri da* «el hombre ha venido». Asimismo, *émon* «ptcpio. pfvo. de “dar”», *emón dau* «ha dado». Sin embargo, las palabras con raíz o sufijo acentualmente marcados (como *bóta* «ptcpio. pfvo. de “tirar”» y *-ak* «sufijo de abs. pl.») muestran acentuación paroxítona sea cual sea su posición en el grupo prosódico: *gixónak* «los hombres (abs.)», *gixónak dire* «son los hombres», *gixónak etorri dire* «los hombres han venido»; *bóta* «ptcpio. pfvo. de “tirar”», *bóta dau* «ha tirado». Ahora bien, en la morfología nominal esto sólo es válido para las formas de absoluto y ergativo. En el resto de los casos son operativas las siguientes reglas: 1) si la raíz tiene una o dos sílabas, el acento va en el determinante (*lurr-é-ri* «a la tierra», *lurr-én-a* «el de la tierra»; *gixon-á-ri* «al hombre», *gixon-án-a* «el del hombre»); y 2) si la raíz tiene tres o más sílabas, el acento recae en la última sílaba de la raíz (*mamarró-a-ri* «al coco», *mamarró-an-a* «al del coco»; *bertzolari-e-ri* «al bertsolari», *bertzolari-en-a* «el del bertsolari»). En el plural, que es en casi todas las formas morfológicamente idéntico al singular, el acento se encuentra en una sílaba más a la izquierda que en el singular (*gixón-ari* «a los hombres», *mamá-ro-ana* «el de los cocos», etc.). De esta forma, el acento es columnar en el singular (también lo es en el indefinido), e igualmente en el plural, donde el acento está una sílaba más hacia la izquierda. El sufijo alativo */-ra/* se comporta como el artículo */-a/*, es decir, no es marcado y por tanto lleva acento si la raíz tiene una o dos sílabas (*etze-rá* «a la casa»), pero se lo pasa a la última sílaba de la raíz si ésta tiene tres o más sílabas (*iturri-re* «a la fuente»). Por otra parte, otros sufijos son marcados y siempre se comportan de forma pre-acentuante, como el sufijo ablativo */-’ti/* (*etze-ti* «desde casa», *iturri-ti* «desde la fuente»), el sufijo ordinal */-’garren/*, el superlativo */-’en/* y el de procedencia */-’tarr/*. Por supuesto, también existen raíces marcadas como *léku* «lugar», *dénbora* «tiempo», *báserrri* «caserío», etc. En éstas, la declinación es siempre columnar a partir de la forma léxica en todos los casos y números.

Llegados a este punto, antes de abordar el acento de la costa vizcaína es necesario poner un poco de orden en toda la algarabía de acentuaciones que componen la zona occidental. Creemos que la regla primaria común a las tres acentuaciones vistas hasta ahora es la de que el acento general del léxico no marcado va en la penúltima sílaba. Ahora bien, las consideraciones que hay que tomar a partir de aquí varían en cada caso. La acentuación es claramente paroxítona en Anzuola-Vergara. En Azcoitia, como hemos dicho, funcionan dos reglas contrapuestas, la paroxítona y la tritotónica, y cuál es la primaria es una cuestión sincrónica que como tal no nos compete. Desde un punto de vista diacrónico, la regla tritotónica (acento en la tercera sílaba por la izquierda) no puede ser muy antigua, sino que más bien ha tenido que surgir por medio de una restricción secundaria. Primero, porque no es verosímil que una regla tan inusitada tipológicamente se mantenga en el tiempo durante tanto tiempo como para juzgarla

arcaica; segundo, porque sólo se da en Azcoitia y zonas adyacentes;<sup>10</sup> tercero, porque muchas de las dicciones que tienen cinco o más sílabas (las necesarias para saber si la regla tritotónica se impone a la paroxítona) están formadas sobre raíces que son préstamos (*katedrálekue* «el de la catedral») o bien tienen demasiada aglutinación de sufijos como para ser útiles para la reconstrucción (*gizonántzako* «para el hombre»). En Ceberio-Arratia, las raíces monosilábicas y bisilábicas son paradigmáticamente oxítonas en los casos absoluto y ergativo, pero en el grupo prosódico la última sílaba es extra-métrica, por lo que el acento pasa a la penúltima sílaba (/gizon-ál > *gizon-á* da «es el hombre», > *gizón-a* «el hombre (abs.)»). De alguna manera, aquí se combinan las dos acentuaciones existentes en el área occidental: la oxítona y la paroxítona. Seguiremos esta discusión tras tratar del acento en la costa vizcaína.

En múltiples variedades de la costa vizcaína, encontramos un acento basado en el contorno tonal de la dicción. Paradigmáticamente, una palabra no marcada comienza en tono grave, sube a tono agudo en la segunda sílaba y se mantiene el tono agudo en todas las sílabas hasta la última, en la que el tono desciende bruscamente a la vez que se manifiesta cierta prominencia, en parte intensiva. Esto al menos es lo que sucede en Guernica. Si un sufijo está léxicamente acentuado (como por ejemplo el sufijo de abs. / erg. pl. *-ak*), éste provoca que la caída brusca de la altura tonal, y con ella la prominencia, se produzca en una sílaba determinada, por lo general la anterior. Si es la raíz la léxicamente acentuada, ésta tendrá un contorno tonal determinado, por lo general agudo en la primera sílaba y grave en la segunda si la raíz en cuestión es bisilábica. Sintagmáticamente, si en un fragmento discursivo, o grupo prosódico, no hay ningún elemento (raíz, o sufijo derivativo o declinativo) con acento léxico, entonces el contorno tonal se mantiene agudo desde la segunda sílaba de la primera palabra hasta la sílaba final del grupo prosódico.

La mejor manera de ejemplificar todo esto es exponer los hechos de Guernica.<sup>11</sup> En otras variedades también con acento tonal algunos detalles varían, como veremos. Veamos primero la acentuación del abs. y dat. singulares (acentualmente no marcada) y sus respectivos plurales de la raíz no marcada *lagun* «amigo» (teniendo en cuenta que todos los morfemas de la declinación plural son acentualmente marcados y provocan caída de tono y prominencia en la última sílaba de la raíz):

	sg.	pl.
abs.	<i>la</i> <u>gune</u> l	<i>la</i> <u>gú</u> nek
dat.	<i>la</i> <u>guner</u> l	<i>la</i> <u>gú</u> neri

Las palabras marcadas tienen un contorno idéntico en el singular y en el plural, de modo que si no se distinguen morfológicamente, su realización es la misma. Veamos las formas correspondientes de *libru* «libro» y *gerníkar* «guerniqués»:

<sup>10</sup> Como Azpeitia, Régil, Urrestilla, y quizás Guetaria y Eibar (cf. Hualde, 1997: 160). En cualquier caso, esta acentuación no tiene demasiada consistencia geográfica como para poder ser considerada arcaica.

<sup>11</sup> Cf. Hualde (1997: 173-193) y también Basterrechea (1974: 353-393) y (1974: 289-338) y Jacobsen (1972: 79-84).

	sg.	pl.		sg.	pl.
abs.	$\overline{li}bru\overline{a}$	$\overline{li}bru\overline{ak}$	abs.	$\overline{ger}n\overline{i}k\overline{arra}$	$\overline{ger}n\overline{i}k\overline{arrak}$
dat.	$\overline{li}bru\overline{eri}$	$\overline{li}bru\overline{eri}$	dat.	$\overline{ger}n\overline{i}k\overline{arrari}$	$\overline{ger}n\overline{i}k\overline{arrari}$

Si el grupo prosódico no lleva ningún elemento marcado, el contorno tonal agudo se prolonga desde la segunda sílaba hasta la última de todo el grupo. Si en cambio existe un elemento marcado, el tono descende en la sílaba de esa palabra que corresponda y a partir de la segunda sílaba de la siguiente palabra se recupera la altura tonal aguda:

$\overline{gu}re\overline{lagun}\overline{aundize}\overline{da}$  «es nuestro gran amigo»  
 $\overline{gu}re\overline{li}bru\overline{aun}dize\overline{da}$  «es nuestro gran libro»

Además de los morfemas de la declinación plural, son también pre-acentuales el sufijo ablativo /-tik/, el sociativo /-gas/, el comitativo /-tzat/, así como, dentro de los derivativos, el de posesión /-txu/, el de procedencia /-tar/, el de propensión /-ti/ o el de superlatividad /-en/. También es léxicamente acentuado el sufijo ordinal /-gárr-en/, pero éste no es pre-acentual sino que lleva el acento en la *a*. Son, en cambio, acentualmente no marcados el sufijo /-garri/ «digno de», el sufijo de abstracción /-tasun/ y /-keri/, que sirve para formar *nomina actionis*. Cuando en una misma dicción se encuentran dos morfemas marcados, el que determina el descenso tonal es el primero (/gizon-‘an-‘ari/ «a los de los hombres» >  $\overline{gi}z\overline{o}n\overline{anari}$ ). Asimismo, si a una raíz marcada se le añade un sufijo marcado, aquélla determina el contorno tonal (/kánpo-‘tarr-a/ «el forastero (abs.)» >  $\overline{kán}p\overline{otarra}$ ).

Por último, hay que hacer alusión al acento del sintagma focalizado, existente en todas estas acentuaciones vizcaínas de carácter tonal. El sintagma focalizado es el que, por alguna razón (respuesta a una pregunta o mero énfasis argumentativo) se quiere subrayar. Si en él no hay ningún elemento con acento léxico, entonces se realiza como un grupo prosódico en sí mismo:

$\overline{gu}re\overline{lagunek}$  [ $\overline{e}tze\overline{barri}\overline{bét}$ ]  $\overline{e}rosi\overline{deu}$  «nuestro amigo, lo que ha comprado es una casa»

Si en el sintagma focalizado hay un elemento marcado, por ejemplo una raíz, éste tomará el acento y prolongará el tono grave hasta el final del sintagma:

$\overline{gu}re\overline{lagunek}$  [ $\overline{li}bru\overline{barri}\overline{bét}$ ]  $\overline{e}karri\overline{deu}$  «nuestro amigo, lo que ha traído es un libro»

Este acento podrá emplearse para enfatizar la palabra en cuestión, pero entonces queda claro que la posibilidad de llevar a cabo este énfasis está condicionada léxicamente: sólo se podrán enfatizar las palabras marcadas.<sup>12</sup>

En Lequeitio, los hechos son bastantes semejantes a los de Guernica, pero con alguna peculiaridad (cf. Hualde 1997: 193-201 y Hualde et al. 1994: 50-68). Si una

<sup>12</sup> Habría más cosas que comentar sobre la acentuación de los sintagmas focalizados, pero dependen casi siempre de factores extra-lingüísticos como la pragmática, y no nos aclaran nada desde el punto de vista diacrónico, de modo que lo dejaremos aquí (cf. Hualde 1997: 186-190); y para los hechos de acentuación de sintagmas focalizados en Lequeitio, cf. Hualde, Elordieta & Elordieta (1994: 61-68).

palabra o un sintagma dado no tiene ningún elemento (raíz o sufijo) léxicamente acentuado, entonces el contorno tonal será como en Guernica: agudo desde la segunda sílaba hasta la última, con un descenso brusco y cierta prominencia en ésta.

*lau*  $\overline{[sagár]}$  «cuatro manzanas»  
*sa*  $\overline{[garrá]}$  «la manzana (abs.)»  
*sa*  $\overline{[garrarí]}$  «a la manzana»

Pero, si esa palabra o sintagma contiene un elemento léxicamente acentuado, entonces será la penúltima sílaba la que lleve cierta prominencia y en la que el contorno tonal sufrirá el brusco descenso, y esto ocurrirá así en todos los casos. De este modo, un elemento marcado determina el contorno tonal del conjunto, sin importar su posición dentro de la unidad:

*lau*  $\overline{[libúru]}$  «cuatro libros»      *lí*  $\overline{[buruári]}$  «al libro / a los libros»  
*lí*  $\overline{[burúa]}$  «el libro (abs.)»      *lí*  $\overline{[burútik]}$  «desde el libro»

En el penúltimo caso, la raíz es marcada y también lo es el sufijo de dativo plural, pero este último no varía el contorno tonal, pues con un solo elemento marcado éste ya está determinado, y lo mismo sucede en el último caso con el sufijo marcado /-tik/. Hay que insistir en que da igual cuál sea el elemento marcado a la hora de producir la acentuación paroxítona. También puede serlo la raíz, y si a esta raíz marcada se le añade un sufijo no marcado (como los de la declinación del singular) el acento pasa de un caso a otro a la sílaba en la que ocupe la penúltima posición. Comparemos las declinaciones singulares de una raíz marcada con otra no marcada:

<i>/belarri*/</i>	<i>/iturri/</i>
<i>lau</i> $\overline{[belarri]}$ «cuatro orejas»	<i>lau</i> $\overline{[itxurri]}$ «cuatro fuentes»
<i>be</i> $\overline{[larrižá]}$ «la oreja (abs.)»	<i>i</i> $\overline{[txurrižá]}$ «la fuente (abs.)»
<i>be</i> $\overline{[larrižena]}$ «el de la oreja»	<i>i</i> $\overline{[txurrižena]}$ «el de la fuente»
<i>be</i> $\overline{[larrižentzako]}$ «para la oreja»	<i>i</i> $\overline{[txurrižentzako]}$ «para la fuente»

Si hay dos elementos marcados (es decir, la raíz y un sufijo, o bien dos sufijos), obtenemos el mismo resultado: contorno con bajada tonal en la penúltima sílaba. Observemos las siguientes palabras donde hay dos sufijos aglutinados:

<i>/lagun-en-ari*/</i>	<i>la</i> $\overline{[gunena]}$ <i>ri</i>	«a los del amigo»
<i>/lagun-en*-ari/</i>	<i>la</i> $\overline{[gunena]}$ <i>ri</i>	«al de los amigos»
<i>/lagun-en*-ari*/</i>	<i>la</i> $\overline{[gunena]}$ <i>ri</i>	«a los de los amigos»

Existe, por tanto, contorno tonal marcado (si hay al menos un elemento léxicamente acentuado) y no marcado (si no lo hay), pero no existen diferencias entre contornos tonales como existirían por ejemplo en Guernica (*la*  $\overline{[gune]}$  *nari* «a los del amigo», pero *la*  $\overline{[gu]}$  *nenari* «a los de los amigos»).

El mismo razonamiento vale para la mayoría de los nombres compuestos, que provocan contorno marcado:<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Con todo, parece que, si a una raíz marcada se le añade un sufijo derivativo no marcado, el resultado es no marcado, en tanto que la no marcación del morfema neutraliza la marcación de la raíz: /txotxólo/ «zoquete» + /-keri/ «sufijo que forma *nomina actionis*» > *txotxolokeri* «tontería».

/begi-gorri/ «de ojos ribeteados» > *be|gi|gó|rri*  
 /begi-gorriž-a/ «el de ojos ribeteados (abs.)» > *be|gi|gorri|ž|a*  
 /begi-gorriž-a-ri/ «al de ojos ribeteados» > *be|gi|gorriž|á|ri*

El comportamiento acentual de Ondárroa, en cambio, dista más del de Guernica.<sup>14</sup> En esta variedad, el absoluto singular de los ítemes no marcados llevan tono agudo en la última sílaba de la raíz y tono grave en el artículo. En cuanto a los ítemes marcados, cada uno tiene un contorno tonal propio. Veamos las siguientes formas en absoluto singular:

Raíces no marcadas	Raíces marcadas
<i>lin dda rra</i> «la fuerza (abs.)»	<i>in dda rra</i> «la alubia (abs.)»
<i>gi xó na</i> «el hombre (abs.)»	<i>e gi xé</i> «la verdad (abs.)»
<i>ba su e</i> «el bosque (abs.)»	<i>bá sue</i> «el vaso (abs.)»
<i>ar gitxasu ne</i> «la claridad (abs.)»	<i>lél kue</i> «el lugar (abs.)»

Obsérvese que *indarr-a* «la fuerza (abs.)» e *inddarr-a* «la alubia (abs.)» tienen el mismo contorno tonal. Pero eso sucede sólo aquí en la medida en que la *-a* del segundo caso es orgánica, pertenece a la raíz. Lo mismo ocurre con la *-e* de *egixe* «la verdad (abs.)». El contorno tonal léxico de estos ítemes marcados se manifiesta en cambio en el grupo prosódico. Aquí, en ausencia de elementos marcados se prolonga el tono agudo hasta la penúltima sílaba del grupo, y en ésta, más prominente, desciende bruscamente, de manera que la última sílaba es de tono grave:

Raíces no marcadas	Raíces marcadas
<i>in darra ra</i> «es la fuerza»	<i>in dá rra ra</i> «es la alubia»
<i>ar gitxasune ra</i> «es la claridad»	<i>ba serritxá rra ra</i> «es el casero»

En *argitxasune ra*, ningún elemento es marcado (el sufijo de abstractos *-tasun* no lo es), por lo que el contorno tonal que aparece es el no marcado, el neutral en grupos tonales, mientras que en *baserritxarra ra* el sufijo de procedencia *-txarr* sí es marcado, por lo que provoca la prominencia y la caída brusca del tono. En general, los sufijos marcados son los mismos que en las variedades estudiadas. En cuanto al plural, en los ítemes no marcados el acento (es decir, la prominencia y el descenso tonal) va en una sílaba más a la izquierda que en el singular, mientras que en los ítemes marcados el acento va en la misma sílaba en todo el paradigma singular y plural:

	sg.	pl.
Raíces no marcadas	<i>ba su re</i> «es (un) bosque» <i>txis tu re</i> «es saliva»	<i>bá suk tis</i> «son bosques» <i>txís tuk tis</i> «son salivas»
Raíces marcadas	<i>bá su re</i> «es (un) vaso» <i>txís tu re</i> «es (un) txistu»	<i>bá suk tis</i> «son vasos» <i>txís tuk tis</i> «son txistus»

<sup>14</sup> Cf. Hualde (1997: 201-216) y también Rotaetxe (1977: 140-205).

Pasemos ahora a considerar diacrónicamente las acentuaciones estudiadas. Digamos antes de nada que no hemos agotado ni mucho menos todas las acentuaciones relevantes, sino que nos hemos conformado con no pasar por alto nada que sea diacrónicamente esencial. Por lo demás, por medio de los tipos acentuales presentados aquí simplemente hemos querido exponer una muestra de la variedad, no agotarla. En realidad, cada una de estas variedades tiene diversas ramificaciones o variaciones en sus alrededores, y nos eternizaríamos al tratar de describirlas todas. También hemos esquivado la descripción de la acentuación de Guecho por ser estructuralmente casi igual que la de Guernica (aunque sin ser tonal), pero hay en ella datos y fenómenos con apariencia claramente arcaica, de manera que no la perderemos ahora de vista (cf. Hualde & Bilbao 1992: 39-46). En primer lugar, podemos observar que si bien la realización de las marcaciones acentuales de los elementos marcados es en muchos casos diferente en cuanto a la naturaleza e incluso en cuanto a la posición, se da una gran recurrencia de las raíces y los sufijos marcados que aparecen en suficientes variedades de la zona acentual que estamos considerando como para aceptar que existe un trasfondo histórico subyacente a todo el tipo I. Así, el sufijo de participio imperfectivo *-(t)zen*, el de propensión *-'ti*, el ablativo *-'ti(k)*, el sociativo *-'gaz*, el ordinal *-'garren* y algunos otros son marcados, casi siempre pre-acentuantes, en todas las variedades estudiadas. En cambio, otros sufijos como el de abstracción *-tasun*, *-keri* (que forma *nomina actionis*) y *-garri* «digno de» son también en todas las variedades acentualmente no marcados. También sucede con demasiada recurrencia como para ser casual que en compuestos el acento vaya en la última sílaba del primer miembro (*sagu* «ratón» + *zahar* «viejo» + *-a* «artículo» > *sagú-zaharra* «el murciélago (abs.)»). Por último, también existe una fuerte recurrencia de las raíces marcadas (*báso* «vaso», *béste* «otro», *léku* «lugar», *áurre* «parte delantera», *éuskera* / *euskéra*, etc...).

Consideremos el sufijo de plural *-ak*, que vale tanto para el absolutivo como para el ergativo. Aparece, en una gran cantidad de casos, como sufijo pre-acentuante. Así ocurre en Guernica, en Guecho (aunque sólo con temas terminados en consonante), en Ceberio (aunque sólo con monosílabos y bisílabos) y en Azpeitia (con la restricción de la regla tritotónica).<sup>15</sup> En otras variedades, parece que es más bien un sufijo pre-pre-acentuante. Esto ocurre en Anzuola-Vergara (*lágun-ak* «los amigos (abs./erg.)»), en Azcoitia con la restricción tritotónica (*gízon-ak* «los hombres (abs./erg.)»), pero *emakúmi-ek* «las mujeres (abs./erg.)»), y en Marquina pero sólo para las raíces bisilábicas y no para las más largas (*gízon-ak* «los hombres (abs./erg.)»), pero *guntzurún-ek* «los riñones (abs./erg.)»). También ocurre en algunas sub-variedades al norte de Guernica, como Arteaga y Ereño, y además aquí sin restricciones, si bien no hay rastro de esta retracción al sur, en Arrazua. Basterrechea señala (1974: 303) que en los datos de Guernica los hablantes más jóvenes pronuncian *gizón-ak*, y los más mayores *gízon-ak*. Esto, de todas formas, no debe llevarnos a pensar sin más que es *gízon-ak* la acentuación arcaica. Si ambas son posibles en un

<sup>15</sup> En casi todas ellas, además, se da el fenómeno de que, si hay dos morfemas de plural, es el primero el que delimita la marcación acentual: /gizon-*'an-'ari*/ > *gizón-an-ari* «a los de los hombres».

enjambre de sub-variedades, es natural que se den cambios esporádicos de generación en generación sin que éstos correspondan necesariamente a un orden cronológico.

Hualde (1993: 22-24) resume bien las razones por las que tiene más lógica pensar que en origen el sufijo plural es pre-acentuante, y la retracción es una innovación. En primer lugar, en las variedades donde el morfema de plural es pre-acentuante esto ocurre por lo general regularmente, en todo tipo de raíces y en todo tipo de casos. En cambio, donde hay retracción ésta se suele dar sólo parcialmente. En Guecho se da retracción sólo con los temas terminados en vocal (*étze-k* «las casas (abs./erg.)», pero *gisión-ak*). En Marquina, la retracción se da sólo en bisílabos, y además sólo para los casos absolutivo y ergativo (*básu-ek* «los bosques (abs./erg.)», pero *basú-ei* «a los bosques»).<sup>16</sup> En segundo lugar, algunos sistemas con morfema plural pre-pre-acentuante también muestran retracción ocasionalmente en el léxico, como se ve en algunos préstamos (*pátata* < esp. *patáta*, *tómate* < esp. *tomáte*, *pélota* < *pelóta*), por lo que queda claro que la retracción debe ser secundaria. Por último, en muchas de las variedades que muestran retracción (morfema de plural pre-pre-acentuante) sucede que la acentuación léxica no marcada es paroxítona, por lo que la retracción encuentra así una motivación funcional que explicaría el fenómeno como una innovación para evitar la confusión con el ergativo singular, o simplemente para conservar el acento como una característica distintiva del plural. En un principio, las formas no marcadas *gisión-a* «abs. sg.» y *gisión-ak* «erg. sg.» podrían ser iguales a *gízon-ak* «abs./erg. pl.», y precisamente para evitar esta ambigüedad se produciría la retracción del acento (*gisión-ak* > *gízon-ak* «pl.»). Esto es sin duda lo que ha ocurrido al menos en Anzuola-Vergara, la zona del Urola y Marquina. Además, si aceptamos que la característica arcaica del morfema de plural es la de ser pre-acentuante, entonces podremos homologar sus efectos a los de los sufijos derivativos y a los segundos miembros de compuestos pre-acentuantes, lo cual, como iremos viendo, resulta muy económico para explicar el origen de la acentuación occidental en su conjunto.

Pasemos ahora a las palabras no marcadas, es decir, aquellas formadas por raíz y sufijo no marcados. Como dijimos, la regla tritotónica es claramente secundaria y ha podido surgir de una reinterpretación de la regla paroxítona en palabras de cuatro sílabas, extendiéndose como restricción en palabras de cinco o más sílabas. En muchas variedades guipuzcoanas cercanas a territorio navarro (como Beasain y San Sebastián (cf. Hualde 1997: 130-140 y 142-147) y también en otras no tan cercanas (Oñati, cf. Hualde 1997: 127-130), se da una acentuación deuterotónica, con distintas peculiaridades en cada caso. Ello puede tener que ver con la proximidad de la zona acentual del tipo IV.<sup>17</sup> En cualquier caso, el territorio guipuzcoano se caracteriza por ser un *mare magnum* de posibilidades acentuales de la más diversa gama en la que no es siempre fácil ver cuál es arcaica y cuál reciente. Tanta diversidad es un terreno propicio para la proliferación de reinterpretaciones y extensiones

<sup>16</sup> No quiere decir esto que no existan variedades donde la retracción ocurre totalmente, como en Azcoitia o Anzuola-Vergara, pero esto tiene una explicación bastante lógica, como enseguida veremos.

<sup>17</sup> De todas formas, según Hualde en Guetaria y quizás también en Azpeitia la acentuación deuterotónica está surgiendo de nuevo a partir de la tritotónica.



análogas. De todas formas, llama la atención que, según contemplamos el espectro vascofónico de este a oeste, a partir de la mitad del dialecto G. es recurrente la acentuación paroxítona en palabras no marcadas. Esto ocurre en Anzuola-Vergara, en Azcoitia (al menos en palabras de tres y cuatro sílabas, donde no es posible la aplicación de la regla tritotónica) y se percibe en parte en Ceberio y Arratia, donde, si bien las palabras son en general paradigmáticamente oxítonas, el final de grupo prosódico ha de ser siempre paroxítono (*gixon-á da* «es el hombre», pero *etorri san gixon-a* «vino el hombre»).

Aunque no sabemos si tiene relación histórica con todo esto, también en la costa vizcaína, con su acento tonal, encontramos en Ondárroa y en Marquina acentuación paroxítona al final de grupos prosódicos (*in darr-a ra* «es la fuerza», pero *erakutzi eban inda rr-a* «mostró la fuerza»). Hualde recurre al concepto de «extra-metricalidad» de la última sílaba para explicar estos dos casos. Por nuestra parte, señalaremos lo siguiente. Si hemos quedado en que el morfema de plural *-ak* era pre-acentuante en una época común a todo el territorio del tipo I, y si, por otra parte, la posición del acento ha servido en todo momento para crear oposiciones entre palabras no marcadas y otras marcadas (como la oposición sg. / pl.), entonces formas como *gizon-a* «el hombre (abs.)» o *gizon-ak* «el hombre (erg.)» tendrían que ser o bien paradigmáticamente oxítonas o bien no acentuadas, pues si fueran paradigmáticamente paroxítonas no podrían oponerse a *gizón-ak* «los hombres (abs./erg.)». Se objetará que esta argumentación es circular, puesto que para explicar el carácter secundario de la retracción pre-pre-acentuante en el morfema plural ya recurrimos a la acentuación paroxítona del singular, de la que tenía que oponerse de alguna manera. Pero no olvidemos que a favor del carácter secundario de esta retracción contábamos con clarísimos indicios independientes de este argumento. Creemos, por tanto, que una oposición del tipo *gizon-àk*<sup>18</sup> «erg. sg.» / *gizón-ak* «abs./erg. pl.» existió y fue general en la zona del tipo I. La acentuación paroxítona a nivel de palabra de ciertas variedades, sobre todo guipuzcoanas, quizás surgió a partir de una reinterpretación de la acentuación deuterotónica, que se hace más frecuente conforme avanzamos hacia el este. Más acendrada parece la acentuación paroxítona en final de grupo prosódico. La «extra-metricalidad» de la última sílaba de grupo prosódico se da en zonas muy separadas como Azcoitia-Azpeitia, valle de Arratia y Ondárroa-Marquina, y puede responder a un trasfondo histórico, al menos en ciertos contextos.<sup>19</sup>

Esto supone que el morfema de plural *-ak* provocaba la misma regla acentual que los compuestos o las construcciones de estructura semejante a los compuestos

<sup>18</sup> Recordemos que el acento grave quiere decir que no existe prominencia a nivel de palabra, sino a nivel de grupo prosódico. Es decir, que *gizon-àk* era sintagmáticamente no acentuado, aunque sub-acentualmente oxítono.

<sup>19</sup> También Hualde lo cree así (cf. 1993a: 43). Es un misterio por qué esto sucede así. De manera expeditiva, podemos pensar que a final de discurso alguna partícula o forma verbal, monosilábica y muy frecuente, era pronunciada átonamente, o incluso de forma enclítica, poniendo de manifiesto la acentuación oxítona subyacente en la palabra anterior. Un suponer: ...*gizonà* pero *gizoná da* «...es el hombre». Y de aquí surgirían dos tipos de finales de grupos prosódicos: uno oxítono y otro paroxítono. Sin embargo, al final de este trabajo vamos a dar otra explicación, seguramente más verosímil, a todas estas estrategias de evitar un acento oxítono.

(/gizon/ + /-ak/ > *gizón-ak* «abs./erg. pl.»).<sup>20</sup> Pero esto no sucede con los morfemas del singular (/gizon/ + /-a/ > *gizon-à* «abs. sg.»), lo cual lleva a pensar lo siguiente: en el área vascófona occidental hubo, en una época común a todo el territorio del tipo I, una situación gramatical según la cual el morfema de abs. sg. *-a* ya se había convertido en artículo, formando así parte de la misma unidad acentual que la raíz (/gizon/ + /-a/ > [gizon-a] «el hombre (abs.)»), mientras que el morfema de abs./erg. pl. *-ak* no era concebido dentro de la misma unidad acentual, sino que era interpretado todavía como un morfema (sufijo o demostrativo) cuyo carácter enclítico le obligaba a enfatizar por medio del acento el lexema determinado (/gizon/ + /-ak/ > [gizón]-*ak* «los hombres (abs./erg. pl.)»).<sup>21</sup> Hay consenso en que el artículo singular debe provenir de un antiguo determinante, y quizás también el artículo plural, aunque en este caso es también posible que el origen sea un sufijo. Sea como fuera, en V. el morfema del singular se gramaticalizó y pasó a formar parte de la unidad acentual, mientras que el morfema de plural se quedó fuera de ella. Michelena (*PT*, 48-49) apunta otro argumento independiente a favor de esta hipótesis. En el dialecto V., si a una raíz terminada en *-a* se le añade el artículo *-a* tiene lugar la disimilación *\*-aa* > *-ea* (/domekal + /-a/ > *domekea* «el domingo (abs.)»), pero si se le añade el morfema plural *-ak* «abs./erg. pl.», no sucede que /domekal + /-ak/ > *\*\*domekeak*, sino simplemente > *domekak*, lo cual lleva a pensar que la disimilación se producía sólo dentro de dicción, y que la gramaticalización del morfema plural se produjo en una época más tardía, cuando la regla de disimilación ya no era operativa.

Afrontemos ahora la siguiente cuestión: en ese estadio que podemos llamar provisionalmente occidental común, ¿qué naturaleza tenía el acento, tonal como en la costa vizcaína, o rítmico-intensiva como en el resto del territorio? Hualde (1997: 223) cree que al ser el acento de la costa vizcaína el que mejor ha conservado las características fundamentales reconstruibles para el tipo I, es natural pensar que es éste el que ha mantenido la naturaleza antigua. En primer lugar, dejando a un lado Lequeitio y Ondárroa, es esta acentuación la que tiene unas características más acentuadas y se aleja más de los tipos de acentuación circundantes.<sup>22</sup> En segundo lugar, es el sistema más rico en oposiciones. En tercer lugar, todos los comportamientos de los sufijos marcados que hemos podido calificar como generales en este sistema se explican excelentemente bien. Esto se refiere, naturalmente, al sistema de Guernica, o mejor dicho, al de Arrazua, si hemos de epitomizarlo con la variedad que mejor se atiene a la ortodoxia: en el singular, acento no marcado subyacente en la última sílaba, y en el plural, acento marcado en la última sílaba de la raíz. Ahora

<sup>20</sup> En realidad, todos los morfemas de plural producen esta acentuación, pero no olvidemos que en último término todos ellos tienen que venir de una aglutinación del demostrativo plural *-ak/ -ag(a)* + sufijo casual correspondiente. Así, *-én* «gt. pl.» < *\*-ag-en*, *-akas* «sociat. pl.» < *\*-ak-gas*, etc., de modo que lo que en realidad ocurre es la mera aplicación de la regla «si hay dos morfemas marcados en una misma palabra, es el primero (el de más a la izquierda) el operativo».

<sup>21</sup> Algo así como el efecto que provocan en griego clásico los pronombres personales enclíticos átonos (*με* «1.<sup>a</sup> sg. ac.», *σε* «2.<sup>a</sup> sg. ac.», *μοι* «1.<sup>a</sup> sg. dat.», *σοι* «2.<sup>a</sup> sg. dat.», etc.) y la partícula coordinativa *τε*, que hacen que la sílaba anterior, átona por ser generalmente última sílaba de una forma verbal finita, adquiera un acento agudo (*ἔλιπε* «abandonó», pero *ἔλιπέ με* «me abandonó»).

<sup>22</sup> El origen de la acentuación de Lequeitio es un verdadero misterio, pero no puede tratarse más que de una innovación con respecto a la de Guernica.

bien, haría falta una prueba independiente que corroborara la mayor extensión de esta acentuación por el área occidental para que esta hipótesis cobrara una consistencia considerable. Pues bien, quizás ésta la hallemos en *El imposible vencido*, la obra de Larramendi publicada en 1729 en la que se da una respetable descripción del acento y la prosodia del euskera tal y como él los entendía (1729: 336-372). Recordemos que Larramendi era oriundo de Andoain, localidad situada por el centro de Guipúzcoa, algo escorada al nordeste. Pues bien, en Larramendi la declinación de *gizon* «hombre» que encontramos es la siguiente:

	sg.	pl.		sg.	pl.
abs.	<i>guizoná</i>	<i>guizónac</i>	dat.	<i>guizonarí</i>	<i>guizónai</i>
erg.	<i>guizonác</i>	<i>guizónac</i>	gt.	<i>guizonarén</i>	<i>guizónen(a)</i>

Es decir, la que hemos estipulado como arcaica según los datos que hemos considerado más conservadores. Esta situación se mantiene esencialmente por ejemplo en Arrazua y en Guecho, y en otras variedades se mantienen retazos de ella, con innovaciones claramente recientes.

Hay que decir que según Álvarez (1984: 328) la marcación ortográfica del acento en Larramendi no es fidedigna, sino que está supeditada a las teorías preconcebidas que el jesuita tenía sobre el acento vasco. Según él, en el resto de sus obras las marcas ortográficas de acento están plagadas de irregularidades y errores. Hualde (1991b: 747-749) no suscribe esta opinión, sino más bien cree que son las ideas preconcebidas de Álvarez (quien pretende demostrar que en la zona occidental la acentuación general es deuterotónica) las que le llevan a interpretar las marcas ortográficas de Larramendi de una determinada manera. Tampoco Michelena (*FHV*, 387-388) cree que Larramendi se sacara estas marcas ortográficas de la manga. Por nuestra parte, creemos que una comparación de la acentuación que nos ofrece Larramendi con la generalidad de la acentuación occidental, y en concreto con la de Guecho y Arrazua, no deja lugar a duda: la marcación ortográfica de Larramendi no puede ser casual. Los elementos marcados que él considera léxicamente acentuados o pre-acentuantes son en general los mismos que lo siguen siendo hoy. En Larramendi la mayoría de los sufijos derivativos monosilábicos son pre-acentuantes, mientras que la mayoría de los bisilábicos llevan acento léxico en la primera sílaba de este sufijo: así por ejemplo el de propensión *-ti*, el agentivo *-le* y el superlativo *-én*, por un lado; pero por otro lado el comparativo *-ágo*, los agentivos *-tzálle* y *-guille*, y el ordinal *-gárren*. Tal y como esperaríamos, no son marcados (o al menos Larramendi no los menciona como tales) los tres adverbiales *-ki*, *-to* y *-ro*, *-garri* «digno de», el de abstracción *-tasun* y el generador de *nomina agentis* *-keri*.<sup>23</sup>

El único peligro que le vemos al acento según Larramendi es la posibilidad de que se refiera al de la variedad que se hablaba en Bilbao cuando él estudió allí, y

<sup>23</sup> En algún caso, hay algún desajuste en cuanto al carácter acentuado o pre-acentuante de un sufijo léxico, como sucede con el sufijo de procedencia *-(t)arr*, que Larramendi nos da como acentuado (*-(t)árr*), pero que en casi todas las variedades acentuadas es pre-acentuante (*-(t)arr*). Hualde (cf. «Larramendi y el acento vasco», p. 745) relaciona esto con el hecho de que por ejemplo en Guernica no existen morfemas acentuados en la última sílaba, de manera que un sufijo monosilábico no podrá ser pre-acentuante.

no al de su natal Andoain.<sup>24</sup> Sin embargo, esto tampoco es muy verosímil. En un tema tan escabroso como el acento, en el que desde un punto de vista descriptivo tan importante es la intuición del hablante nativo, es sumamente dudoso que Larramendi se refiriera a otra variedad que no fuera la suya nativa. Además, cuando sabemos que en otras partes de su obra, especialmente las referentes a la morfología, el dialecto que tenía en mente era el G., no tiene sentido que en este punto particular tome como referencia el vizcaíno occidental. Por espurio que pueda parecer el hecho de que el acento de Larramendi corresponda al de unos pocos focos conservadores del V. actual, no olvidemos que en territorio guipuzcoano aún quedan vestigios de esta acentuación. En Azpeitia, por ejemplo, en posición no inmediatamente antes de pausa el euskera la declinación de ítemes no marcados es casi idéntica a la de Larramendi (*lagun-é* «el amigo (abs.)» / *lagún-ek* «los amigos (abs.)», *lagun-ék* «erg. sg.» / *lagún-ek* «erg. pl.», *lagun-éi* «dat. sg.» / *lagún-ei* «dat. pl.», etc.)<sup>25</sup>

Menos precisos son los testimonios del historiador guipuzcoano Martínez de Zaldibia, muerto en Tolosa en 1575, y el del humanista italiano L. Marineo Sículo (*FHV*, 388-389). Aquél dejó escrita la siguiente consideración: «...todos los nombres, excepto pocos y aquellos propios, en el primer número acaban en *a*, y en el segundo en *ac*, sin declinarlos; y por algunos artículos distinguen las variedades de los casos y pronuncian poniendo el acento a veces en la penúltima y a veces en la última». Michelena apostilla que si estas palabras se refieren a la oposición entre singular y plural (en los casos absoluto y ergativo), entonces sus indicaciones son homólogas a las de Larramendi. Marineo Sículo dejó a principios del siglo XVI una lista de palabras vascas con marcación ortográfica del acento (al menos en la mayoría de ellas). Éstas van por lo general en abs. sg. y el acento va la mayoría de las veces en la penúltima sílaba: *améa* «la madre (abs.)», *aytéa* «el padre (abs.)», *echéa* «la casa (abs.)», *odéya* «la nube (abs.)», *cerúa* «el cielo (abs.)», *çurúa* «el blanco (abs.)», *alauéa* «la hija (abs.)», *arreuéa* «la hermana (de varón) (abs.)», *anagéa* «el hermano (de varón) (abs.)», *emaztéa* «la mujer (abs.)», *irargúia* «la luna (abs.)», *súa* «el fuego (abs.)» y *ardáoa* (?) «el vino (abs.)». Por otra parte: *ederrá* «el hermoso (abs.)», *gorpuçá* «el cuerpo (abs.)», *alcandórea* «la camisa (abs.)», *onerétea* «el amor (abs.)».<sup>26</sup>

Antes de pasar a recapitular todo lo dicho hasta aquí, hagamos una breve mención de la acentuación de los compuestos. Hualde cree que la regla general original en el área occidental es que el acento va en la última sílaba del primer miembro de compuesto. Es cierto que este patrón se da en muchas variedades occidentales, pero a menudo combinado con otro u otros. En Anzuola-Vergara, por ejemplo, algunos compuestos se acentúan así (*burú-aundixa* «el de cabeza grande (abs.)», *xagú-xarra*

<sup>24</sup> El Padre Manuel Larramendi ingresó en la Compañía de Jesús en Bilbao cuando tenía 17 años, es decir, en 1707, pero sólo pasó allí unos años.

<sup>25</sup> Cf. Hualde (1991b: 741-742). De hecho, Hualde cree que el acento que describe Michelena para su localidad natal (Rentería, casi en el extremo nororiental de Guipúzcoa) tampoco difiere extraordinariamente del descrito por Larramendi (cf. Hualde 1997: 231-233).

<sup>26</sup> Los numerales son oxítonos (*irú* «tres», *çorçí* «ocho») y también lo son las formas verbales finitas (*edatendót* «bebo», *laster eguitendót* «lo hago pronto»).

«el murciélago (abs.)») pero otros se adecúan a la acentuación no marcada paroxítona (*aritz-orrixa* «la hoja del roble (abs.)»). En Azpeitia, hay compuestos con acento en la primera sílaba del segundo miembro (*buru-áundiye* «el de cabeza grande (abs.)», *begi-górriye* «el de ojos rojos (abs.)») y otros con acento en la última sílaba del primer miembro (*óll-arra* «el gallo (abs.)», *neská-zarra* «la solterona (abs.)»).<sup>27</sup> En Guernica, la mayoría de los compuestos llevan acentuación marcada y portan el acento en la última sílaba del primer miembro (*burú-aundi*, *begi-gorri*), y lo mismo ocurre en Guecho (*sagú-sar* «murciélago»). La suposición de Hualde parece tener buen fundamento si además consideramos que algunos ítemes frecuentes en V. son hoy ítemes simples (no compuestos) léxicamente marcados, pero apuntan claramente a una estructura antigua de compuesto con el acento en la última sílaba del primer miembro de compuesto. Así sucede con algunos nombres de la semana.<sup>28</sup> En Guecho, por ejemplo, tenemos: *martitzen-a* «el martes (abs.)» < \**Martitz-egun* (lat. *dies Martis*), *egústena* «el miércoles (abs.)» < \**egú-aztena* (?) «último día (?)», *éguena* (pero *egúena* en Arrazua) «el jueves (abs.)» < \**egú-egun* (?) «día-día (?)», *baríku* «viernes» < \*(a)*bari bagako egun* (lat. *dies sine caena*). Tenemos también *illéna* «el lunes (abs.)» < \**il-eguna* (lat. *dies lunae*), pero esto es explicable por la retracción acentual de Guecho, operativa en múltiples casos (también en *éguena* < *egúena*, dicho sea de paso).

En líneas generales, creemos que la hipótesis de Hualde sobre la evolución y fase inicial de la acentuación occidental es acertada. En cambio, discrepamos en cuanto al modo de surgimiento, cosa que veremos más adelante. Pero quedémosnos por el momento con la idea de que su análisis es adecuado para describir la situación sincrónica de los focos más arcaizantes y su rastreo histórico. Los testimonios obtenidos son compaginables en gran medida con los que nos son dados esperar por medio de ella y la distribución geográfica de la evolución original también encaja bien con lo que predeciría la teoría general del cambio lingüístico: tenemos por una parte una zona central (el dialecto G.) que ha innovado, no sabemos si por causas internas o externas, y en la que sólo quedan restos de la antigua situación, y una zona periférica (especialmente Guecho y Arrazua) que como tal ha conservado mejor la situación original. En cuanto al surgimiento de esta situación, Hualde cree que en origen tendríamos una acentuación sin prominencia a nivel de palabra, sino sólo a nivel de grupo prosódico, terminando éste en una sílaba con cierta prominencia, quizás tonal (si es la acentuación de la costa vizcaína la más arcaica en cuanto a la naturaleza del acento). En cualquier caso, quizás el grupo prosódico terminaría en algunos casos específicos con acento paroxítono. A partir de aquí, y siempre según Hualde, bajo determinadas circunstancias en ciertas palabras y compuestos surgieron acentos léxicos que dividían el léxico en dos grupos: el no marcado y el marcado. Dado que este acento léxico sólo surgía en cierto número de casos, la gran mayoría del léxico pertenece al ámbito no marcado y sólo

<sup>27</sup> Cf. Hualde (1993: 248) de donde están sacados estos datos. Según Hualde, la mayoría de los que acentúan la última sílaba del primer miembro tienen un segundo miembro monosilábico.

<sup>28</sup> Cf. Hualde (1997: 227). La mayoría de las siguientes etimologías son de Michelena. A Hualde en este caso sólo le interesa la posición del acento, para hacer ver que las contracciones vocálicas están a favor de un acento antiguo en la última sílaba del primer miembro.

un número minoritario de elementos léxicos (raíces y morfemas) pertenece al ámbito marcado.

A pesar de discrepar en el modo de surgimiento de esta acentuación, por su potencial analítico seguiremos por ahora la hipótesis de Hualde para dar cuenta de los casos que provocan acentuación marcada. Según él, se produjo un acento léxicamente marcado en los siguientes casos:

- en compuestos.** En un momento dado, surgieron compuestos en los que el segundo miembro provocaba la acentuación léxica de la última sílaba del primer miembro. Si asumimos con Hualde que esto fue una regla fonética que surgió de manera espontánea, y que por tanto antes de su surgimiento no se aplicaba tal regla aunque podían existir estructuras composicionales, la regla pudo surgir por la motivación funcional de crear oposiciones entre significados endocéntricos (con acentuación no marcada) y exocéntricos (con acentuación marcada). Así, de un sintagma con significado endocéntrico como *sagu zaharr-à* «el ratón viejo (abs.)» (tonalmente *sa|gu zaharr-à*), se crearía *sagù-zaharr-a* «el murciélago (abs.)» (tonalmente *sa|gu| zaharr-a*).<sup>29</sup>
- en estructuras del tipo «raíz + afijo derivativo».** Algunos sufijos derivativos, como los agentivos *-ti* y *-le*, el imperfectivo *-i(z)en*, el superlativo *-en*, el sufijo de procedencia *-tarr* o el ordinal *-garren* provocan acento en la última sílaba de la raíz a la que se añaden.<sup>30</sup> Otros, como *-garri* «digno de», el de abstracción *-tasun* o el generador de *nomina actionis* *-keri*, no generan ningún tipo de acento léxico. Por qué unos sufijos generan acento léxico en la última sílaba de la raíz y otros no, es un misterio. Hualde nos dice: «I can only speculate that unaccented derivational suffixes created morphological structures which were considered different from compounds at the time the compound accent rule arose» (1993b: 40), especulación que habrá que tomar por razonable mientras no tengamos otra mejor.
- en estructuras del tipo «raíz + sufijo declinativo».** En la práctica, del tipo «raíz + morfema de plural». El análisis comparativo apunta inequívocamente, como hemos visto, a una situación en la que todos los morfemas de la declinación plural producían la acentuación léxica de la última sílaba de la raíz a la que eran añadidos. La base pre-acentuante de todos estos morfemas es el morfema *-ak*, que, cualquiera que fuera su origen gramatical, hacía que se

<sup>29</sup> Esto provocó el surgimiento del acento contrastivo, como se puede ver comparando estos dos casos. Este par mínimo es muy semejante en todos los aspectos al conocido par mínimo inglés *black bird* «pájaro negro» / *blackbird* «mirlo». El primero es sintagma; el segundo compuesto.

<sup>30</sup> Decimos «afijo» porque Hualde incluye también aquí los verbos con infijo causativo *-ra-*, que también provoca acentuación marcada según podemos ver en los testimonios de Guecho: *erábili* «usado», *érein* (< \**e-ra-gi-n*) «causado», *erákutsi* «mostrado», *erákatsi* «enseñado». Dejaremos aquí al margen la cuestión de si en todos estos casos la acentuación léxica de todos estos sufijos era pre-acentuante o en algunos casos era acentuada. Recordemos que el sufijo de procedencia *-tarr*, el ordinal *-garren*, y también los agentivos *-guille* y *-tzáile*, entre otros, aparecen como acentuados en Larramendi. Creemos que estos casos son secundarios. Recordemos, por ejemplo, que el sufijo de propensión *-ti* y todos los morfemas de la declinación plural son pre-pre-acentuantes en Anzuola-Vergara, un cambio clarísimamente secundario, que sugiere la posibilidad de que otros se hayan producido en la dirección contraria.

acentuase la última sílaba del elemento anterior en una época en la que el artículo *-a* «sg.» (en origen determinante) ya se había gramaticalizado. El hecho de que en este caso veamos léxicamente acentuada una construcción del tipo «raíz + morfema plural» nos hace pensar que las construcciones pre-acentuan-tes (con acento en la última sílaba del primer formante) podían ser de distinta estructura sintáctica.

- en préstamos latino-románicos.** Bastantes préstamos latino-románicos, algunos de ellos muy antiguos, aparecen en todos los lugares como acentualmente marcados. Así, en Guecho: *aküllu* «aguijada» < lat. *ácülēus, apóstolu* «apóstol» < lat. *āpostōlus, ántzar* «ganso» < lat. *anser, autóno* «otoño» < lat. *autumnus, dénda* «tienda» < rom. *tenda, dénpora* «tiempo» < lat. *tempōra, doméka* «domingo» < lat. *dōmīnīca, géla* «habitación» < lat. *cella, górtā* «cuadra» < lat. *cōhortem* «ac.», *kinpúla* «cebolla» < lat. *caepŭlla, makilla* «bastón» < lat. *baccilla*. En definitiva, todos los patrones acentuales que podía tener un préstamo latino-románico (paroxítono o proparoxítono, de dos, tres o más sílabas) sonaban extraños a oídos de los vascófonos del tipo I y de ahí su acento léxico.<sup>31</sup>

## 1.2. Tipo II

Se trata de la acentuación llamada nororiental, que comprende los dialectos S. y ronc. En ella, las palabras tienen casi todas ellas un claro acento de intensidad. La acentuación, por tanto, recuerda a las lenguas románicas, y más concretamente a la del gascón.

La posición del acento es generalmente la penúltima sílaba, al menos en el dialecto S., el más característico de este tipo. Ahora bien, incluso en éste hay excepciones. Las palabras oxítonas pueden clasificarse en los siguientes tipos: a) préstamos (*animál* «animal», *bankarrót* «bancarrota»); b) compuestos cuyo segundo miembro es monosilábico (*āhor-lán* «trabajo de campo», *bŭr-hás* «desnudo de cabeza»), así como palabras a las que se les añade un sufijo tónico (*menditár* «aficionado a la montaña», *hilkór* «mortal»); c) contracciones de temas en *-a* con el artículo (*alhába* «hija», pero *alhába* + *-a* > *alhabá* «la hija (abs.)»);<sup>32</sup> d) excepciones del léxico autóctono (*alphó* «lado», *andé* «mujer» < *andére*); e) palabras terminadas en aproximante (*errói* «cuervo mayor», *lasterkái* «corredor»), muchas de las cuales han sido recientemente paroxítonas pero, al caerse regularmente una vibrante simple, ha surgido el diptongo (-Vri/u# > -Vi/u#, como en *lasterkári* > *lasterkái*); f) palabras terminadas en vocal nasalizada (*kabezŭ́* «cabezón», *orgā́* «carro»), muchas de las cuales han sido recientemente paroxítonas pero, al caerse regularmente una nasal intervocálica, ha sur-

<sup>31</sup> Por otra parte, algunas construcciones, composicionales en origen y por tanto acentualmente marcadas, tras sufrir algún cambio fonético perdieron su transparencia analítica y se convirtieron en meros ítemes marcados (*martitzen* «el martes» < \**Martitz-egun*). Pero esto es claramente secundario. Una vez que existían acentos léxicos de diversa índole e incluso algunos inherentes a la raíz (sin compuestos ni sufijos de por medio), como en los préstamos, un compuesto con su acentuación forzosamente marcada podía reinterpretarse como una raíz monolexemática marcada.

<sup>32</sup> Asimismo, el determinante *bat* «un» entra dentro del marco acentual, de manera que, sea cual sea el último segmento del tema, si va determinado por *bat* la palabra será oxítona (*alhabá bat* «una hija», *gizún bat* «un hombre»).

gido la vocal nasalizada (-VnV# > -ṼṼ# > -Ṽ#, como en lat. *orgāna* > *orgā'*); g) caso de asimilación vocálica, en los que la regla puede cumplirse o no (*handian* ~ *handin* «en el grande», esta última forma de *handiin* < *handian*).

Como queda dicho, en S. existen sufijos léxicamente marcados, o tónicos (-*ní* «sufijo que añade una generación a un nombre de parentesco», -*kór* «propendiente a»), y otros no marcados o átonos (-*dün* «poseedor de», -*ka* «sufijo de iteratividad»). En cuanto a los compuestos, no hay una regla regular. Generalmente, el acento primario suele ir en el segundo miembro, mientras que en el primero suele haber otro secundario (*egür-bélhar* «madera y hierba», *àlhor-lán* «trabajo de campo»), pero los hay también de otros patrones (*izorr-áldi* «tiempo de embarazo», *gibel-mín* «dolor de hígado»; *jín-bèhar* «necesidad de venir»; *ló-zakü* «saco de dormir»). Veamos ahora el paradigma entero de *gizun* «hombre»:

	sg.	pl.	idf.
abs.	<i>gizúna</i>	<i>gizúnak</i>	<i>gizun</i>
erg.	<i>gizúnak</i>	<i>gizunék</i>	<i>gizúnek</i>
instr.	<i>gizúnaz</i>	<i>gizunéz</i>	<i>gizúnez</i>
dt.	<i>gizunái</i>	<i>gizunér</i>	<i>gizúni</i>
gt.	<i>gizunden</i>	<i>gizunén</i>	<i>gizúnen</i>

Desde un punto de vista sincrónico, llama la atención que, siendo en teoría la de esta variedad una acentuación casi fija en una sílaba (la penúltima), el acento tenga un valor morfológico claramente apreciable en el paradigma que sirve para diferenciar el plural del indefinido (*gizunék* «los hombres (erg.)» / *gizúnek* «hombres (erg.)»), así como para diferenciar el tema puro del tema más el artículo si éste acaba en -*a* (*alhába* «hija» / *alhabá* «la hija (abs.)»). Desde un punto de vista diacrónico, casi todas las irregularidades a la acentuación paroxítona se pueden explicar de algún modo, si no por préstamos, remontándose a una forma paroxítona por medio de la reconstrucción interna. Ya hemos visto antes algunos casos. En el paradigma, *gizunék*, por ejemplo, se puede retrotraer sin forzar demasiado a un *\*gizon-ág-ek*. Lo mismo sucede con las restantes formas de plural, en cuyo caso el morfema pluralizante *\*-ág-*, al perder la oclusiva (fonéticamente espirante) sonora en posición intervocálica, se funde con la última sílaba que de paso recoge su acento (*gizun-én* < *\*gizon-ág-en*, *gizunéz* < *\*gizon-ág-ez*, etc...). En resolución, los hechos apuntan a que la actual acentuación suletina proviene de otra uniformemente paroxítona en los paradigmas de ítems léxicos no marcados.<sup>33</sup>

<sup>33</sup> Como sabemos, algunos préstamos paroxítonos de diversa antigüedad (lat. *pācem* «paz (ac.)» > *páke* / *báke*, esp. *váso* > *báso*), así como ciertas palabras del léxico autóctono, muchas de ellas con alguna connotación locativa (*tóki* «lugar», *béste* / *bértze* «otro»), son marcadas pan-dialectalmente. También hay algunos préstamos proparoxítonos que se han mantenido como tales, aunque en este punto cada dialecto ha solido evolucionar de manera diversa. En S., tenemos *séküla* «alguna vez» (< lat. *sae-cula*), así como palabras del léxico autóctono que por una razón o por otra (en cualquier caso con carácter secundario) son proparoxítonas (*lán-gile* «trabajador», *híl-berri* «recién muerto»). Hualde insiste (cf. 1997: 83-85) en que tanto desde un punto de vista sincrónico como diacrónico, existe con algunos sufijos cierta libre variación a la hora de incluirlos o no en el marco acentual. Así, por ejemplo, el sufijo de participio /-(r)ik/ aparece en Intxauspe (siglo XIX) dentro de la unidad acentual en *ikhousiric* «visto» y *batheyatúric* «bautizado», pero fuera en *bilduric* «reunido» y *éntzunic* «oído». Es obvio que en



Esta acentuación casi regularmente paroxítona, que es la característica formal del tipo II, muy posiblemente estuvo más extendida en otros tiempos más antiguos. A favor de esta hipótesis tenemos el hecho de que en un autor tan antiguo como Leizarraga (cuya obra se editó en 1571), natural de Briscous (a 11 kms. de Bayona) pero enmarcado lingüísticamente dentro del dialecto BN., la acentuación de ciertas palabras se marcan ortográficamente y el estudio de esta marcación nos hace pensar que su acentuación era bastante parecida a la del S. actual.<sup>34</sup> Téngase en cuenta que: a) sólo aparece acento gráfico en la última sílaba, si bien a veces de estos casos pasan a otros derivados de éstos: *aitá* «el padre» > *aitáren* «del padre», *aitári* «al padre»; *cieçón* «aux.vbal. (erg.: 3.<sup>a</sup> sg.; dt.: 3.<sup>a</sup> sg.; abs.: 3.<sup>a</sup> sg.)» > *cieçóten* «aux. vbal. (ídem, pero erg.: 3.<sup>a</sup> pl.)»; b) sólo pueden acentuarse tres vocales: *á*, *é*, *ó*; c) la acentuación no es regular, sino defectiva, de tal manera que de manera esporádica aparecen acentos donde no los esperaríamos o (más frecuentemente) no aparecen donde los esperaríamos. Las características fundamentales que se deducen de esta acentuación son: 1) los absolutivos de los tres números (indf., sg. y pl.) llevan acento gráfico final si están empleados con uso vocativo (*semé* «¡hijo!», *deabruaren semeá* «¡oh, el hijo del diablo!», *Iuduác* «¡oh, judíos!»), y también lo llevan algunos adverbios de lugar empleados como imperativos (*huná* «¡(ven) aquí!», *horrá* «¡(ve) allí!»), lo cual no ocurre en S. ni en ronc.; 2) ciertos sufijos son tónicos, como en S. (-*r*)*át* «a, hacia», *-alát* «a, hacia», *-ganát* «a donde [alguien]», *-ná* «distributivo»); 3) los temas en *-a* llevan acento ortográfico en el abs. sg. y pl. (*Eliçá ezten Eliça* «que la Iglesia no sea Iglesia»), y también lo llevan los casos del plural, salvo el abs., en todo tipo de temas (*guiçonéc* «los hombres (erg.)», *guiçonén* «de los hombres», *guiçonér* «a los hombres», etc...); 4) por último, llevan también acento ortográfico final algunas formas verbales en las que ha habido contracción: *eztén* «que no es» (< \**ez dáen*), *garén* «que somos» (< \**gardén*), *nincén* «era (yo)» (< \**n-i-nzá-en*), etc... Es indudable que la oxitonía se marcaba porque se sentía como irregular o marcada, por lo que lo regular era la paroxitonía. El estado de las cosas parece ser extremadamente cercano al del S. actual.

En cualquier caso, en tiempos más antiguos parece que el tipo II se extendía no sólo por el territorio del BN.,<sup>35</sup> sino también del AN. Como veremos, el tipo III (la acentuación alto-navarra) parece poder derivarse sin grandes problemas del tipo II. Características del tipo III también las tiene el dialecto ronc., si bien en general entra dentro del tipo II, junto al S. Con éste comparte en primer lugar la naturaleza del acento, muy fácil de percibir por ser claro en cuanto a la intensidad (también lo

---

*ikousíric* los hablantes han interpretado el sufijo como parte de la unidad acentual, [ikhousí-ric], obteniendo así la acentuación paroxítona, mientras que en *bildu-ric* el sufijo se ha quedado fuera: [bíldu]-ric. Variaciones semejantes se aprecian con el sufijo sustantivizador de verbos más morfema alativo /-t(z)era/ y con el sufijo de futuro /-(r)en/.

<sup>34</sup> No hemos podido dar con el artículo de Lafon de 1935 en el que se expusieron por primera vez los puntos de encuentro entre el acento suletino y la acentuación de Leizarraga. Para lo que nos atañe, nos basta con el resumen que hace Michelena de lo expuesto en él (cf. *FHV*, 399-403).

<sup>35</sup> Hemos hablado de Leizarraga por tratarse de una época muy antigua, pero en realidad una acentuación parecida a la descrita para el S. está atestigüada para una variedad tan occidental como la de Bardós (y zonas colindantes) y para una época tan moderna como 1934, al menos si hemos de creer a Lafon (cf. 1962: 83-102), quien es casi siempre una fuente fiable.

es en cuanto a la altura tonal, pero no en cuanto a la duración de la vocal tónica). En segundo lugar, comparte la misma función morfológica antes descrita para el S. Ahora bien, en este caso queda restringida a los temas en *-a* (*alába* «hija» / *alabá* «la hija»), así como *bí alába* «dos hijas» / *bí alabák* «las dos hijas») y los casos plurales de todos los temas, salvo el nominativo (*gizonak* «el hombre (erg.)» o bien «los hombres (abs.)» / *gizonék* «los hombres (erg.)»). Sin embargo, en el singular de los temas que no son en *-a* el ronc. no cambia la posición del acento en la declinación (*gizona* «el hombre (abs.)», *gizonak* «el hombre (erg.)», *gizonaren* «del hombre», *gizonari* «al hombre»). Si el tema termina en *-e*, *-o*, *-i* o *-u*, el último segmento se convierte en [-silábico], destruyéndose el hiato que subsiste en S. y convirtiéndose en [+cerrado] el último segmento en caso de ser *-e* u *-o* (*Iséme-al* > *sém̃a* «el hijo», *lárdo-al* > *árd̃ya* «el vino»). Tenemos de este modo: S. *hárr̃i*, *harr̃ía* «piedra, la piedra», pero ronc. *árr̃i*, *árr̃ia*. Veamos así el paradigma de *séme* «hijo» en ronc.:

	sg.	pl.		sg.	pl.
abs.	<i>sém̃a</i>	<i>sém̃iak</i>	gt.	<i>sém̃iaren</i>	<i>semén</i>
erg.	<i>sém̃iak</i>	<i>semék</i>	dt.	<i>sém̃iari</i>	<i>semér</i>

Como podemos ver, el ronc. conserva la declinación suletina en los casos plurales salvo el absolutivo y adquiere la declinación alto-navarra en el resto. Empleamos los verbos «conservar» y «adquirir» porque la evidencia comparativa nos muestra que en efecto es la suletina la arcaica. Lo veremos al hablar del tipo acentual III. Éstas son, por tanto, las principales diferencias entre ambos sub-dialectos en cuanto al acento. Por lo demás, ambos tienen sufijos léxicamente tónicos o léxicamente átonos, y en general coinciden, aunque no siempre: el sufijo de posesión *-dun*, por ejemplo, es átono en S. pero tónico en ronc. (S. *eházt̃ün* / ronc. *erazt̃ún* «sortija»). Asimismo, el ronc. muestra también dubitaciones a la hora de incluir ciertos sufijos declinativos o derivativos dentro de la unidad acentual o no hacerlo, y en cada caso puede coincidir con el S. o no hacerlo.

Por último, señalemos que Hualde divide dentro del ronc. las raíces bisilábicas de las mayores de dos sílabas (cf. Hualde 1997: 85-97 y 1995: 499-525). Dentro de las bisilábicas, la mayoría son léxicamente no marcadas y por tanto paroxítonas (*áizpa* «hermana (de hermana)», *séme* «hijo», *génte* «gente»; *égun* «día», *gizon* «hombre», *ságar* «manzana»), pero unas pocas son léxicamente marcadas, es decir, oxítonas (*eskú* «mano», *ardó* «vino»; *aurér* «vago», *abráts* «rico»; *nasái* «tranquilo»). Dentro de las que tienen tres o más sílabas, la mayoría son paroxítonas (*alába* «hija», *karr̃ika* «calle»), pero también las hay proparoxítonas (*áinguru* «ángel», *álkate* «alcalde») y oxítonas (*alargún* «viudo/a», *erazt̃ún* «sortija», *arratói* «ratón»). Los puntos y coma en los que hemos clasificado los ejemplos (que, obviamente, hemos reducido de la lista) marcan una distinción que Hualde descubre como fundamental: separan las raíces que acaban en vocal de las que lo hacen en consonante (y en este caso, las terminadas por aproximante las hemos clasificado también aparte, aunque a efectos funcionales deben estar dentro del mismo grupo). Hualde observa lo siguiente: las raíces bisilábicas, ya sean paroxítonas u oxítonas, pueden acabar tanto en vocal como en consonante. En cambio, las raíces de más sílabas cumplen la siguiente regla: si son paroxítonas o proparoxítonas, entonces acaban siempre por vocal, pero si son oxítonas, entonces acaban siempre en consonante (incluidas aquí las

aproximantes).<sup>36</sup> Asimismo, en todas las preparoxítonas encontradas, tanto la penúltima sílaba como la última son ligeras (no tienen coda silábica, es decir, no terminan en consonante). De este modo, es imposible una acentuación del tipo *\*\*éguzki* «sol», puesto que la penúltima sílaba es pesada. Las generalizaciones que se sacan de aquí, referidas sólo a las raíces de tres o más sílabas, son las siguientes: 1) el acento es libre pero sólo puede caer en las tres últimas sílabas,<sup>37</sup> por lo que el marco acentual está determinado por una «ventana» formada por las últimas tres sílabas (a saber, - \_ \_ \_ ]; 2) si la penúltima sílaba es pesada, entonces la palabra será paroxítona (*egúzki* «sol») u oxítona (*alargún* «viudo/a»), y la «ventana» quedará reducida a las dos últimas sílabas (a saber, - \_ \_ ]; 3) si la última sílaba es pesada, la palabra sólo podrá ser oxítona (*alargún* «viudo/a»), pero no *\*\*álargun* ni *\*\*alárgun*, con lo que la «ventana» quedará restringida a la última sílaba (a saber, - \_ ]). Según esto, el ronc. sería una lengua [+cant, +extr], [+cant] porque la cantidad silábica (junto con el número de sílabas) nos ayuda a hacer predicciones sobre la configuración acentual de una palabra dada, y [+extr] porque esta configuración sólo se puede enmarcar dentro de uno de los extremos de la palabra (un extremo que no puede superar las tres sílabas). Hualde (1997: 88) termina observando que el español tiende también a cumplir estas mismas restricciones que acabamos de describir.

### 1.3. Tipo III

Es la acentuación alto-navarra, si excluimos de ella, eso sí, las variedades colindantes con Guipúzcoa y, al norte de Ulzama y al oeste del Baztán, la zona de las Cinco Villas, en el curso bajo del Bidasoa (que, como veremos, está más vinculada al tipo IV). Asimismo, el sub-dialecto del valle de Salazar, tradicionalmente vinculado al dialecto BNor., se enmarca también en el tipo III en lo relativo al acento. Aun así, esto es sólo una generalización, como enseguida veremos. Al decir popular, este euskera «suena como el español», hasta el punto de que muchos lo definen como euskera con musicalidad española. El acento de intensidad no es tan pronunciado como en el tipo II (es decir, como en S. y ronc.), pero la diferencia entre sílabas tónicas y átonas es tan clara como en español castellano.

Desde un punto de vista estructural, la característica de este tipo acentual es el acento paradigmático: el acento léxico que tiene un determinado tema en su forma nuda se extiende a lo largo del paradigma en muchas de sus formas. Así, en salac.: *gizona* «el hombre (abs.)», *gizonak* «el hombre (erg.)», *gizonaren* «del hombre», *gizonak* «los hombres (abs.)», *gizonek* «los hombres (erg.)»; e igualmente: *egúna* «el día

<sup>36</sup> En este último caso quizás haya alguna excepción si aceptamos *txurrunplú* «sarampión». Pero ésta debe ser la excepción que confirma la regla, puesto que si comparamos S. *alhárgün* con ronc. *alargún* «viudo/a», o S. *eháztün* con ronc. *eraztún* «sortija», o en general el sufijo de posesión *-dun*, como hemos dicho átono en S. (*-düün*) pero tónico en ronc. (*-dün*, unido muchas veces a bisilábicos o trisilábicos con los que conforma palabras de tres o más sílabas), parece que lo que ha ocurrido es que las palabras del ronc. se han adaptado a las restricciones de Hualde, y que por tanto éstas son ciertas.

<sup>37</sup> Una constricción que aparece en muchas lenguas, como el griego clásico, el español, o incluso, dentro de las variedades euskéricas (y siempre según Michelena), el L. de Pierre d'Urte.

(abs.)), *egúnak* «el día (erg.)», *egúnaren* «del día», *egúnak* «los días (abs.)», *egúnek* «los días (erg.)». Es decir, que al contrario que en ronc., aquí no queda ningún resto de la acentuación del tipo II (que apunta en todas sus formas a una acentuación casi uniformemente paroxítona en una época anterior), ni en los casos de los temas en *-a* donde se da contracción de la *a* temática con la *a* del caso (ronc. *alabá* «la hija» < *alába* + *-a*, pero AN. *alába* «la hija»), ni en los casos plurales (salvo el absoluto) de cualquier tema (ronc. *gizon-ék* «los hombres (erg.)» < \**gizon-ág-ek*, pero AN. *gizon-ek* «los hombres (erg.)»). En los temas terminados en *e*, *i*, *o* y *u* silábicos, al agregarse los sufijos casuales este último segmento se convierte en [-silábico]. Esto, según hemos visto, también ocurría en ronc., pero en salac., sub-dialecto adyacente, al perder la silabicidad no dejan de distinguirse *e* de *i*, y *o* de *u*:<sup>38</sup> *ábre* + *-a* > *ábrēa* «el animal doméstico», *árri* + *-a* > *árrija* «la piedra», *árdo* + *-a* > *árdōa* «el vino», *léku* + *-a* > *lékya* «el lugar».

No obstante, esta característica estructural que según decimos define esta acentuación alto-navarra (el acento paradigmático o columnar) sólo se ha desarrollado íntegramente en contados casos. De todos los paradigmas que recopila Gaminde (1998: 228), por ejemplo, un acento columnar vinculado a la zona norte del AN-sep. (que es donde se deben investigar los límites y las concomitancias entre la acentuación del tipo II y la del tipo III) sólo lo hallamos completo en Esparza, al sur del valle de Salazar (donde incluso formas como *gáztjaendako* «para el joven» y *gizonaendako* «para el hombre» llevan el acento en la primera sílaba). Pero, en general, en todas las variedades inmediatamente al sur de la frontera franco-española desde el valle de Salazar hasta el valle del Baztán (que tiene a su vez sus peculiaridades) la acentuación se distingue por dos características fundamentales (1997: 99): a) el acento cae generalmente en la penúltima sílaba de la unidad acentual (que normalmente, aunque no siempre, coincide con la dicción); y b) el acento no tiene valor fonológico, de manera que todas las palabras se acentúan de la misma manera (con alguna particularidad en cada caso). Así ocurre, por ejemplo, en los valles de Esteribar y Erro, en las variedades de Mezquiriz y (más al oeste) Eugui y Usechi, donde el paradigma es (casi) todo él paroxítono: *sémiak* «el hijo (erg.)», *sémiak* «al hijo», *semjáine* «el del hijo», *semjáiki* «con el hijo», *semjáindeko* «para el hijo», *sémjek* «los hijos (erg.)», *sémei* «a los hijos», *seména* «el de los hijos», *seméki* «con los hijos».<sup>39</sup> El paradigma es uniformemente paroxítono, con la salvedad de que algunos sufijos como *-deko* (y como *-gana* «a donde [alguien]») son pre-acentuantes. La unidad acentual rebasa en ocasiones los límites de la dicción pero no por ello deja de ser paroxítona (*osaba zéna* «el difunto tío», *bost gizon* «cinco hombres»), siendo el caso más notorio las secuencias de «verbo no finito + verbo auxiliar» (*utzi nuéla* «que (yo) dejé», *bueltatzen da* «(él, ella) vuelve»).

La conclusión que podemos extraer de todo ello es la siguiente: en toda la franja norte de la Navarra oriental desde el Roncal hasta el Baztán, parece que han exis-

<sup>38</sup> Cf. *FHV*, p. 397, donde además se añade: «Sólo cuando el tema no tiene más que una sílaba conservan su valor vocálico [en salac.]: sal. *pé-an* «debajo», *mi-a* «la lengua», *ló-a* «el sueño», *sú-a* «el fuego»».

<sup>39</sup> Asimismo, *méndien* «en el monte», *mendire* «al monte», *mendiétan* «en los montes», *mendiétara* «a los montes».

tido históricamente dos tendencias en parte contrapuestas, una a la generalización del acento columnar a partir del tema nudo, la otra a la acentuación paroxítona general. Ambas tendencias eran compatibles en el caso de /séme- + -a/ «el hijo (abs.)» (que en todos casos da *sémja* o algo muy parecido), pero incompatibles en el caso de /séme- + -a(r)ekin/ «con el hijo». Desde el punto de vista sincrónico, en Esparza la primera tendencia vence a la segunda, mientras que en Mezquiriz y Eugui ocurre al revés. Desde un punto de vista diacrónico, no es del todo fácil discernir qué es lo que ha ocurrido, a saber, si la acentuación columnar (sin duda secundaria con respecto al tipo II) se extendió en su día del todo y luego se ha remodelado, ya sea por causas externas (¿reinfluencia de acentuaciones del tipo II, del que procede?) o por causas internas (por ejemplo, mayor precisión demarcativa en dicciones relativamente largas como /séme- + -a(r)ekin/), o si por el contrario el acento columnar no llegó nunca a extenderse del todo excepto en variedades contadas, como la de Esparza.<sup>40</sup> De todas maneras, creemos que esta última hipótesis es mucho más razonable.

La acentuación del valle del Baztán representa una continuidad con la franja que venimos describiendo.<sup>41</sup> En general, se atiene a los mismos preceptos (acentuación paroxítona y ausencia de oposiciones léxicas producidas por el acento): *étxe* + -a > *étxia* «la casa (abs.)», *áte* + -a > *átja* «la puerta (abs.)», *sórtu* + -a > *sórtja* «lo surgido (abs.)». Pero aquí muchas raíces terminadas en consonante tienen una acentuación oxítona, a diferencia de las acentuaciones recién descritas: *errán* «decir (pfvo.)», *eskualdún* «vasco», *gizon* - *gizón* «hombre», *lagun* - *lagún* «amigo», estas dos últimas en libre variación. Quizás pueda influir en la acentuación de estas palabras la proximidad a la zona acentual central, pues en Cinco Villas el acento en todas las formas de paradigmas de palabras como *gizon* y *lagun* cae uniformemente en la segunda sílaba, mientras que en formas como *étxia* y *átja* sería más difícil trasladar la posición del acento. Pero también puede tener que ver con los hechos que se aprecian algo más al suroeste, en las variedades de Ulzama, en las que las raíces terminadas en consonante atraen el acento a la última sílaba y para cuyo estudio Hualde propone un pie métrico de cantidad. Por cierto que, en las variedades de Ulzama, se distinguen las raíces terminadas en vocal [+cerrado] y en vocal [-cerrado] (Hualde 1997: 102-106). Al agregarse el artículo, aquéllas mantienen la silabicidad al tiempo que atraen el acento (*méndi* + -a > *mendía* «el monte», *búru* + -a > *burúa* «la cabeza»), mientras que éstas pierden su silabicidad y obviamente no atraen el acento (*érle* + -a > *érlja* «la abeja»). Esto, que tipológicamente es lo contrario de lo esperable (puesto que son las vocales [+cerrado] las más proclives a convertirse en [-silábico]), se puede entender, según Hualde, si postulamos para las raíces con vocal [+cerrado] el paso intermedio *\*mendiya* y *\*burúba*.

<sup>40</sup> En los escasos documentos de otras épocas que proceden de estas variedades no hay acentos ortográficos, ni siquiera en los textos del salac. y aezc. que encargó redactar Bonaparte (salvo en la traducción al salac. del Salmo L, redactada por José Samper, párroco de Jaurrieta). Lo que sí nos podría ayudar a indagar en la acentuación de otros tiempos es el estudio de los fenómenos de síncope presentes sobre todo en salac., y también, si la acentuación del dialecto ANmer. está relacionada con todo esto, el estudio de algunos documentos antiguos escritos en este dialecto. Enseguida lo veremos.

<sup>41</sup> Cf. Hualde (1997: 102) y Gaminde (1998: 215-219).

Ahora bien, conviene que nos fijemos también en la acentuación de las variedades de la zona sur-occidental del territorio AN. Dentro de los paradigmas que nos ofrece Gaminde para las variedades del AN. (1998: 201-256), algunas también muestran acento columnar, cada cual con peculiaridades propias. Son las siguientes: Alsasua, Ihabar, Arruazu, Bakaiku, Echarri-Aranaz y Olazagutia (todas ellas en el entorno de Echarri-Aranaz), y más al este, Urrizola (cerca de Irurzun). Incluso en zonas tan septentrionales como Aizaroz, Erasun e incluso Leiza encontramos acento columnar, al menos para el singular.<sup>42</sup> En Urrizola, por ejemplo, el paradigma para *séme* «hijo» es el siguiente (Gaminde 1998: 206): *séměak* «el hijo (erg.)», *séměari* «al hijo», *séměanà* «del hijo», *séměakìn* «con el hijo», *séměandakò* «para el hijo», *séměak* «los hijos (erg.)», *séměari* «a los hijos», *séměanà* «de los hijos», *séměakìn* «con los hijos», *séměandakò* «para los hijos». Es decir, que el principio de dicción se marca con un acento principal, y el final con un acento secundario. La demarcación de la palabra queda doblemente definida. Sin embargo, y ciñéndonos a lo meramente sincrónico, algunas variedades emplean una permutación de estos acentos con una función morfológica: distinguir el singular del plural. Es esto lo que ocurre en Aizaroz, cuyo paradigma para *gizon* «hombre», es el siguiente (Gaminde 1998: 214): *gizonàk* «el hombre (erg.)», *gizonài* «al hombre», *gizonaanà* «el del hombre», *gizonaakèn* «con el hombre», *gizonaantzàt* «para el hombre», *gizonàk* «los hombres (erg.)», *gizonarè* «a los hombres», *gizonanà* «el de los hombres», *gizonakèn* «con los hombres», *gizonantzàt* «para los hombres». Hualde (1997: 140-142) hace notar que esta acentuación, u otras similares que muestran en la declinación plural acento primario o bien en la última sílaba o bien en la primera del morfema plural es precisamente la contraria a lo que hallamos en buena parte de Guipúzcoa y Vizcaya, donde las formas plurales se caracterizan por una caída de tono.

Cabe preguntar si esta acentuación estará o no históricamente relacionada con la generalización del acento columnar propia del tipo acentual III pero que sólo se cumple de modo general muy raramente. Hualde (1997: 141) señala los siguientes límites a esta acentuación: al este, en el valle de Ulzama, tenemos acentuación paroxítona. Por todos los demás lados, está rodeada por una acentuación deuterotónica (acento en la segunda sílaba de la palabra), tanto por el nordeste, en Cinco Villas, como por todo el oeste guipuzcoano. De tener que relacionarla con alguna de ellas, será la paroxítona la más lógica, al proceder ésta del tipo III. Hualde (1997: 140-142) se limita a exponerla sincrónicamente, admitiendo que es difícil adscribirla a alguno de los otros grupos. Sin embargo, Michelena asocia lo que podemos saber de la acentuación del dialecto ANmer. en otros tiempos al tipo III, y si pensamos que las acentuaciones que vemos en la parte sur-occidental del AN. tienen que ver con el ANmer. (como por proximidad geográfica y por incompatibilidad con el resto de las acentuaciones circundantes no puede ser de otra manera), entonces en estas zonas se habrá dado la circunstancia de que el acento columnar se habrá extendido como en Esparza a lo largo de todo el paradigma.

<sup>42</sup> De todas formas, es difícil que las acentuaciones de Erasun y Leiza estén históricamente relacionadas con las anteriores, a juzgar por su lejanía.

En todo caso, estas extensiones analógicas a partir de la forma léxica paroxítona (tanto en el salac. como en el AN. de la zona más sur-occidental) no pueden ser sino secundarias a partir de un sistema uniformemente paroxítono, pues los documentos que tenemos del dialecto ANmer. de otras épocas muestran una acentuación ortográfica que implica acento en la penúltima sílaba. Así ocurre seguramente en la primera de las poesías premiadas en Pamplona en 1609,<sup>43</sup> donde a excepción de la última palabra (o unidad acentual) de cada verso par de las estrofas (marcada oxítonamente por cuestiones métricas), casi todas las palabras (o unidades acentuales) que llevan acento ortográfico lo llevan en la penúltima sílaba (*éne* «mi», *anáya* «hermano (de hombre)», *guiçon* «hombre», *éta* «y», *berçebátec* «otro (erg.)», *chipitúçe* «se redujo», *aguáren* «de la boca», *garbitúric* «limpio»). La métrica (8-7-8-7) confirma que la acentuación es la propia del tipo III, puesto que en los temas terminado en *-e*, *-i*, *-o* y *-u*, el último segmento se hace [-silábico] al añadirse sufijos que comienzan por vocal: *múnduan* «en el mundo» (2 sílabas), *çi<n>díquean* «vbo. aux. (erg.: 2.<sup>a</sup> sg.; abs.: 3.<sup>a</sup> sg.; condicional)» (3 sílabas), *Jáyncoa* «Dios (abs.)» (2 sílabas). Pero también ocurre algo parecido en la acentuación gráfica de Lizarraga de Elcano (siglo XVIII, a sólo 10 kilómetros de Pamplona), que según Michelena (*PT*, 249) «podría representar el antecedente histórico directo de nuestro tipo III». En este caso, la acentuación parece regirse por tres leyes básicas (cf. 250-252): 1) la acentuación básica va en la penúltima sílaba del absolutivo determinado singular, siendo las secuencias *-ia*, *-ea*, *-oa* y *-ua* en sílaba post-átona pronunciadas mono-silábicamente (*guizón-a* «el hombre (abs.)» > *guizón-ec* «los hombres (erg.)», *lúrr-a* «la tierra (abs.)» > *lúrr-ëan* «en la tierra»); 2) salvo algunos préstamos (*lástima*), no existen palabras proparoxítonas; 3) algunos sufijos, y también algunos determinantes que forman con la raíz una unidad acentual, todos ellos de diversa índole, atraen el sufijo hacia sí.

Especifiquemos los pormenores de este tercer punto. Atraen el acento, en primer lugar, el sufijo partitivo *-ic*, el genitivo posesivo *-(r)én*, el ablativo *-tíc* y el alativo *-rá*: *guizoníc* «hombres (partit.)», *gendearén* «de la gente», *leguetíc* «desde la ley», *arguirá* «a la luz». El sufijo genitivo posesivo, en particular, atrae el acento tanto en singular como en plural (*Aitarén* «del Padre», *judioén* «de los judíos»), pero no en la declinación indeterminada (*bi guizónen* «de dos hombres»). Por su parte, el sufijo inesivo revela cierta libre variación: *árguian* / *arguían* «en la luz», *egúnean* / *eguneán* «en el día». En segundo lugar, aparte estos sufijos declinativos también atrae para sí el acento el numeral *bat* usado como artículo indeterminado (*mutico-bát* «un chico», *arri-bát* «una piedra»), y el acento se mantiene en él con otros sufijos declinativos (*asto-báten* «de un burro», *asto-bátec* «un burro (erg.)»); en cambio, tenemos también *asto-batzúc* «unos burros (abs./erg.)». También absorben el acento demostrativos fuertemente ligados al nombre al que determinan (*guizon-gáu* «este hombre (abs.)», *guizon-gónec* «este hombre (erg.)», *guizon-gónen* «de este hombre», *guizon-gúra* «aquel hombre (abs.)», *guizon-gáyec* «aquellos hombres (abs./erg.)»). Y también

<sup>43</sup> Cf. L. Michelena, *TAV*, pp. 111-118. En su comentario sobre esta poesía en este mismo estudio (cf. p. 117), Michelena resta valor lingüístico a los acentos gráficos que, según cree, quizás sólo expresen ritmo trocaico. Sin embargo, unos años más tarde rectifica y piensa que pueden tener valor lingüístico (cf. *PT*, 257-260).

lo hacen posposiciones como *-gána* «a donde [alguien]», *-gánic* «a donde [alguien]», *-baitan* «en donde [alguien]»,<sup>44</sup> *-gátic* «por causa de», *-(r)équi* «con» y *-péan* «debaajo de», así como el verbo finito cuando se agrega a la partícula condicional, al adverbio de negación o a verbos no finitos (*badá* «si es», *eztá* «no es», *eztúte* «no tienen», *uz-ten-tú* «(él, ella) deja (abs.: pl.)»).

A nuestro juicio, no se ha incidido lo suficiente en las causas de estas atracciones acentuales, y en el encaje que esta acentuación de Lizarraga puede tener con la alto-navarra en general (es decir, con lo que hemos llamado tipo acentual III). Según Michelena (*PT*, 252): «Es perfectamente natural que el sufijo [-*(r)én*], que forma derivados, atraiga el acento: la forma determinada tiene que ser *-(r)éna*, de donde *-(r)én*. Compárense los ordinales: *bigarréna*, *irugarréna*, *laugarréna*, *borzgarréna*, etc.». Sin embargo, esta explicación (a saber, que el sufijo genitivo posesivo atrae el acento porque a partir de él se pueden componer nuevas formas absolutivas determinadas) no vale para otros sufijos que atraen el acento, como *-tíc* o *-rá*. Creemos que es más eficaz interpretar la atracción del acento por parte de todos estos sufijos como una estrategia para evitar los efectos funcionalmente traumáticos que acarrearía la generalización del acento columnar; fundamentalmente, para evitar palabras proparoxítonas (o incluso acentos más a la izquierda de la antepenúltima sílaba). Así por ejemplo, la atracción del acento evita que tras la generalización del acento léxico surjan palabras proparoxítonas como *\*guízon-ic* «hombres (partit.)», *\*\*árgui-ra* «a la luz» y *\*\*árgui-tíc* «desde la luz». Teniendo en cuenta que el artículo indeterminado *bat* «un(a)» entra dentro de la misma unidad acentual de los nombres con los que va, está también obligado a atraer el acento si no quiere generar el proparoxítono *\*\*árrí-bat* «una piedra», y lo mismo vale para los demostrativos, que al absorber el acento evitan acentuaciones como *\*guízon-gau* «este hombre (abs.)» o *\*guízon-gaiek* «aquellos hombres (abs./erg.)». También en el caso de las posposiciones *-gána*, *-gánic*, *-baita*, *-gátic* y *-(r)équi*, la atracción del acento evita acentuaciones aún más aberrantes como *\*\*Jángoicoa-gana* «a donde Dios», y lo mismo ocurriría en las unidades acentuales donde hay un verbo no finito de por medio: *\*\*úzten-tu* «(él, ella) deja (abs.: pl.)», *\*\*égon-da* «(él, ella) ha estado». En cambio, lo esperable según esta hipótesis es que el sufijo inesivo *-(e)an*, en singular, no atraiga necesariamente el acento, ya que con todo tipo de temas surgen palabras proparoxítonas al ser éstos declinados, y en realidad esta acentuación sí está permitida: *egún-a* «el día» > *egún-ĕan* «en el día», *lúrr-a* «la tierra» > *lúrr-ĕan* «en la tierra», *árdō-a* «el vino» > *árdō-an* «en el vino». De hecho, lo que encontramos es libre variación entre la presencia y la ausencia de atracción del acento. La vacilación puede ser debida a que por un lado la adición del sufijo no provoca acentuación proparoxítona, pero por otro hace del sufijo inesivo el único «caso oblicuo» que no atrae el acento, y llevar el mismo al sufijo también en este caso sería una manera de esquivar esta peculiaridad. En definitiva, los hechos son sumamente congruentes con nuestras predicciones.

Estos hechos parecen ser coherentes con los descritos para la franja que va desde el Roncal hasta el Baztán, y todos juntos permiten reconstruir un patrón general para el tipo acentual III. Éste es una derivación del tipo II consistente en la exten-

<sup>44</sup> Éste, a pesar de no llevar acento ortográfico.



sión del acento paroxítono del tema puro (tanto de bisilábicos como de trisilábicos): *árrri* «piedra» > *árrri-a* «la piedra», *bélar* «hierba» > *bélar-a* «la hierba». En cuanto a los temas terminados en consonante, esto ocurre por ejemplo en salac. en algunos temas, y en ronc. (dialecto que, como sabemos, pertenece al tipo II pero adopta parte de su morfología al tipo III). Sin embargo, en la mayoría de las acentuaciones de los valles de Erro y Esteribar, también en las de Ulzama, en algunos temas del salac., y en la acentuación ortográfica de los documentos antiguos del dialecto ANmer. parece que la extensión acentual se ha producido a partir de la paroxitonía del absoluto determinado (*egún-a* «el día (abs.)» > *egún-ak* «el día (erg.)», los días (abs.)», *egún-ek* «los días (erg.)», etc...). De todas formas, todas estas extensiones acentuales (tanto las que se producen a partir del tema puro como a partir del absoluto determinado) sólo se dan en general para los «casos rectos», ya que en la mayoría de los casos la acentuación tiende a evitar la proparoxitonía que resultaría de (la mayoría de) los «casos oblicuos» (\*\**gizon-a(r)en* «del hombre», \*\**egún-etan* «en los días», \*\**árrri-erri* «con las piedras»). Para evitar esto, algunos variedades sencillamente generalizan el acento paroxítono en todos los paradigmas (> *gizon-áren* «del hombre», *gizón-ik* «hombres (partit.)», *legé-tik* «desde la ley», *argí-ra* «a la luz»), mientras que otras hacen que los sufijos que provocarían acentuaciones proparoxítonas o proproparoxítonas atraigan el acento (> *gizon-arén*, *gizon-ík*, *lege-tík*, *argí-rá*). Sólo unas pocas variedades han generalizado el acento del tema puro o del absoluto determinado en todo el paradigma, y estos casos parecen a todas luces secundarios.

Por último, señalemos que los fenómenos de síncope en salac. y otras variedades adyacentes, al menos los que son claramente antiguos,<sup>45</sup> en líneas generales no se contradicen con lo aquí expuesto. No obstante, conviene hacer algunas precisiones, puesto que no siempre está del todo claro cómo relacionar cronológicamente la síncope con la asignación del acento a una sílaba dada. Parece que en los temas en *-a*, que son quizás los que experimentan la síncope con mayor frecuencia, debemos asumir que ésta se produce cuando la enmarcación acentual del salac. para el absoluto determinado es todavía como en S. (*alabá* + *-a* > *alabá* «la hija») y que la síncope se produce a partir de estas formas (abs. det.), cayéndose así la vocal pretónica. De otra forma, es muy difícil explicar casos del salac. como *aizna* «ocio; esperanza» (< *aizina*; cf. ronc. *aizina*), *kandra* «vela» (< lat. *candēla*), *nabla* «navaja» (< rom. *navalla* < *novalla*; cf. S. *nabéla*), *tenbra* «tiempo» (< lat. *tempōra*) y *tipla* «cebolla» (< lat. *cēpūlla*).<sup>46</sup> Otros tipos de temas también nos muestran que la síncope (de la

<sup>45</sup> Cf. *PT*, p. 253. Para casos de síncope en el sub-dialecto de Aezkoa, cf. Camino (1997: 302-305).

<sup>46</sup> Nótese que la hipótesis alternativa, a saber, que todas estas palabras sean antiguas proparoxítonas (por provenir de préstamos proparoxítonos) y lo que se ha caído ha sido la vocal postónica, no pretónica, sólo valdría para *tenbra*, mientras que la hipótesis expuesta explica bien todos los casos. Téngase también en cuenta que en *kandra*, de no haber por medio un cambio \**-dl-* > \**-dr-* por motivos de incompatibilidad fono-táctica, vemos que la síncope se ha producido después del cambio *-VIV-* > *-VrV-* pero (según suponemos) antes de la regulación paroxítona según la cual el absoluto determinado de un tema en *-a* se hace paroxítono (y deja de ser oxítono, como en el tipo II). Consideremos por último que esta predicción explica también satisfactoriamente salac. *gaminta* «cuchillo» (< \**gabineta* < *gani-beta*; cf. *PT*, p. 254), puesto que la vocal caída es la inmediatamente anterior a la *-a* que cierra el tema (tónica según lo dicho).

vocal pretónica, creemos en todo momento) se ha producido a partir del absolutivo determinado. Entre los terminados en consonante, un claro ejemplo es *abrats* «rico» (< *aberáts-a*). Por lo que respecta a los temas en *-e*, Michelena considera las dos posibilidades imaginables con respecto a la síncopa de *abre* «animal mayor»: o bien un acento inicial (*ábere* > *abre*), o bien (PT, 254) «se podría tomar como punto inicial un acento final del tema, con pérdida de la vocal pretónica (*abre* de *aberé*, como *trintáte* de *trinitáte*). Había varias hipótesis posibles (nom. sing. en *-ára*, de los temas en *-a*, a la salacena, o *-á* de *-á* + *-a*, como en ronc. y sul., nom. sing. *-éa* de los temas en *-e*, etc.), pero todo ello nos conduciría a una acentuación de tipo II, con acento generalizado en la penúltima, como el que subyace a los sistemas roncalés y suletino». Esta segunda hipótesis, a nuestro entender más razonable, no tendría nada de inexplicable y sería coherente con lo que hemos postulado para los temas en *-a*, es decir, que la síncopa se produjo cuando el salac. todavía no se había demarcado del tipo II en cuanto a la acentuación de las secuencias «vocal final de tema + artículo», con acento siempre en la vocal final de tema.<sup>47</sup> Partiendo de *-éa*, por tanto, se podría explicar la caída de las vocales pretónicas en *maindre* «sábana» (< *maindire*; cf. AN. *maindire*), *korle* «corral» (< *korrale*), *otron(tze)* «alimento» (< *oturuntza*; cf. AN. *oturuntza*), *trintate* «trinidad» (< *trintate*).<sup>48</sup> Igualmente, *mistrío* «misterio» (< *misterio*) coincide con lo esperable de un *-óa* (*-o* final de tema + artículo) resultante de nuestras predicciones. *Bedratzi* (< *bederatzí*) es lo esperable de un tema indeclinable (paroxítono), y *bapedra* «cada uno» (*bat-bedera*) se puede entender sin problemas si el sufijo alativo *-rá(t)* atrae el sufijo, como sucede en el tipo acentual II. En lo que respecta a los perfectivos como *erden* «descubrir» (< *eriden*), *erman* «llevar» (< *eraman*), *atra* «sacar» (< *atera*), parece obvio que estas síncopas se han producido a partir de secuencias con un verbo finito donde éste formaba unidad acentual, paroxítona como es de ley, con el perfectivo (*eridén-du* «ha descubierto» > *erden du*, *eramán-du* «ha llevado» > *erman du*, *aterá-du* «ha sacado» > *atra du*).

Según esto, la síncopa salacena se produjo en una fase unitaria del tipo II y el tipo III, y después, cuando este tipo se desgajó de aquél, todas las vocales [-abierto] en final de tema (es decir, *-e*, *-i*, *-o*, *-u*) se hicieron [-silábico] al generalizarse el acento léxico de la forma absoluta indeterminada. A favor de que ambos formaban un proto-tipo común está el hecho de que en los dos hay ausencia de sincretismo entre absolutivo y ergativo en el plural, es decir, en los dos *-ak* es el morfema de abs. pl. y *-ek* el de erg. pl. Que es el tipo III el que se tiene que derivar del II, y no al revés, es tipológicamente mucho más razonable desde el punto de vista de la

<sup>47</sup> De hecho, esta explicación vale también para *apostru* «apóstol» (< *apostulus*). Añadamos que Hualde está de acuerdo con este análisis. Para las respectivas formas de absolutivo indeterminado y absolutivo determinado en cada fase propone la siguiente evolución (cf. 1997: 98): *abère* / *aberéa* > *abère* / *abréa* (por síncopa) > *abère* / *ábrea* (por diptongación) > *ábre* / *ábrea* (por analogía), si bien añade que es difícil precisar si la diptongación ocurrió o no antes de la extensión analógica de la síncopa.

<sup>48</sup> Ahora bien, en estos dos últimos casos hemos de asumir que no se ha caído la vocal pretónica, sino la que estaba inmediatamente a la izquierda de la pretónica (es decir, la segunda pretónica). No creemos que sea mayor problema. Además, los dos casos anteriores son mucho menos espurios en cuanto al tratamiento fonético.

fonología. El cambio *árri* «piedra» / *arría* «la piedra (abs.)» > *árri* / *árrja* es fonológicamente plausible, mientras que el cambio *árri* / *árrja* > *árri* / *arría* lo es mucho menos.<sup>49</sup> Además, el tipo II apunta a una regularidad intachable (acentuación paroxítona) en tiempos más antiguos, mientras que el tipo III muestra más irregularidades y vacilaciones comparado de variedad en variedad, lo que apunta a un carácter secundario.

Podemos concluir que el tipo acentual III, en una época seguramente común a toda la franja norte desde el valle de Salazar hasta el Baztán y al dialecto ANmer., se derivó del tipo II, y su innovación principal fue la fijación morfológica del acento léxico de la forma absoluta indeterminada de las raíces terminadas en vocal [-abierto] a otras formas del paradigma, con la consiguiente conversión de ese segmento en [-silábico]. De todas formas, la mayoría de las variedades tienden a mantener la acentuación paroxítona y evitar la proparoxítona. La función morfológica que tiene el cambio de acento en el tipo II (*gizón-ak* «hombres (abs.)» / *gizon-ék* «hombres (erg.)») desaparece en el tipo III, pues a veces se generaliza el acento de la forma léxica, y otras veces se adecuan todas las formas a la acentuación paroxítona.

#### 1.4. Tipo IV

Es la acentuación de la zona alto-navarra que comprende tanto la desembocadura del Bidasoa (en territorio guipuzcoano) como su curso bajo (en territorio navarro), es decir, básicamente las variedades de Irún, Fuenterrabía y las Cinco Villas de Navarra. Aquí, la intensidad del acento, es decir, la diferencia intensiva entre vocales tónicas y átonas, es tan notable como en el dialecto AN. y en español, y por tanto mucho más clara que en los dialectos adyacentes G. y L. De hecho, esta intensidad es suficientemente fuerte como para provocar en ocasiones la caída de vocales postónicas. En líneas generales, en el tipo IV el acento va en la segunda sílaba de la dicción (empezando por la izquierda). Como veremos, a esta generalización se le pueden poner unos cuantos «peros», sin que deje de ser una generalización correcta y que además en lo diacrónico va en la buena dirección.

Es Michelena, basado en observaciones de Nils M. Holmer, quien establece que el acento en este tipo va por lo general en la segunda sílaba de la palabra (cf. *FHV*, 389-392 y *PT*, 240ss). Esto es así independientemente del número de sílabas (dejando aparte las palabras monosilábicas):<sup>50</sup> *gisónak* «el hombre (erg.)», *gisónari* «a el hombre», *gisónana* «el del hombre», *gisónak* «los hombres (erg.)», *gisónakeri* «a los hombres», *gisónakena* «el de los hombres». Que esto es una regla léxica lo demuestran los préstamos del español: *Aquilino* > *Akílinok* (erg.) (Irún), *caracóla* > *ka-*

<sup>49</sup> En teoría, sería factible que en un *árrja* la aproximante fuera reinterpretada no como un segmento sino como un rasgo distintivo de palatalidad de la vibrante múltiple, y que después ésta se despalatalizara (como por ejemplo ocurre en L.). Pero en este caso lo esperable sería *\*\*áirra*. En cualquier caso que una aproximante pase sin más a hacerse [+silábico] y atraer el acento es inverosímil. Que las aproximantes no pueden ser lo arcaico lo ejemplifica también Michelena con los casos lat.tard. *parétem* «pared» < lat. *pārietem* «pared (ac.)» (4 sílabas), lat.tard. *filiólus* «hijuelo» < lat. *filiolus* (4 sílabas), si bien en este caso el acento corre en sentido contrario al nuestro (cf. *PT*, 255).

<sup>50</sup> Datos de Fuenterrabía (cf. Gaminde 1998: 131-132).

*rákola* (Lesaca, Vera), *primavéra* > *primábera* (Lesaca). Sin embargo, en las raíces monosilábicas el acento siempre está en la raíz, y por tanto en la primera sílaba: *ár* «macho», *árr-a* «el macho (abs.)», *árr-ak* «el macho (erg.)», *árr-entzat* «para el macho». Además, existe cierto número de palabras polisilábicas con una acentuación marcada. Son del tipo que aparecen en todos los dialectos y que en general se adscriben a dos géneros: o bien préstamos (*bágu-a* «el haya (abs.)», *píku-a* «el higo (abs.)» (Lesaca, Vera), *bésta* «la fiesta (abs.)» (Aranaz)), o bien palabras con cierta significación locativa, que aparecen o han aparecido históricamente con mucha frecuencia como segundo miembro de compuesto (*áurri-a* «la parte delantera (abs.)», *átzi-a* «la parte trasera (abs.)»).<sup>51</sup>

Por otra parte, a esta acentuación general propuesta por Michelena (acento en la segunda sílaba por la izquierda, excepto en los casos especiales que acabamos de ver), Hualde (1997: 120-125) objeta que no es válida para raíces de tres sílabas acabadas en consonante, ni para raíces de más de tres sílabas (sea cual sea su segmento final). En las raíces, declinadas o no, de tres o más sílabas y terminadas en consonante, el acento va siempre en la última sílaba de la raíz (es decir, en la tercera sílaba por la izquierda en raíces de tres sílabas, en la cuarta en las de cuatro, etc.): *aberáts-a* «el rico (abs.)», *kazkalabárr-a* «el gran granizo (abs.)». En las raíces, declinadas o no, de cuatro o más sílabas y terminadas en vocal, el acento va siempre en la penúltima sílaba de la raíz: *ziringillu-a* «la sabandija (abs.)», *konparazíyo* «comparación (abs.)». <sup>52</sup>

En cualquier caso, el acento de este tipo acentual es fuertemente intensivo, y de ello queda constancia en las frecuentes síncopas de la vocal postónica. Los dos ejemplos clásicos son *Ondárbi* (< *Ondárrabi*, ant. *Ondarribi*, nombre vasco de Fuenterrabía) y *abístu* «avisado, advertido» (< *abisatu*), este último en una variedad tan meridional de las Cinco Villas como Labayen. Pero donde la síncopa produce unos efectos más devastadores, al menos entre las variedades bien estudiadas, es en

<sup>51</sup> Otros ítemes léxicos de acentuación marcada, también pan-dialectales o al menos presentes en zonas muy alejadas unas de otras, tienen una connotación expresiva: *txilko* «ombligo», *málko* «lágrima».

<sup>52</sup> Para ejemplos de ambos casos, cf. Hualde (1997: 122-123) y (1991a: 137-152). El análisis sincrónico que Hualde propone para explicar la acentuación globalmente (dejando aparte los ítemes léxicos marcados) se basa en las siguientes tres reglas (cf. *ibidem*, p. 124): 1) el marco acentual es la raíz; 2) la primera sílaba del marco acentual es extra-métrica; y 3) en el extremo derecho del marco acentual (es decir, de la raíz) hemos de colocar un pie moraicó trocaico, por medio del cual el acento cae en la penúltima sílaba de la raíz si ésta termina en vocal y en la última si ésta termina en consonante. La regla 2 la introduce para explicar el único caso que no explicarían por sí solas las reglas 1 y 3: las raíces bisilábicas terminadas en vocal. En este caso esperaríamos *\*\*méndi-ya* «el monte (abs.)», pero si la primera sílaba del marco acentual es extra-métrica (< *men>dí*) entonces el resultado que encontramos (*méndi-ya*) es en efecto el esperado. La introducción de esta regla 2 no quita validez al resto de los casos y el conjunto de las tres reglas explica todos los casos. Como esta cuestión es un asunto meramente sincrónico, no nos detendremos en ella. Vale por cierto sólo para Fuenterrabía (y quizás también para la acentuación de Pierre d'Urte), no para otras variedades como Lesaca (*primábera*). Para lo diacrónico, más vale que nos centremos en las raíces de dos y tres sílabas, y en este caso la regla heredada de otros tiempos es, según argüiremos, la del acento en la segunda sílaba empezando por la izquierda. En el caso de las raíces de tres o más sílabas y terminadas en consonante, ha podido influir la introducción de la cantidad como factor prosódico, cosa que ya vimos que ocurría también en ronc. (y hasta cierto punto en el español mismo).

Aranaz: (cf. Hualde 1997: 114-120) /baséri-tarr-al/ > *basértarra* «el aldeano (abs.)», /básu-tik/ > *bástik* «desde el bosque», /itxáso-tik/ > *itxástik* «desde el mar», pero /besó-tik/ > *besótik* (!) «desde el brazo». La síncopa también es operativa a nivel lexicográfico, tanto préstamos del español como en palabras autóctonas: *camiséta* > *kamísta*, *escopéta* > *eskópta*,<sup>53</sup> *atzáparra* > *atzáprra* «la garra (abs.)», *gastánbera* > *gastánbra* «requesón; cuajada (abs.)». Llega incluso a remodelar la estructura fonotáctica de la raíz, haciendo que surjan grupos consonánticos o incluso oclusivas geminadas no permitidas en el euskera genérico: /tomáte-ko-al/ > *tomátkua* «el del tomate (abs.)», /fabríka-tik/ > *fabríktik* «desde la fábrica», /fabrika-ko-al/ > *fabríkkua* «el de la fábrica (abs.)», /até-tatik/ > *atéttik* «desde las puertas».<sup>54</sup>

Michelena (FHV, 390-391) señala que casos similares de síncopa también se dan, e incluso con mayor profusión, en el sub-dialecto de Ulzama: /etórrí dal/ > *tór da* «ha venido», /ikúsi duzul/ > *kús duzu* «lo ha visto (usted)», /amárr-en-ak/ > *amárnak* «las primicias (abs.)». Añade que sería bueno estudiar este tema.<sup>57</sup> Ahora bien, el valle de Ulzama cae más bien en la órbita del tipo acentual III. El hecho de que se dé, como en las variedades de la zona adyacente de Cinco Villas, un acento muy dinámico quizás no signifique más que una relación puntual con respecto a este rasgo. De hecho, se dan síncopas diferentes que en la zona del tipo IV: /ober-én-al/ > *obréna* «el mejor (abs.)», /lorr-e-gátik/ > *orgátik* «por eso».

No parece que el área histórica del tipo acentual IV pueda extenderse hasta más al sur de Cinco Villas. En cambio, por el norte, es sabido que gracias a la acentuación ortográfica de Pierre d'Urte (escritor labortano nacido en San Juan de Luz en el último cuarto del siglo XVII) podemos suponer que en la costa labortana de su época existía una acentuación semejante a la actual de la desembocadura del Bidasoa (el tipo IV).<sup>56</sup> Michelena, también basándose en el material de Lafitte, infiere que la acentuación de d'Urte es la misma que la del tipo IV, pero con una restricción: el acento no puede caer más a la izquierda de la antepenúltima sílaba, de tal manera que el acento tiene que estar contenido en la «ventana» - \_ \_ \_ ].<sup>57</sup> De esta forma, si una palabra (raíz + sufijo(s)) tiene cinco o más sílabas, el acento normalmente cae en la antepenúltima (es decir, en la tercera por la izquierda si tiene cinco sílabas, en la cuarta si tiene seis, etc.), rompiéndose así la regla del acento regularmente deuterotó-

<sup>53</sup> Como vemos, aquí, al contrario que en Fuenterrabía, en ítemes léxicos no marcados el acento cae en la segunda sílaba, y esto es una regla sincrónica firme que se aplica independientemente del número de sílabas y del segmento final.

<sup>54</sup> Este último caso forma por mínimo con /até-tik/ > *atétik* «desde la puerta».

<sup>55</sup> Sin embargo, en el más detallado estudio que hay sobre el sub-dialecto de Ulzama, el de Orreaga Ibarra Murillo, este tema sólo se toca esporádicamente en diferentes sitios. Cf. p. ej. Ibarra (1995: 549).

<sup>56</sup> Aunque la acentuación ortográfica en d'Urte no es muy consistente, parece suficiente para deducir su semejanza estructural con la actual de Fuenterrabía. Para las reglas que la definen en el fragmento del Antiguo Testamento que tradujo d'Urte (por cierto, el primero escrito en euskera), cf. las notas (basadas en material de Lafitte) que Patri Urquizu nos da en el prólogo a su edición de P. d'Urte, *Pierre d'Urteren hiztegia, I*, Londres, 1715, pp. 88-89; para las de *Dictionarium latino-cantabricum*, cf. *ibidem*, pp. 98-100.

<sup>57</sup> Cf. PT, pp. 241-244. En realidad, Michelena plantea este tema como una posible existencia de un hipotético tipo acentual V. Nos parece tan evidente que esta acentuación es una variante del tipo IV que como tal la trataremos. De hecho, ninguno de los otros tipos es homogéneo ni carece de variantes.

nico. Sin embargo, es el mismo Lafitte el que indica que en d'Urte una serie de sufijos están léxicamente acentuados: *-gánik* «de donde [alguien]», *-gánat* «a donde [alguien]», *-gárri* «digno de», *-tzálle* «sufijo agente», *-zióne* «-ción», de manera que también algunas palabras de cuatro sílabas, como *miragárri* «maravilloso», pueden llevar el acento más a la derecha de la segunda sílaba por la izquierda.

La acentuación del lugar y la época de Pierre d'Urte, por tanto, sería igual que la de la desembocadura del Bidasoa pero con esta restricción, como ya dijimos, presente en muchas lenguas.<sup>58</sup> Sin embargo, aquí también Hualde pone pegas a la interpretación de Michelena, esta vez con más reservas (1997: 125-127). Sugiere que las reglas pueden ser las mismas que él propone para la variedad de Fuenterrabía: el acento va por lo general en la segunda sílaba (salvo monosílabos e ítemes léxicos marcados), pero si la raíz tiene tres o más sílabas y acaba por consonante, el acento va en la última de la raíz, y si tiene cuatro o más sílabas y acaba por vocal, el acento va en la penúltima sílaba de la raíz. Lo que sucede realmente es que los datos de la acentuación ortográfica de Pierre d'Urte no son demasiado abundantes ni demasiado consistentes. De todas formas, los datos disponibles parecen darle la razón a Hualde, y quitársela a Michelena. Casos (atestiguados en d'Urte) como *miragárri* «maravilloso», *sakrifikatzálle* «sacrificador» y *benedizióne* «bendición» pueden explicarse por acentuación léxica del sufijo. Incluso, apurando, en *ihizíki* «(carne) de bestia» podría argüirse que *-ki* «sufijo que indica objeto o pedazo» desplaza el acento de *ihizi* «bestia salvaje» una sílaba a la derecha, como sugiere Michelena (PT, 242). Pero raíces monolexemáticas como *alkatérna* «brea, alquitrán» y *entsaláda* «ensalada» son explicables sólo por la hipótesis de Hualde (1997: 126): según Michelena esperaríamos *\*\*alkáterna* y *\*\*entsálada*. También es cierto que ambas palabras son préstamos paroxítonos en las lenguas emisoras.<sup>59</sup> Por otra parte, no encontramos ejemplos de raíces de tres o más sílabas que acaben en consonante, por lo que nos quedamos sin saber si en este caso hallaríamos por ejemplo *alárgun-a* «el viudo (abs.)» (como predice Michelena) o *alargún-a* (como predice Hualde).

En cualquier caso, no puede haber duda de que todas estas acentuaciones están históricamente relacionadas. Larramendi<sup>60</sup> dice en su *Diccionario Trilingüe*: «En Fuenterrabía, Irún, y Oyarzun, participan algo del dialecto labortano, y aun de su tonillo gustoso...». En la *Coreografía*, aporta un dato explícito al respecto, con la mala suerte de que la impresión es defectuosa en cuanto al acento: «En Irún lo

<sup>58</sup> Michelena apunta un paralelismo a la relación entre su tipo IV (acento general en la segunda sílaba por la izquierda) y su tipo V (lo mismo, pero con la restricción de que el acento sólo puede caer en las sílabas - \_ \_ \_ ]): la relación entre el antiguo indio y el griego clásico. El acento casi siempre va en el mismo morfema en una lengua y en otra (*bhárāmāh*: φέρομεν «llevamos», *bháranti*: φέρουσι «llevan»), pero no ocurre así si esta tónica, heredada del proto-indoeuropeo, cae más a la izquierda que la antepenúltima sílaba (*bhárāmānah*: φερόμενος «participio presente medio de “llevar”», *bhárāmānasya*: φερομένου «genitivo del participio presente medio de “llevar”»). Como en las variedades de Cinco Villas, el antiguo indio mantiene su acentuación columnar, mientras que el griego, al igual que la acentuación de d'Urte, mueve a la derecha su acento cuando no se adecúa a la restricción acentual de las sílabas - \_ \_ \_ ]).

<sup>59</sup> L. *alkaterna* proviene directamente del árabe *qatrān*, con acento en la segunda *a* (cf. A. Tovar & M. Agud, *DEV*, I, p. 683).

<sup>60</sup> Todo lo referido a Larramendi que decimos a continuación está sacado de *FHV*, p. 389.

mismo [que en Fuenterrabía], y su particular acento *arrigarri* [por *arrigarri?*] y no *arrigarri* [sic], como en otras partes» (corchetes de Michelena). Michelena nos dice que ha intentado encontrar el manuscrito, sin éxito. En este momento ignoramos si tal cosa se ha podido hacer, o si se ha realizado en algún lugar algún tipo de comentario al intento fallido de Michelena. De todas suertes, creemos que según toda lógica el primer *arrigarri* sólo podía tener el acento en la primera *i* en la mente de Larramendi. El segundo *arrigarri* seguramente lo llevaría en la última *i* (*arrigarri*), puesto que el sufijo *-garri* «digno de» no es marcado en las variedades con las que Larramendi era más familiar. No lo es en la gran mayoría de las variedades occidentales. Además, entre los sufijos que clasifica como acentualmente marcados en *El imposible vencido* figuran *-ti* «propenso a», *-le* «sufijo agente», *-tzálle* «sufijo agente», *-guille* «sufijo agente», *-en* «sufijo superlativo», y otros, pero no *-garri* (1929: 350-351). Seguramente Larramendi eligió una raíz autóctona, no marcada acentualmente y de cuatro sílabas para exponer lo que el euskera de Fuenterrabía pudiera tener de peculiar. Si el segundo *arrigarri* está por *arrigarri*, entonces el primero sólo puede estar por *arrigarri* o *arrigárrri*,<sup>61</sup> pero en este último caso es difícil que se le pueda dominar «particular acento», pues la acentuación paroxítona es de todo menos desconocida en la parte occidental. Si, en cualquier caso, el segundo *arrigarri* está por *arrigárrri*, lo único razonable por idénticas razones sería que el primero estuviera por *arrigarri*, puesto que *arrigarri* no sería calificado por Larramendi en ningún caso como «particular acento».

Por lo tanto, lo más probable es que la acentuación de Fuenterrabía en la época de Larramendi fuera columnar, como todavía es hoy la de la mayoría de las variedades de Cinco Villas, y que las reglas que describe Hualde para las raíces de tres sílabas que acaban en consonante y para las de más sílabas hayan surgido después por diversas reinterpretaciones. Lo mismo vale para la acentuación de la costa labortana de la primera mitad del siglo XVIII. También en cuanto a la intensidad del acento creemos que ha sido el euskera de Cinco Villas el que mejor ha conservado los rasgos originales del tipo IV.

Pasemos ahora a describir las diferentes hipótesis que han sido expuestas en torno a la reconstrucción del acento en otras épocas aún más remotas que las históricas.

## 2. Hipótesis en torno al acento del proto-vasco

### 2.1. Martinet (1950, 1955)

Martinet propone para el proto-vasco (al menos para el tipo de palabras lexicámicas más frecuentes, las bisilábicas) una estructura similar a la del danés, con un acento intensivo fijo en la primera sílaba. Esto haría que las dos series de oclusivas que él reconstruye, /p t k/ y /b d g/, tengan una realización fonética particular dependiendo de su posición. En el ataque de la primer sílaba, /p t k/ serían pronunciadas con gran fuerza articulatoria y con aspiración, [p<sup>h</sup> t<sup>h</sup> k<sup>h</sup>], mientras que /b d g/

<sup>61</sup> La acentuación *árrigarri* es virtualmente imposible, pues carece de paralelos cercanos en el tiempo y en el espacio. Además, sería funcionalmente la más traumática de todas.

serían pronunciadas como dulces, sordas pero de articulación muy suave: [b̥ d̥ ɡ̊]. En el ataque de la segunda sílaba, en cambio, al ser ésta una sílaba postónica /p t k/ serían pronunciadas como dulces, [b̥ d̥ ɡ̊] (fonéticamente iguales a /b d g/ en el ataque de la primera sílaba), y /b d g/ como espirantes, al ocurrir principalmente en un entorno intervocálico: [β ð ɣ]. Según esta hipótesis, lo esperable sería que sólo encontráramos la aspiración en posición inicial. Martinet (1974: 543) aduce que mientras tenemos *phika* «pez» y *phintakoste* «Pentecostés» (y éstos son los dos únicos ejemplos que presenta) no hay palabras del tipo TVThV ([T=oclusiva], *\*\*pikha*, *\*\*kokhe*). Hualde (1995c: 172) observa que él encuentra en textos etnográficos de Videgain *pikhatzeko* «para picar» y *kokha* «estar tumbado, descansar». Más importante aún que eso es el hecho de que palabras como *phika* son palabras marginales que han mantenido su variante sorda (seguramente no la más antigua) y que después han recibido aspiración en la sílaba acentuada (como son préstamos de acentuación marcada, en la penúltima).

Recordemos que cuando Martinet escribió el segundo de sus artículos de los años 50, Michelena ya había escrito el suyo sobre la distribución de las oclusivas aspiradas y no aspiradas, en el que señalaba que las aspiración en S. y en Leiç. podía estar en el ataque de la primera y de la segunda sílaba, pero no de la tercera. Teniendo en cuenta que el tipo mayoritario era el de palabras como *behar* «necesitar», *akher* «macho cabrío», *ahate* «pato», *makhila* «palo» y *ethorri* «venido», y considerando que como en galés y otras lenguas el acento y la aspiración van unidos, Michelena sugiere que lo realmente arcaico es el acento en la segunda sílaba por la izquierda. Ante esto, Martinet da una argumentación enteramente *ad hoc*. En una época antigua, la aspiración debió darse en mayor medida en la primera sílaba por estar bajo los efectos del acento, en menor medida en la segunda sílaba y en medida nula en la última. De esta manera, de tener por ejemplo tres oclusivas en una misma dicción, una construcción abstracta como /kákaka/ debería pronunciarse así: [khák<sup>h</sup>aka]. Después, las oclusivas iniciales unas veces permanecieron y otras cayeron. En el primer caso, disimilaron a las aspiraciones que seguían en la palabra (*\*khákha-* > *kháka-*), mientras que en el segundo espirantizaron y, al manifestarse con más intensidad la aspiración de la segunda sílaba, en este caso ésta disimiló a la primera: *\*khák<sup>h</sup>a-* > *\*xák<sup>h</sup>a-* > *\*hákha-* > *ákha-*.

Esto no tiene ningún encaje con el sistema de oclusivas que él mismo ha propuesto, en el que /p t k/ en posición postónica son realizadas como dulces. Pero, aunque asumiéramos que toda oclusiva fonológicamente sorda pudiera tener siempre algún grado de aspiración, también en posición postónica (como por ejemplo, en inglés o alemán), la evolución que propone no tiene ningún tipo de justificación fonética. Por último, la acentuación del tipo [ \_ \_ ] que propone sólo vale pan-dialectalmente para las palabras de acentuación marcada, entre ellos algunos préstamos como *báke* «paz», que son a los que Martinet ciñe sus observaciones.

## 2.2. Michelena (1958)

Poco después de que Martinet planteara esta hipótesis sobre el acento vasco en época antigua, Michelena propuso otra en un artículo publicado en 1958 en el *Bulletin de la Société de Linguistique*. En realidad, las bases de su hipótesis ya estaban



sentadas en sus artículos «De fonética vasca. La aspiración intervocálica» y «De fonética vasca. La distribución de las oclusivas aspiradas y no aspiradas», de 1950 y 1951 respectivamente, en los que analiza la aspiración fonética de los dialectos donde aún se da y las aspiraciones gráficas en Leizarraga. Sus conclusiones, en cuyo detalle no entraremos, son, en síntesis, las siguientes: 1) la aspiración tiene en S. y en Leiz. carácter demarcativo, por lo que sólo puede aparecer una vez por dicción, y, de hecho, si en compuestos se unen dos elementos con aspiración, la primera se disimila (*hil* «muerto» + *herri* «pueblo, lugar» > *il-herri* «cementerio»); 2) dentro de la dicción, la aspiración aparece sólo en la primera sílaba o en la segunda, nunca más a la derecha; y 3) además de como aspiración pura, /h/, la aspiración puede manifestarse en forma de rasgo fonético acompañando a las oclusivas sordas /p t k/, pero no al resto de los segmentos; puede, por fin, formar grupos con las sonantes /n,l,r/.

Con todo, es en «A propos de l'accent basque» donde Michelena propone explícitamente su tesis acentual. De este artículo pasaremos por alto la primera parte, dedicada a una exposición de los hechos acentuales de cada zona euskérica que ya conocemos. Recordemos que en los artículos citados Michelena señaló que por lo que se puede deducir del S. y de la ortografía de Leizarraga, parece que en las variedades con aspiración sólo puede aparecer una aspiración por palabra, y ésta debe estar en el ataque de la primera sílaba o de la segunda, nunca de la tercera. Pues bien, asumiendo una conexión histórica entre la aspiración y el acento, y a partir de cierta analogía con el galés, lengua en la que cuando el acento ha pasado de la última sílaba (antigua penúltima) a la penúltima, aquélla ha perdido la aspiración (*SHLV*, 233), infiere que el euskera, en una época antigua, portó el acento uniformemente en la segunda sílaba (por la izquierda). Por tanto, está de acuerdo con Martinet en que se trataba de un acento automático en una sílaba fija, pero difiere en la determinación de esta sílaba. La analogía, en todo caso, no parece perfecta, puesto que mientras que en galés todo gira en torno a la desaparición o conservación de una aspiración, en euskera se trata más bien, al menos en ciertos casos, del surgimiento de ésta. En préstamos latinos o románicos, algunas oclusivas sordas (evidentemente no aspiradas) han recibido aspiración; también es claro que ha aparecido la aspiración en inicio de segundos miembros de compuesto donde ninguno de los dos miembros tiene aspiración léxica: S. *larhárgi* «que tiene el teñido claro» < *lárrü* «piel» + *árgi* «luz», Leiz. *onherran* «bendecir» < *on* «bueno» + *erran* «decir».

Lo que parece claro es que, por algún factor determinado, la aspiración se produce en unas sílabas y no se produce en otras. La identificación de este factor con un fuerte acento expiratorio no es más que una hipótesis (continúa diciendo Michelena (*SHLV*, 234)), pero ésta parece explicar los hechos de una manera a la vez sencilla y eficaz. Desde un punto de vista fonético es también perfectamente asumible, puesto que la mayor fuerza articulatoria que propicia el acento provoca un mayor intervalo temporal entre la oclusión bucal y la explosión glotal, y en esto consiste precisamente la aspiración. Este paralelismo entre acento y aspiración, en el que profundizaremos más adelante, se da en multitud de lenguas.

Por tanto, mientras Martinet propone un acento fijo en la primera sílaba de la dicción, Michelena lo propone para la segunda. Ahora bien, esta situación no es la que se da en S. histórico, cuyo acento va, como hemos visto, generalmente en la

penúltima sílaba de la dicción o bien de la unidad acentual (o al menos así lo fue en una época anterior: *gizunék* «hombres (erg. pl.)» < \**gizon-ág-ek*, etc.). Parece que tras la época referida, en la que la aspiración iba en la segunda sílaba de dicción empezando por la izquierda y conllevaba aspiración (si el segmento en cuestión era susceptible de llevarla, o bien si entre la sílaba y la segunda mediaba un hiato, en cuyo caso aparecía la aspiración pura: /h/), se ha dado una remodelación acentual que ha afectado en su forma más notable a los hiatos: \**akhér* > *ákher* «macho cabrío», \**albór* > *álbor* «campo sembrado». Como indicios de la validez de este planteamiento, Michelena señala los siguientes hechos: 1) el verbo *jakin* «pfvo. de “saber”» nunca lleva aspiración en la oclusiva, lo cual es comprensible si postulamos un \**e-a-kin*, como es de ley, donde la sílaba que empieza por oclusiva no está en segunda posición (ni en primera, si damos la razón a Martinet); 2) numerosos préstamos bisilábicos paroxítonos no llevan aspiración en la oclusiva de la segunda sílaba (Leič. *gorputz*, S. *khórpitz* «cuerpo» < lat. *cōrpus*; S. *mérke* «barato» < lat. *mercem* «mercancía (ac.)»; Leič. *mutu*, S. *mütü* «mudo» < lat. *mūtus*), la explicación de lo cual puede ser que al pasar al euskera los préstamos mantenían la acentuación originaria del tipo [ \_ \_ ], que por otra parte quizás tampoco era del todo ignota en oídos vascos, y de este modo no aparecía aspiración en la segunda sílaba al no llevar acento; 3) algunas de estas formas bisilábicas paroxítonas sin aspiración en la segunda sílaba alternan con otras que sí la llevan porque es lo esperable según la posición del acento (Leič. *neque*, S. *néke* «cansancio» < lat. *nēcem* «muerte violenta (ac.)», pero *nekhatu* «cansado»;<sup>62</sup> S. *jókü* «juego», pero *jokhätü* «jugado»; S. *māñü* «baño», pero *mañhätü* «bañado»; S. *zēñu* «campana», pero *zeñhätü* «santiguado»).

Con todo, hemos de tener en cuenta que la aspiración también puede aparecer en inicial de bisílabos (o trisílabos). El radical (*h*)*ur-* «cerca», por ejemplo, se presenta aspirado en la primera sílaba en Leič. *hurbil* «cerca, cercano», *hurco* «prójimo», Dech. *hurran*, S. *hüllan* «cerca». Sin embargo, tenemos también S. *ühéntü* «terminado», Oih. *vrhenze* «fin» Más conocido aún es el caso S. *hil* «muerto» frente a *ilhéri* «cementerio». Según parece, la aspiración podía ser también un fonema más de los elementos monosilábicos, y si éstos formaban un compuesto o un derivado bi- o trisilábico ocupando como posición la primera sílaba, entonces la aspiración podía mantenerse siempre que no resultaran dos aspiraciones léxicas. En este caso, tenía prioridad la aspiración que ocupara la segunda sílaba, que era la que portaba el acento, y la de la primera sílaba se disimilaba: *hil-* + *-herri* «pueblo; lugar, recinto» > *il-herri*. Si, en cambio, el formante de la segunda sílaba no llevaba acento léxico, entonces la aspiración de la primera sílaba se podía mantener a pesar de no estar ésta acentuada: *hur-* + *-bil* > *hurbil*. No obstante, ejemplos como S. *ühéntü* y Oih. *vrhenze*, donde el segundo formante parece ser el sufijo superlativo *-en*, parecen mostrarnos que si el ataque de la segunda sílaba era susceptible de adquirir aspiración<sup>63</sup> (aunque no la llevara léxicamente), la adquiría y disi-

<sup>62</sup> Palabra que como indica Michelena podría ser tanto otro préstamo de lat. *nēcātum* como un derivado generado dentro del euskera mismo. En cualquiera de ambos casos la *k* ha recibido la aspiración porque desde el punto de vista sincrónico la sílaba que contiene la oclusiva velar es la que porta el acento.

<sup>63</sup> Es decir, si era algunos de los fonemas /p t k/, o bien /n l r/, o bien una vocal que formara hiato con la vocal de la primera sílaba.

milaba la aspiración léxica de la primera sílaba, imponiéndose la regla de aspiración (en razón del acento) en la segunda sílaba si el segmento que constituye el ataque es susceptible de aspirarse. Esto no parece ocurrir sin embargo en *Leiz. hurco*, donde esperaríamos *urkho* según lo dicho. Es posible que hubiera vacilación al aplicar esta regla, o incluso que el sufijo de genitivo de procedencia *-ko* no atrajera el acento.

En compuestos, en S. y ronc. el acento va en la primera sílaba del segundo miembro (*SHLV*, 235). Teniendo en cuenta que éste suele ser monosilábico, las palabras resultantes son oxítonas (del tipo S. *bür-hás* «desnudo de cabeza»). Asimismo (*SHLV*, 236), en ocasiones se aprecia la caída de la segunda sílaba de este segundo miembro (*mihí-* «lengua» + *-luze* «larga» > S. *mihílúz* «lengua-suelta, indiscreto»), lo que parece reforzar esta hipótesis. Pero, además, indicios de este estado de cosas se encuentran en otros dialectos. Acento en la primera sílaba del segundo miembro de compuestos se encuentra también en algunas zonas occidentales (muy alejadas del S.). El topónimo *Eguiluz* (< *egi-* «lugar; borde» + *-luze* «largo») lo encontramos en Álava, y en un documento de Elorrio (1053) encontramos *Olabeeçabar*, cuyo primer miembro es el moderno *Olabe* (< *ola-* «fábrica, lugar de trabajo» + *-bebe* «parte inferior»). Ambos parecen mostrar cierta debilitación de la segunda sílaba del segundo miembro de compuesto, como también sucede quizás en or. *ahalke* «vergüenza, pudor» (< *ahal-* «poder» + *-gabe* «sin»). Por último (*SHLV*, 236), quizás también *beltz* «negro», si proviene de *\*beletz* y ha lexicalizado la forma que mostraba en segundo miembro de compuesto (*\*béletz*), ha podido surgir a partir de la debilitación de su segunda sílaba (cf. aquit. *BELEX* y en compuesto *HARBELEX*). Da la sensación de que, si esta situación es original, el primer miembro de compuesto era proclítico.

También parece estar de acuerdo con esto el hecho de que *ohi* «partícula de hábito», si tiene que ver con el sufijo *-k(h)ói / -ói* «sufijo de propensión», haya mantenido su aspiración. Tendríamos según Michelena (*SHLV*, 237) un prototipo *\*kohí* realizado de forma autónoma como *\*ohí*. Éste se habría conservado tal cual, pero en segundo miembro de compuesto se habría realizado *\*kóhi* y aquí la aspiración habría caído por quedar átona: > *-k(h)ói / -ói*. En general, todos los hechos que tienen que ver con la aspiración parecen estar de acuerdo con la hipótesis emitida. También lo está el resultado de la caída de *n* intervocálica. Ésta evoluciona a *-h-*, con o sin nasalización de las vocales adyacentes, si la *\*-n-* era ataque de la segunda sílaba (S. *bábe*, V. *bae* «criba» < rom. *van*; S. (Gèze) *sehi* «criado», V. *sein* «niño», aquit. *SE-NICCO*; S. *xábhū* «limpio» < lat. *sānum* «sano»), pero el resultado no contiene ninguna aspiración si la *\*-n-* era ataque de la tercera sílaba, tal y como era de esperar. La evolución en este caso resulta en la mera nasalización de las vocales adyacentes (S. *ardú*, V. *ardão* «vino» < *\*ardano*), o bien en la palatalización de la nasal por una vocal anterior (S. *arráñ*, V. *arrāī* «pez, pescado» < *\*arrani*).

En definitiva, Michelena propone un acento fijo en segunda sílaba (por la izquierda) en dicciones comunes y en primera sílaba de segundo miembro en compuestos. Se objetará al punto que para toda esta argumentación se ha basado casi por completo en un solo dialecto. Como hemos dicho en otros lugares anteriormente, la aspiración queda reflejada en la ortografía de *Leizarraga*, en territorio del dialecto BNor. Pero es que además los documentos medievales de Vizcaya, Álava y

La Rioja contienen con profusión el grafema <h>, lo cual parece indicar que la aspiración existía todavía en estas zonas tan dispersas, y decimos «todavía» porque lo natural es pensar que si esto es realmente así la aspiración fue en una época antigua general, es decir, un rasgo de la fonología del proto-vasco común. En palabras de Michelena: «Rien ne s'oppose donc à en étendre la portée, comme simple hypothèse, à la totalité des dialectes basques» (SHLV, 238). Por otra parte, si como hemos supuesto, la aspiración fue en cierta época común a todos los dialectos y estaba estrechamente vinculada al acento, lo esperable sería no encontrar aspiración en las formas que tienen más papeletas para ser átonas, como enclíticos, sufijos de declinación y formas verbales personales, y eso es precisamente lo que sucede, como supo ver Lafon (SHLV, 238).

Como habremos podido percibir, el acento reconstruido por Michelena parece mantenerse, al menos en parte, en la desembocadura y curso bajo del Bidasoa. Identificar sin reservas el acento antiguo con este tipo acentual, el tipo IV, es según él demasiado arriesgado, si bien añade (SHLV, 239): «Toutefois, cette idée vient d'elle-même à l'esprit». La transición de la acentuación postulada a la constatada históricamente en S. (y en BNor. para tiempos más antiguos) se habrá realizado seguramente a partir de una reinterpretación de las palabras trisilábicas. En una época antigua podríamos tener tanto \*akhér «macho cabrío» como ithúrri «fuente», ambas ceñidas a la norma general de acento en la segunda sílaba por la izquierda. Pero es que además la acentuación de ithúrri puede interpretarse también como acento en la segunda sílaba por la derecha, y esta interpretación pudo extenderse a la mayor parte del léxico, provocando el cambio \*akhér > ákher.

Para terminar, Michelena nos aporta una importantísima observación sobre cronología relativa. El cambio de acento del tipo [ \_ ' \_ ] > [ ' \_ \_ ] en S. ha tenido que suceder después de la caída de *n* intervocálica. Como vimos, -VnV- > -VhV̄- si éstas eran las sílabas primera y segunda, pero -VnV- > -V̄V̄- si éstas eran las sílabas segunda y tercera: S. *xabu* «limpio, pulcro» < lat. *sānum*, pero S. *ardú* «vino» < \*ardano. Como partimos de la base de que la aspiración está vinculada al acento, el cambio \*xanú > xabú sólo pudo suceder cuando el acento estaba en la segunda sílaba, pues de lo contrario encontraríamos \*\*xāū o algo parecido, en cualquier caso sin aspiración.

### 2.3. Hualde (1993)

Ha sido mérito, no exclusivo pero sí principal, de José Ignacio Hualde, haber desarrollado en detalle una descripción exhaustiva de las acentuaciones de todos los dialectos, sub-dialectos e incluso buena parte de las variedades euskéricas. Es justo decir que esta minuciosa labor de lingüística descriptiva ha supuesto, además de una de las cuentas pendientes que le quedaba por saldar a la acentología vasca (en tanto que especialmente la zona occidental era un auténtico continente por explorar antes de la labor de Hualde), una de las mayores contribuciones al estudio dialectológico y diacrónico del euskera en la época post-micheleniana. Como en el caso del consonantismo, en el estudio de la acentuación antigua también pesó durante mucho tiempo la autoridad de Michelena a la hora de valorar las teorías propuestas, o proponer otras alternativas. Pues bien, en un artículo publicado en

*Diachronica* en 1993, Hualde presentó además una teoría alternativa a las dos anteriores acerca del acento vasco en época antigua. Pasamos a sintetizarla a continuación.<sup>64</sup>

La mayor parte del mencionado artículo la dedica Hualde a presentar los hechos, describiéndolos por una parte tal y como se observan en la parte occidental (1993b: 14-29) (el tipo I de Michelena) y después en la parte oriental<sup>65</sup> (el tipo II de Michelena). Recordemos que Hualde explica la acentuación occidental (*mutatis mutandis*, la de los dialectos V. y G.) a partir de una situación en la que no había prominencia acentual a nivel de palabra, sino a nivel de grupo prosódico, acentuado éste siempre en la última sílaba y por medio de contorno tonal, no de acento de intensidad. A partir de aquí surgirían en esta zona formas con acentuación léxica en construcciones de tipo composicional, en construcciones del tipo «raíz + sufijo», siendo este sufijo derivacional o declinacional (en este último caso, de plural), y en préstamos, cuyo acento demarcativo en cierta sílaba sonaba como algo excepcional. Esta situación, que en líneas generales dimos por buena a tenor de los argumentos aducidos, la circunscribíamos hasta ahora exclusivamente al tipo I. Pues bien, a pesar de dedicar la práctica totalidad de sus razonamientos al esclarecimiento de la acentuación antecesora sólo del área occidental, en la recta final de su artículo Hualde sugiere que esta situación fue la original no ya sólo para la zona correspondiente al tipo I sino para toda la zona vascófona, a saber, para el proto-vasco. Según Hualde, este tipo de acentuación se habría conservado más o menos en los dialectos L. y BN. La acentuación de estos dialectos la hemos dejado al margen en nuestra descripción porque no se atiene a las características de ninguno de los tipos. En realidad, la de estos dos dialectos es una acentuación escasamente definida,<sup>66</sup> hasta tal punto que a menudo es difícil señalar dónde está el acento y, en caso de poderse, no parece que existan reglas claras para predecir su posición. En general, puede decirse que la acentuación general es a nivel de frase en el discurso hablado, pero aun así las palabras sí que tienen un acento, más bien de intensidad, pronunciadas aisladamente. Éste es paroxítono en Sara y Lecorne, pero la posición del acento no está tan clara en otras variedades.

En una variedad que aún está por estudiar bastante, lo esencial de momento es que no existen acentos léxicos para diferenciar por ejemplo el singular del plural, por ejemplo, y que en el discurso corrido no parece existir acentuación a nivel de palabra. Es por ello que Hualde propone, con algunas reservas, que esta acentua-

<sup>64</sup> En al menos dos artículos, el citado de Jacobsen (1972), y otro algo posterior de Rotaetxe (1978), se insinuó de forma etérea, y de manera diferente en ambos casos, que la acentuación de la proto-lengua quizás contenía de algún modo la misma oposición que se registra en las variedades occidentales entre acentuaciones no marcadas y marcadas, sobre todo en lo referido a la oposición sg. / pl. Jacobsen sugiere que las actuales diferencias tonales quizás sean los remanentes históricos de antiguas secuencias de vocales o de vocales geminadas. Rotaetxe incide más en la posibilidad de que ya la proto-lengua tuviera alguna oposición tonal a la sueca. Hoy contamos con más información descriptiva para explicar el surgimiento de la oposición entre acentuación no marcada y marcada en el tipo I, y no parece que se trate de algo arcaico. Además, en ninguno de estos artículos se presentan explícitamente nuevas propuestas acentuales, por lo que como tales las dejaremos al margen.

<sup>65</sup> Cf. *ibidem*, pp. 29-31. También dedica cuatro párrafos (pp. 31-32) al tipo III.

<sup>66</sup> Cf. Hualde (1997: 106-108) y paradigmas en Gaminde (1998: 179-199).

ción ha conservado de una u otra manera la situación antigua, incluso anterior a la época en la que aparecieron en la acentuación occidental los acentos léxicos. El estado antiguo y las respectivas evoluciones que Hualde propone quedan esquematizadas como sigue:<sup>67</sup>

—**Estadio 1:** proto-vasco. No existe prominencia a nivel de palabra. Sólo recibe cierta prominencia la última sílaba de cada grupo prosódico (como en francés) o, quizás en algunas ocasiones, la penúltima (para lo cual podemos asumir cierta variación temprana). Esta situación se encuentra todavía en L. y BN.

De este estadio 1, el sistema acentual del S. evolucionó de la siguiente manera:

—**Estadio 2a:** proto-vasco oriental. En algunas variedades la prominencia de grupo prosódico es reinterpretada a nivel de palabra, de modo que todas las palabras reciben acento en la penúltima sílaba, al menos en proto-suletino y en AN.

—**Estadio 3a:** suletino. Como resultado de ciertas contracciones, algunas palabras que eran regularmente acentuadas en la penúltima sílaba adquieren acento final contrastivo. La posición de la sílaba acentuada se convierte así en un rasgo distintivo de las palabras en S.

Por otra parte, el sistema acentual occidental evolucionó así a partir del estadio 1:

—**Estadio 2b:** proto-vasco occidental. Las variedades occidentales adquieren una regla de acento de compuestos similar a la del inglés, según la cual los compuestos y las construcciones de estructura composicional se acentúan en la última sílaba del primer miembro. Esto crea la posibilidad de usar la acentuación como un rasgo contrastivo (*sagu zaharr-à* «el ratón viejo (abs.)» / *sagú-zaharr-a* «el murciélago (abs.)»). La existencia de contrastes fonológicos en la posición de sílabas con prominencia supra-segmental es reforzada por el mantenimiento del patrón acentual de un número cada vez mayor de préstamos.

—**Estadio 3b:** vasco occidental. Muchos antiguos compuestos pierden su estructura morfológica transparente pero mantienen su patrón acentual marcado. Esto hace que surjan raíces marcadas autóctonas (no préstamos). A medida que la morfología composicional se hace opaca, algunos acentos son reinterpretados como propiedades léxicas de sufijos individuales (sufijos pre-acentuales).

Hualde concluye su artículo reprochando tanto a Martinet como a Michelena que con sus respectivas hipótesis no tratan de dar una explicación a los sistemas acentuales de hoy, sino a los sistemas consonánticos. Es decir, Hualde les recrimina enfocar el problema sólo desde la óptica del problema consonántico, arguyendo que ambos lingüistas ni siquiera tratan de explicar las acentuaciones actuales, especialmente la occidental. Creemos, sin embargo, que esto es simplificar las cosas. Michelena da una explicación al acento a partir del problema consonántico, vinculando así ambos temas, porque establece una relación entre la aspiración y el

<sup>67</sup> Cf. Hualde (1993b: 43). El esquema es tan certero que nos tomamos la libertad de traducirlo prácticamente según está.

acento. Esta relación es sólo una hipótesis, pero muy razonable a tenor de las pruebas aducidas. Y si se trabaja con esa hipótesis, entonces ya no se puede decir que no se aspira a explicar los hechos acentuales, sino a lo sumo que no se da ninguna explicación a la acentuación occidental. Ahora bien, esta acentuación sólo la hemos conocido en algún detalle en los últimos tiempos, gracias precisamente a los estudios de Hualde y otros investigadores. No se debe excluir la posibilidad de asignarle un origen secundario a partir del proto-vasco que reconstruye Michelena.

### 3. Análisis

Como consideración preliminar antes de pasar al análisis de las hipótesis, lo primero que llama la atención al observar las acentuaciones vascas es la ingente variación entre unas y otras en una extensión geográfica tan reducida. En ocasiones una variedad es totalmente distinta de otra colindante en cuanto al acento. A una fragmentación acentual tan profunda y presente en tan poco espacio no es fácil encontrarle paralelo tipológico. En diversas lenguas, sí que existe amplia diversidad, incluso en un terreno geográfico reducido, con respecto a la entonación a nivel de frase y sus diversas funciones lingüísticas (enunciativa, interrogativa...), pero en los dialectos euskéricos esta mutabilidad se da a nivel léxico. Hualde observa (1997: 73) que el único caso comparable de variabilidad acentual en Europa es el de las lenguas eslavas. Sin embargo, en este caso la variabilidad se hace presente dentro de una enorme extensión geográfica. Lo peculiar de la variabilidad euskérica es precisamente lo que tiene de tupida, de multiforme, en áreas sumamente reducidas. Esto es así en toda el área vascófona, pero especialmente en el área occidental. Las causas de esta superlativa variabilidad, que como decimos es tipológicamente bastante marcada, no son del todo claras. Como mero factor que ha podido favorecer esta situación nos atreveríamos a señalar la falta de tendencias unificadoras, al haber carecido la zona vascófona, hasta hace bien poco, de focos culturales claros. En este caso, la variabilidad acentual va a la par de la fragmentación dialectal, también muy pronunciada, y que como vimos tiene precisamente esta causa. De todas formas, es difícil insistir lo suficiente en lo marcada que resulta una disparidad de acentuaciones tan grande y tan tupida como la vasca, por lo que la falta de tendencias unificadoras mejor haremos en interpretarla como una condición necesaria, pero no suficiente, para esta disparidad. Debe haber, sin duda, más factores que expliquen tal anormalidad, pero ciertamente no es fácil precisar cuáles son éstos.

Pasemos al análisis de las tres teorías que acabamos de sintetizar. La de Martinet, como ya dijimos, nos parece categóricamente errónea. Para empezar, su potencial analítico sólo sirve para analizar los préstamos bisilábicos de acentuación paroxítona, del tipo *báke* «paz». Hoy sabemos que la acentuación de la estructura [ ' \_ \_ ] es un patrón marcado que se encuentra en un sector limitado del léxico, y que además tiene un claro origen secundario. En palabras autóctonas, esta acentuación aparece en muchos ítems léxicos con sentido locativo (*tóki* «lugar», *áurre* «parte anterior», *átze* «parte posterior»), por lo que es muy posible que se haya extendido a partir de segundos miembros de compuestos, acentuados según Michelena (y según nosotros) en la primera sílaba del segundo miembro, y que después las palabras latino-románicas de estructura acentual [ ' \_ \_ ] se hayan incorporado a este patrón,

marginal pero posible, acrecentando su número de ítemes. Por otra parte, su versión de los hechos en cuanto a las disimilaciones de aspiradas (según la cual se disimila la aspiración del ataque de la segunda sílaba, y queda la aspiración del ataque de la primera) es descaradamente sesgada. Sólo funciona para algunas palabras, todas de estructura TVTV, y aun en éstas hay excepciones. Además, las palabras de esta estructura son en su mayoría de origen románico o de etimología espuria, y como veremos Joseba Lakarra rechaza la antigüedad de esta estructura en palabras de origen autóctono. La inmensa mayoría de las palabras bisilábicas del léxico autóctono tienen la aspiración (de ser el ataque de la segunda sílaba un segmento que admita aspiración) en la segunda sílaba, por lo que de admitir una vinculación entre el acento y la aspiración, como hacen Martinet y Michelena, sólo postular un acento en la segunda sílaba (por la izquierda) tendrá sentido. Sostener que lo que ha ocurrido en estos casos es que *\*khakha-* > *\*xakha-* > *\*hakha-* > *akha-* (y así obtendríamos, por ejemplo, *akher* «macho cabrío»), es un buen ejemplo de hasta dónde puede llevar una idea preconcebida con la disposición a rechazar cualquier tipo de evidencia.

Nos quedan la de Michelena y la de Hualde. Son éstas dos visiones radicalmente distintas del acento vasco original. El primero postula un acento demarcativo en la segunda sílaba (por la izquierda) de la palabra. Restos de esta situación original serían la acentuación central (el tipo IV) y la posición de la aspiración en S., si bien en el tipo II la acentuación ha pasado de ser proterotónica a paroxítona. En el resto de zonas vascofonas se ha desarrollado algún tipo de acentuación secundaria. El tipo III parece ser una derivación del tipo II y el tipo I (la acentuación occidental) es demasiado heterogéneo para extraer consecuencias diacrónicas. Hualde en cambio postula una situación original, antecesora de todas las acentuaciones actuales, con prominencia a nivel de frase, no de palabra, en la última sílaba. Parte de la zona correspondiente a los dialectos L. y BN. habría conservado más o menos esta situación original. El S. y el ronc. habrían adoptado demarcatividad acentual a nivel de palabra, en la penúltima sílaba, seguramente por influjo del gascón y el aragonés. Lo mismo habría ocurrido en la zona del tipo IV, pero en este caso en la segunda sílaba. En cuanto a la zona occidental (tipo I) habría desarrollado algunas reglas de acentuación léxica en determinados casos que ya hemos examinado, y por lo demás habría mantenido la prominencia a nivel de frase.

El principal reproche que Hualde lanza contra la explicación de Michelena (también contra la de Martinet) es que no trata de explicar los sistemas acentuales atestiguados históricamente, sino los sistemas consonánticos. Consideramos sin embargo que esta afirmación es un tanto sesgada. Es cierto que Michelena no da una explicación sobre cómo su hipotética acentuación antigua ha podido evolucionar a la atestiguada en el área occidental, entre otras cosas porque en los tiempos en los que él realizó sus trabajos ésta, con toda su intrincada variabilidad, no estaba bien estudiada. Pero esto no quiere decir que esbozar una posible evolución sea imposible. Esta evolución, que enseguida propondremos (aunque sólo a medias), podrá resultar arbitraria, pero no lo será en mayor medida que la evolución que Hualde plantea como tránsitos de su acentuación antigua a los tipos II y IV. Hualde olvida por otra parte que si partimos de la base de que la aspiración está vinculada al acento demarcativo, investigar las consonantes (más concretamente, las oclusivas en



lo que a la aspiración atañe) e investigar el acento son la misma cosa. Ciertamente que esta vinculación no es más que una hipótesis, pero detrás de la cual hay razones robustísimas.

Creemos que la hipótesis de Michelena explica un mayor número de hechos pan-dialectales con un número menor de asunciones arbitrarias, y que por tanto es preferible. Empecemos por la acentuación de los compuestos. Según Hualde, originalmente no existiría acento demarcativo en los nombres compuestos;<sup>68</sup> según Michelena, el acento habría recaído en la primera sílaba del segundo miembro. Pues bien, nos parece claro que, en este caso, mientras la situación original postulada por Michelena ha dejado restos en todos los dialectos, la hipótesis de Hualde sólo se puede aceptar como original si asumimos ciertas premisas cuya arbitrariedad es patente. En rigor, Hualde sólo trata de explicar el surgimiento de la acentuación occidental, pero no vemos ni un solo motivo para creer que esa situación inmediatamente anterior al ámbito «proto-occidental», si es que se dio, pueda extenderse a todo el ámbito vascófono y convertirse en «proto-vasca». El vestigio más claro de que parece ser la reconstrucción de Michelena la más acertada en los nombres compuestos lo hallamos en las apócopies producidas por una acentuación composicional del tipo [ \_ ( \_ ) - \_ ( \_ ) ]. Los hechos son demasiados conocidos como para detallarlos aquí ahora (cf. Michelena 1953: 24-33 y Trask 1997: 183-192). En compuestos antiguos, la última vocal del primer miembro sufre algún tipo de mutación. Si el primer miembro acaba en vocal y el segundo miembro empieza por vocal (sean cuales sean los timbres de ambas), la última vocal del primer miembro se pierde (*begi* «ojo» + *-azal* «piel» > *betazal* «párpado», *aita* «padre» + *-on* «buen» > *aiton* «abuelo»). Esto quizás podría explicarse sin recurrir a la regla de acento en primera sílaba del segundo miembro, por pura elisión de vocal por ejemplo para evitar hiato en compuestos. Pero dentro de esta posibilidad sería más difícil explicar los casos en los que el primer miembro termina por vocal y el segundo miembro empieza por consonante. En estos casos, si la última vocal del primer miembro es *i* o *u*, ésta cae (*ardi* «oveja» + *-(k)ume* «cría» > *arkume* «cordero», *buru* «cabeza» + *-(k)ide* «miembro, compañero» > *burkide* «contrincante; camarada»); si la última vocal del primer miembro es *e*, *a*, *u* o *o*, las tres vocales se neutralizan en *a* (*etxe* «casa» + *-gain* «parte superior» > *etxagain* «parte superior de la casa», *gona* «falda» + *-dun* «poseedor» > *gonadun* «que lleva falda», *beso* «brazo» + *-be* «parte inferior» > *besape* «sobaco»). Casi con toda seguridad, todas estas alternancias indican un debilitamiento de la última sílaba del primer miembro al estar en posición pretónica.<sup>69</sup> También puede haber restos de esta situación en la pérdida de sonantes en casos como *adar* «rama» + *-begi* «ojo» > *adabegi* «nudo de la madera» y *egun* «día» + *-berri* «nuevo» > *Eguberri* «Navidad».

Casi todas estas palabras aparecen en todos los dialectos. Incluso aunque para alguno de los casos citados sea difícil encontrar ítemes léxicos presentes en todos ellos, el funcionamiento estructural de apócopies y neutralizaciones que acabamos

<sup>68</sup> La regla del acento en la última sílaba del primer miembro habría surgido después, y sólo en la zona del tipo I.

<sup>69</sup> Para la neutralización de *e*, *a*, *o* > *a* ante segundo miembro que empieza por consonante, cf. *FHV*, p. 410.

de describir es inequívocamente operativo en todos los dialectos, y por lo tanto debió ser en una época remota común a todas las áreas. Pero, además, tenemos indicios, también pan-dialectales, de que en palabras con bastantes probabilidades de haber sido segundos miembros de compuesto ha existido también apócope de la vocal postónica. Por ejemplo, *beltz* «negro» puede ser una reducción de *\*beletz* en segundo miembro de compuesto a tenor de *aquit. BELEX* y *HARBELEX*. Asimismo, *ertz* «borde, extremo» tiene todo el aspecto de provenir de *eretz*, forma conservada en BN. y S., ya que si tenemos en cuenta su sentido locativo será razonable conjeturar que ha ido con cierta frecuencia en segundo miembro de compuesto. Otro candidato es *txar* «malo», < *zahar* «viejo», si bien en este caso no es tan claro que la reducción se haya producido a partir de segundos miembros de compuestos. En otros casos, no se ha lexicalizado como forma aparte la forma reducida del segundo miembro, pero en compuesto aparece siempre la forma reducida. Esto ocurre con *-be* / *-pe*, < *behe*, «parte inferior», sufijo (o forma composicional, según se mire) existente en todos los dialectos tanto en nombres comunes como en apellidos (*besape* «sobaco», *men-pe* «dominio», *esku-pe* «bajo la mano, al alcance de la mano»; *Ayer-be*, *Iba-be*, *Uri-be*) y atestiguado ya en un antiguo documento vizcaíno: *Olabeeçahar* (Elorrio, 1053). Aunque no es seguro que en este caso el segundo miembro muestre forma reducida, al mantener las dos vocales, al menos la aspiración (ya sea gráfica o fonética) no aparece, tal y como esperaríamos. Si en S. *mihílúz* y ronc. *milúz* «lengua suelta, indiscreto» el segundo miembro es *luze* «largo», como parece, la apócope de su última vocal tendrá que ver sin duda con el topónimo alavés *Eguiluz* «colina (?) larga / grande».

Todos estos casos, así como el sufijo *-ge* / *-ke*, < *-gabe* «sin», ya los habíamos visto. Ahora lo que nos interesa subrayar es el carácter general, y por tanto arcaico, de esta apócope. Esta acentuación de compuestos, que como hemos dicho creemos antigua, se opone a la concepción de Hualde según la cual no existiría acento contrastivo en proto-vasco. Aquí, una vez más, todo depende de a qué llamemos «proto-vasco», pero toda vez que en la lengua eran posibles palabras bisilábicas y trisilábicas, y se podían formar compuestos entre ellas, no vemos por qué habría de ser imposible, en pura teoría, la oposición fonológica. A riesgo de que la siguiente oposición no se haya dado nunca, lo ejemplificaremos así como mera construcción estructural. Imaginemos un sintagma no composicional como *\*harri belétz* «piedra negra». Junto a éste, podría existir *\*hàrri béletz*, con un significado exocéntrico tal que «pizarra». Hualde rechaza que la acentuación en compuestos de los dialectos S. y ronc. tenga que ser antigua, aduciendo los reparos que el mismo Michelena expone a su teoría.<sup>70</sup> Señala además que la regla en estos dialectos no es exactamente acento en la primera sílaba del segundo miembro, sino acento en la penúltima del segundo miembro, o en la última si éste es monosilábico. Así tenemos *bür-hás* «de cabeza desnuda» e *izorr-áldi* «embarazo», pero *haz-kurdíña* «picazón intensa».

<sup>70</sup> Cf. *FHV*, pp. 416-418. Pero estos reparos no parece que Michelena los considere insalvables. El hecho de que de *muga-* «frontera» + *-harri* «piedra» no salga *\*\*mugahàrri* en las variedades con aspiración, sino *mugàrri* «mojón», puede ser debido a que la aspiración no era entendida como una verdadera consonante, y por tanto el compuesto recibió el mismo tratamiento que aquéllos cuyo primer miembro termina por vocal y el segundo miembro comienza por vocal.

Ahora bien, el que defienda la hipótesis de la acentuación composicional de Michelena no está obligado a encontrar ese sistema arcaico exacta o fragmentariamente entre los dialectos históricos, si en cambio expone otro tipo de pruebas convincentes, y esto es precisamente lo que hemos hecho al aducir la pan-dialectalidad de las apócopeas producidas por esa acentuación. Es éste un detalle metodológico en el que merece la pena insistir. En un sistema acentual tan lábil como el de los dialectos euskéricos, para descubrir rasgos generales (y por tanto arcaicos) no podremos basarnos en la posición del acento, puesto que sería demasiado ingenuo esperar que la posición del acento se haya conservado de una forma mínimamente coherente. Pero quizás sea más fructífero observar los fenómenos de reducción de vocales o consonantes en sílaba pretónica o postónica. Si éstos son los mismos en toda el área vascofona, será vestigio inequívoco de un acento común a todos los dialectos. Este método, que lo hemos aplicado a las formas composicionales, lo aplicaremos a continuación al resto de ítemes léxicos. En general, creemos que la regularidad de la apócope descrita demuestra que la reducción vocálica se producía debido a cierta intensidad en el acento adyacente, pues es característico de los sistemas con acentos de intensidad que la reducción de la vocal átona sea total y regular. En cambio, en los sistemas melódicos, de producirse reducción (que a veces se produce, aunque menos frecuentemente), ésta suele ser sub-fonémica (es decir, alofónica).<sup>71</sup>

Pasemos ahora a la acentuación del resto del léxico, es decir, las palabras no compuestas. Michelena propone un acento de (al menos cierta) intensidad en la segunda sílaba por la izquierda, mientras que Hualde rechaza que hubiera prominencia a nivel de palabra. Toda la hipótesis de Michelena se funda sobre la premisa de que en una época antigua la aspiración era demarcativa y coincidía con el ataque de la sílaba que portaba el acento. Esto es un fenómeno que sucede en muchas lenguas y que tiene una explicación fonética clara. Al tener que haber un mayor intervalo entre la oclusión glotal y la supraglotal para que se produzca aspiración, ésta requiere mayor presión subglotal, y por tanto es muy probable que sea asociada a sílabas tónicas. Según el *SPE* de Chomsky y Halle: «Heightened subglottal pressure is a necessary but not a sufficient condition for aspiration. Aspiration requires, in addition, that there be no constriction at the glottis. If there is a glottal constriction, aspiration will not occur» (1968: 326). Hurch (1987: 38-39), basándose en estudios de Lehiste, especifica que en inglés la cantidad de flujo expiratorio necesario para la

<sup>71</sup> Sobre este tema, cf. F. Van Coetsem (1996: 50-56). La reducción de vocal adyacente junto a acento melódico, además de ser poco frecuente y alofónica en caso de darse, para producirse deben suceder motivaciones especiales. Una motivación puede ser la frecuencia de uso, en cuyo caso, por pura eficiencia funcional se tienden a reducir vocales. Por ejemplo, en francés (con sistema acentual melódico) *peut-être* «quizás» puede pronunciarse [pøté(:)tr] o [pøté(:)tr], pero al ser una palabra que a lo largo del discurso se repite con gran frecuencia, tiende a debilitarse en [pttè(:)tr] o incluso en [pttè]. En el caso del euskera, al producirse la reducción vocálica en compuestos, podría conjeturarse que una motivación para la reducción es la de crear significaciones secundarias exocéntricas, opuestas a las significaciones de las formas sin reducción (ejemplo teórico: \**harrí belétz* «piedra negra» / \**harbéletz* «pizarra»), y que, por tanto, es prescindible la intensidad acentual como explicación de la reducción vocálica. De todas formas, no olvidemos que la explicación de Michelena se ve respaldada en primer lugar por la aspiración, y ésta supone que el acento sea de intensidad.

articulación de una *h* en una secuencia *hV* es seis veces mayor que el necesario para el núcleo silábico subsiguiente. Por otra parte, entre las oclusivas la aspiración se asocia más fácilmente a las sordas o a las fortis, de mayor tensión articulatoria y por tanto de mayor presión subglotal.<sup>72</sup>

Desde el punto de vista comparativo, el quid de la cuestión está en determinar si las aspiraciones gráficas que aparecen en documentos medievales españoles (y también en las inscripciones aquitanas), sobre todo al sur del área vascofona, pueden relacionarse diacrónicamente con la aspiración histórica que encontramos en los dialectos nororientales, en cuyo caso habrá un fundamento muy sólido para postular la antigüedad de la aspiración. Para que esto fuera así, lo esperable sería que las aspiraciones gráficas coincidieran con las etimológicas según las tenemos en los testimonios históricos. Según Michelena,<sup>73</sup> «las coincidencias son en general notables». Con *h-* cita entre otras las siguientes correspondencias: *Haizcoeta* (CSM, 1025), *Haizpilleta* (CSM, 1025), *Hazteguieta* (CSM, 1025), frente a BN. Oih. *haitz* «peña»; *Farana* (Oña, 1236), *Harana* (Vitoria, 1291), frente a BN. Leiç. *haran* «valle»; *Harizavalleta* (CSM, 1025), frente a S. *há(r)itz* «roble»; *Harrieta* (CSM, 1025), *Harriolha* (CSM, 1025), frente a Leiç. *harri*, S. *hárr*i «piedra»;<sup>74</sup> *Hegilior* (CSM, 1025), *Heg(u)iraz* (CSM, 1025), frente a S. *hégi* «borde, orilla»; *Huriarte* (CSM, 1025), *Hurigurenna* (CSM, 952), frente a Leiç. *hiri*, S. *hí(r)i* «villa».<sup>75</sup> Sin *h-* y con estructura *V-*, Michelena cita: *Arzanhegi* (CSM, 1025), *Arçamendi* (CSM, 1025), frente a com. *artzai(n)* «pastor» (en composición, *artzan-*); *Essavarri* (CSM, 1025), frente a com. *etxe* «casa» (V. ronc. *etse*); *Ibarguren* (CSM, 1025), *Borinivar* (CSM, 1025), frente a S. *ibar* «pradera extensa y llana». Es cierto que también aparece algún caso donde no esperaríamos *h-* y ésta aparece: *Haberasturi* (CSM, 1025), frente a com. *aberats* «rico»; *Hamezaga* (CSM, 1025), frente a com. *ametz* «quejigo». Detrás de *l*: *Elhorriaga* (CSM, 1025), *Elhossu* (CSM, 1025), frente a Leiç. *elborri* «espino», S. *elhórri* «espina»; *Olhabarri* (CSM, 1025), *Olhaerrea* (CSM, 1025), *Harriolha* (CSM, 1025), *Mendiolha* (CSM, 1025), *Olfegi* (mod. *Olhegui*) (Sordes, principios del siglo XI), frente a S. *ólha* «cabaña de pastor». Michelena concluye (SHLV, 207): «En suma, las coincidencias no son despreciables, sobre todo si se toma en cuenta la labilidad de la aspiración en los dialectos vascos modernos y las frecuentes omisiones que se observan en documentos españoles». Estas omisiones pueden ser debidas a que a oídos de hablantes de lenguas románicas la aspiración no sonaba a nada que tuviera relevancia fonológica.

En general, creemos que hay demasiadas concordancias con la aspiración histórica como para concluir que la aspiración en estos documentos es espuria y meramente gráfica. Además, parece significativo que a medida que avanzamos en el

<sup>72</sup> Hurch (1988); también Ladefoged & Maddieson (1996: 66-70) e Igartua (2002: 367-389).

<sup>73</sup> Cf. FHV, pp. 205-207. De aquí sacaremos la mayoría de los ejemplos aducidos. Michelena presenta más ejemplos y también deja algunas entradas que se pueden encontrar en el CSM sin comentar, sencillamente porque sólo aspira a una impresión general. Nosotros añadiremos alguno más en caso de considerarlo significativo. Para quien quiera abundar en ejemplos y posibles correspondencias etimológicas, cf. especialmente TAV, pp. 25-28, y otros documentos comentados por Michelena en las páginas anteriores y posteriores.

<sup>74</sup> Sin embargo, en CSM (1025) también encontramos *Arbelgoihen*, *Arriaga* y *Arzubiaga*.

<sup>75</sup> Sin embargo, en CSM (952) también tenemos *Ulibarrilior*.

tiempo desaparezcan las aspiraciones gráficas. Comparemos las formas en *Heg(u)i-* con *Eguirior(r)* (Navarra, siglos XII-XIII); las formas en *Huri-* con *Vriart* (Castilla, 1229); las formas en *Haiz-* con *Aizpuru* (*Orden S Juan*, Nav., s. XIII), *Ayzburu* (Roncesvalles, 1284), *Ayzlegui* (Roncesvalles, 1284); las formas en *Hariz-* con *Ariztaray* (*Orden S Juan*, Nav., s. XIII), *Ariztelussa* (Roncesvalles, 1284), *Ariz* (Roncesvalles, 1284); y las formas en *Harr(i)-* con *Arlegui* (*Orden S Juan*, s. XIII), *Arburua* (Roncesvalles, 1284), *Arrigoaondo* (Roncesvalles, 1284), *Arbea* (Leire, 1104). Conviene remarcar que, si ordenamos todos estos textos cronológicamente, mientras algunas palabras sin aspiración etimológica aparece siempre sin *h-* (por ejemplo, *artzain* «pastor»: *Arzanhegi* (CSM, 1025) > *Arçaia* (*Orden S Juan*, Nav., s. XIII) > *Arçeyz* (Roncesvalles, 1284)), otras con aspiración etimológica aparecen con *h-* en los documentos meridionales del siglo XI y sin *h-* a partir del siglo XII (por ejemplo, *haitz* «peña»: *Haizpilleta* (CSM, 1025) > *Aizburu* (*Orden S Juan*, Nav., s. VIII) > *Ayzburu* (Roncesvalles, 1284)). De todos modos, hay que puntualizar que el paso del siglo XI al XII en adelante coincide con una mayor profusión de textos navarros, de modo que para explicar la desaparición progresiva de la *h-* quizás sea mejor recurrir al factor geográfico antes que al cronológico. Lo que en todo caso parece claro es que las aspiraciones gráficas de los antiguos textos riojanos no son espurias, o al menos la mayoría de ellas no lo son. Lo lógico, a partir de aquí, es pensar que la aspiración fue un día común a todos los dialectos y se fue progresivamente perdiendo, resistiendo a la desaparición a principios del segundo milenio sólo en dos zonas periféricas: la nororiental y la meridional.<sup>76</sup>

Una vez que hemos determinado que la aspiración tuvo que ser proto-vasca, el resto de la teoría de Michelena no nos costará aceptarla. De hecho, nadie que acepte el carácter arcaico de la aspiración niega su teoría sobre el acento. Ahora bien, tengamos en cuenta que estamos postulando como antecesor común a todos los dialectos un acento intensivo fijo en la segunda sílaba (por la izquierda) de palabras no compuestas, del tipo [ \_ ' - ], basándonos exclusivamente en un fenómeno (el de la aspiración) del que sólo hay constancia histórica en una exigua parte del territorio euskérico. Cabe preguntarse: ¿existe algún otro indicio, común a todos los dialectos e independiente de la aspiración, que hable en favor de este acento intensivo fijo en la segunda sílaba? Pues bien, creemos que sí, aunque para aceptarlo como tal hace falta recurrir a una teoría con un considerable nivel de especulación, y aceptarla al menos como verosímil. Nos estamos refiriendo a la teoría de la com-

<sup>76</sup> Más difícil es calibrar hasta qué punto se mantenía la aspiración, si es que se mantenía, en el oeste. En la donación del monasterio de Varria (San Agustín de Echebarría) (Elorrio, 1053) aparecen algunos nombres propios como *Olhabeçabar*, *Çumelhegi* y *Harhegi*, que serían hoy *Olabezar*, *Zumelhegi* y *Arregui*. Encontramos también *Ahoçtarreç* y *Lobinaç*. Si no hemos considerado arbitrarias las aspiraciones de los documentos riojanos, no habrá motivo para considerar arbitrarias éstas. Los lexemas identificables que llevan aspiración en el documento también lo llevan en los dialectos conservadores en este punto. Ya hemos visto que *ola* «fábrica, lugar de trabajo; cabaña de pastor» y *harri* «piedra» llevan aspiración en todos o algunos de los dialectos nororientales. Lo mismo ocurre con *zabar* «viejo», *aho* «boca» (si es que el primer formante de *Ahoçtarreç* tiene que ver con él) y *lohi* «barro». En cambio, es lo esperable que no la lleven *Ossandoç* (*otso* «lobo»; cf. también aquit. *Oxson*) e *Iuarra* (*ibar* «pradera extensa y llana». Apostillemos que *Olhabeçabar* aparece una vez así, pero otra vez *Olabeçabar*, sin la primera aspiración.

posición de palabras de Joseba Lakarra, llevada a cabo en los últimos años.<sup>77</sup> Por medio de esta teoría, Lakarra considera que una buena parte del léxico vasco, autóctono y antiguo, está formada por raíces bisilábicas descomponibles en dos elementos monosilábicos identificables muchos de ellos de una forma o de otra en otras partes del léxico. Por ejemplo, en *sabel* «estómago» son identificables un elemento *sa-*, quizás con el significado de «parte interior, entraña» y presente en *sakon* «profundo» y *sagu* «ratón», y un elemento *-bel*, aproximadamente «negro», presente en *gibel* «hígado» y *arbel* «pizarra». Lo que nos interesa aquí es que, en una fase de composición nominal tan antigua como aquella en la que se formaron todos estos compuestos bisilábicos, si existiera acento de intensidad fijo en la segunda sílaba lo esperable, o al menos probable, es que éste hubiera dejado algún indicio de reducción en la sílaba pretónica.

En efecto, en una estructura composicional del tipo [ \_ - ' ], que además es tremendamente productiva, no es de extrañar que la segunda sílaba sea pronunciada con total claridad articulatoria, mientras que en la sílaba pretónica, pronunciada con menor fuerza expiratoria, todos los segmentos no sean articulados con plena energía. Parece que si tenemos algún indicio de reducción de consonantes en esa sílaba pretónica. El problema es que para convenir en esto hay que aceptar de antemano una serie de etimologías discutibles, algunas no tanto como otras. Quizás lo más benevolente que los detractores de esta teoría pueden hacer es observarla antes que nada en su generalidad. Analizadas individualmente, casi todas las etimologías son más o menos discutibles, pero la teoría en su conjunto parece sumamente coherente. Lakarra propone por ejemplo que un buen número de palabras vascas antiguas con estructura VdVC, como *adats* «cabellera», *adar* «cuerno, rama», *odol* «sangre» y *eder* «hermoso», pueden proceder de una reduplicación (total o parcial) de la forma monosilábica radical (*\*dats* > *\*dats-dats* / *\*da-dats*, etc.). Las palabras que presuntamente experimentan tales reduplicaciones son candidatas claras a pertenecer al ámbito semántico expresivo, y por tanto nada tendría de sorprendente que experimentaran este proceso morfológico. La pérdida de *\*d-* en el ataque de primera sílaba átona ante otra *d* en el ataque de la segunda sílaba sería un cambio complementario al de *\*d-* > *l-* en sílaba también átona pero en dicción sin *d* subsiguiente (*\*bet-ágin* > *\*detagin* > *letagin* «colmillo»), y al de *\*d-* > *d-* en sílaba tónica (*dá-go* > *dago* «está»). Pues bien, en estos mismos casos, es posible que *d-* se haya caído precisamente por estar en sílaba átona. Hay muchos más casos en los que en la primera sílaba se da alguna posible reducción. En los mismos nombres reduplicados, si la reduplicación no fue parcial desde el principio ha tenido lugar una disimilación por la cual la coda de la primera sílaba ha caído (*\*dol-dol* > *odól* «sangre», *\*goR-goR* > *gogór* «duro», *\*zen-zen* > *zezén* «toro»). La disimilación de codas idénticas quizás se ha dado también en algunos bisílabos en los que los dos elementos monosilábicos son distintos. Lo cierto es que en ningún bisílabo antiguo (o que se pueda reconstruir) aparecen dos codas idénticas. De todas formas, en todos los casos posibles la disimilada es una *r*: *\*or-ker* (?) «pie torcido» > *okér*, *\*bur-ker* «cabeza siniestra (?)» > *mukér*

<sup>77</sup> Puntualicemos que la posible relación que los fenómenos que a continuación vamos a ver pueden guardar con un acento deuterotónico ya ha sido mencionada por Iván Igartua (cf. 2002: 383).

«duro; esquivo», \**lar-kar* (?) «X áspero, bronco» > *lakár*. En unos pocos casos, la coda de la primera sílaba se ha caído sin ser la misma que la de la segunda, por lo que aquí habrá que hablar de simple caída más que de disimilación: \**zan-gur* (?) «guardián agazapado (?)» > *zakúr* «perro», \**zen-kor* (?) «toro sordo (?)» > *zekór* «novillo», \**han-ker* «animal siniestro (?)» > *akér* «macho cabrío», \**hor-so* «perrazo» > *otsó* «lobo». Por otra parte, todas las formas bisilábicas que tienen como primer elemento \**ur-* «agua», \**zur-* «madera» o \**luR-* «tierra», pierden siempre la vibrante, sea cual sea el segundo elemento o la coda de la segunda sílaba: \**ur-bi* «camino del agua (?)» > *ubi* > *ibi* «vado», \**zur-bi* «camino de madera (?)» > *zubi* «puente», \**luR-bizi* > *lubízi* «corrimiento de tierras».

Como podemos ver, todos estos fenómenos de reducción consonántica son esporádicos y de diferente origen, pero siempre ocurren en la primera sílaba, mientras que la segunda mantiene siempre la forma plena. Que esto sea así a consecuencia de la posición acentual es sólo una hipótesis, pero conviene tener en cuenta que conduce a los mismos resultados a los que nos lleva la hipótesis inicial fundada en los fenómenos de la aspiración. De hecho, la disimilación de codas como \**goR-goR* > *gogór* y \**zen-zen* > *zezén*, o incluso la del tipo \**dol-dol* > *odól*, parecen análogas a la disimilación de aspiradas (ley de Grassmann) en casos como \**hil-herri* (*hil* «muerto», *herri* «pueblo, lugar») > *il-héri* «cementerio» y \**han-kher* (\**han* «animal», \**ker* «siniestro») > *akhér* «macho cabrío», donde la primera sílaba (átona) pierde la aspiración y la segunda (tónica) la conserva, en tanto que conserva siempre la forma plena sin sufrir ninguna reducción. La diferencia entre ambas vías de investigación es que una de ellas (la de la aspiración) es una vía muerta en tanto en cuanto no nos puede arrojar luz más allá de donde acaba la frontera de los dialectos con aspiración, mientras que la otra vía (la de las reducciones del tipo \**dol-dol* > *odól* o incluso del tipo \**hor-so* > *otsó*) tiene proyección pan-dialectal en tanto que sus resultados bisilábicos son palabras que aparecen en todos los dialectos.

Se objetará que dos indicios independientes entre sí no aportan necesariamente más probabilidad de verosimilitud que la que pueda aportar cualquiera de los dos por separado. Sucede que además de ser muy fuertes estos indicios, en algún dato encaja uno con el otro como un guante en una mano. Además de la analogía que acabamos de señalar entre la disimilación de codas o de oclusivas dentales del tipo \**d \_ - d \_* > *ø \_ - d \_* con la disimilación de aspiradas, que parecen enmarcarse dentro del mismo proceso de reducción fónica de la sílaba pretónica, encontramos que en ciertas formas verbales finitas como *dakar* «(él, ella) trae» y *dator* «viene» una *d*-inicial no se ha distorsionado como cabría esperar en sílaba inicial, ya fuera por la desaparición o por la conversión en *l*-. Al parecer estas formas, que no son nominales y por tanto no se les puede aplicar el mismo criterio acentual válido para el léxico ortodoxo, tenían un patrón acentual del tipo [ *´ \_* ], inverso al del tipo [ *\_ ´* ] vigente en formas nominales. Así lo sugiere el hecho de que estas formas no muestran aspiración gráfica en los dialectos con aspiración ya desde Leizarraga, donde en cambio encontramos *ekhárri* «traído» y *ethórri* «venido». Esto puede ser el motivo por el cual la *d*-inicial, pronunciada bajo toda la presión articulatoria, no haya sufrido ninguna distorsión.

A diferencia de la sílaba pretónica (y a veces también de la postónica) de nombres compuestos, no hay en la primera sílaba de estructuras del tipo [ *\_ ´* ] rastro de

reducción vocálica, seguramente porque tal reducción habría causado en bisílabos un efecto demasiado traumático en la estructura de la raíz. Lo que quizás sí tenga que ver con la presión acentual es alguno de los fenómenos de armonía vocálica que parecen haber tenido lugar en ciertas raíces bisilábicas, si bien no planteamos esta cuestión como prueba contundente, y ni siquiera como indicio, a favor del acento deuterotónico. El caso más conocido es el del cambio *u-* > *i-* en primera sílaba de bisílabos ante vocal anterior (*e* o *i*), que no carece de excepciones (*FHV*, 75): V. *uger* / com. *igeri* «nadando»; V. *ulle* / com. *ille* «pelo; lana»; V. *ultze* / mer. G. *iltze*, AN. BN. L. ronc. salac. *itze*, S. *itze* «clavo»; V. *urten* / mer. *irten*, G. *erten*, *irten* «salido»; V. *uri* (frecuente en toponimia alavesa y riojana desde el siglo XI) / or. (*h*)*iri* «villa»; V. *uzan* / (*z*)*izain* «sanguijuela» (en otros dialectos); V. *uzen* / com. *izen* «nombre»; mer. *unsaur*, ms. Oñat. *untxaur* / com. *intxaur* «nuez». En principio, nada nos favorecería más que poder presentar este cambio como un proceso en el que la vocal átona se ha asimilado a la tónica (*u-i* > *i-î*). Esto no parecería descabellado en los ejemplos expuestos, en cuyo caso al cambio se le podría dar antigüedad suficiente como para haber afectado a todos los dialectos menos al V. El problema es que los condicionamientos bajo los cuales este cambio u otros similares se cumplen o se dejan de cumplir son intrincadísimos (cf. todo el cap. 3 de la *FHV*). Para empezar, hay algún caso en el que nos encontramos con la situación contraria, siendo el V. el dialecto que ha asimilado y los demás dialectos los que han mantenido la forma aparentemente antigua: V. *gitxi* / com. *gut(x)i* «poco». Por otra parte, el cambio *u-i* > *i-i* aparece también en alguna ocasión sólo en ronc. y S. (ronc. *mítil*, S. *míthil* / com. *mutil* «muchacho») o sólo en ronc. (ronc. *zibi* / com. *zubi* «puente»), donde no se le puede otorgar excesiva antigüedad. Otras veces se da un reparto inusitado entre las formas *i-i* y las formas *u-i*: AN. G. L. *zimitz*, V. *zimintx*, *zimintza* / BN. G. V. *zumitz* «fleje, encella»; BN. L. *ubi*, S. *übi* / BN. *ibi* «vado», G. *ibi* «bajamar». En estos dos últimos casos, las antiguas son claramente las formas *u-i*. También hay casos en los que lo que ha ocurrido en los dialectos periféricos es disimilación (ronc. V. *urrin* / AN. L. salac. V. *urrin* «lejos»). Apostillemos que oc. *uri* «villa» puede no ser lo arcaico, sino una disimilación de cent.-or. *iri*, a tenor de aquit. ib. *ILI*-. Este mismo proceso quizás sea también válido para otros casos, de modo que no es nada claro que el V. sea especialmente conservador.

También se dan casos de armonía vocálica que conciernen a otras vocales, y tampoco de ellos es fácil extraer generalidades. Veamos algunos (*FHV*, 69-71): AN. BN. G. L. *elkar* / V. G. ronc. *alkar*, S. *alkhar* «pronombre recíproco» (según Michelena, siguiendo a Uhlenbeck, < \*(*h*)*ark*-(*h*)*ar*); BN. *bekhan*, S. *békhan* / com. *bak(h)an* «raro, escaso»; V. *gaza* / com. *geza* «soso, insípido» (seguramente el V. ha innovado por asimilación); V. *bekar* / AN. G. *makar* «legaña» (< *bekar* < \**bet*-); ronc. salac. *keben*, aez. *geben*, S. *heben*, mer. V.ant. *eben*, cent. occ. (*h*)*emen* «aquí» (< \**au-en*); com. *bede*- (como en *bederen* «por lo menos» y *bederatzi* «nueve») / *bat* (< \**bade*). Al observar los casos de armonía vocálica, apertura y cierre, labialización y deslabialización, etc..., en su totalidad (*FHV*, 59-85), es difícilísimo sacar conclusiones firmes, ya que toda generalización tiene un nutrido grupo de excepciones, y junto a casos de asimilación existen muchos otros de disimilación. La única ligera impresión que merece la pena reseñar es que en raíces bisilábicas con cambio antiguo, la evolución consiste en una no muy clara mayoría de veces en que la primera



sílaba se asimila o se desasimila de la segunda.<sup>78</sup> Si esto realmente fuera así en los casos más antiguos, quizás podría pensarse en una influencia de la vocal tónica sobre la átona, aunque en la última ronda de formas que hemos presentado no es seguro que todas tuvieran el acento antiguo sobre la segunda sílaba, al no ser algunas de ellas formas nominales.

Lo que sí es claro es que entre las vocales de raíces bisilábicas (y también de raíces más largas) hay con frecuencia fuertes tensiones asimilatorias y disimilatorias. Según Van Coetsem (1996: 116-117), la armonía vocálica es un cambio que, a diferencia de la metatonía o «umlaut» (en la que una vocal toma por asimilación un rasgo distintivo de otra vocal adyacente), es independiente de la prominencia acentual. Mientras que la metatonía suele ser un proceso asimilatorio que afecta a una sola sílaba, normalmente acentuada con gran intensidad, para hacer que la pérdida de las vocales átonas que el acento de intensidad pueda provocar no produzca un efecto funcionalmente traumático,<sup>79</sup> la armonía vocálica es un proceso asimilatorio que tiene por lo general una función demarcativa y que concierne a la totalidad de las sílabas. Por ello, la metatonía tiende a darse en lenguas de acento intensivo (como las germánicas), mientras que la armonía vocálica tiende a darse en lenguas de acento melódico (como el finés). Pero esto es sólo una tendencia, y además existen diferentes grados en la naturaleza del acento. Para que se produzca metatonía es necesario que se dé un fuerte acento intensivo, mientras que las condiciones para que aparezcan casos de armonía vocálica son menos restrictivas. De hecho, incluso en las lenguas germánicas se dan ocasionalmente (ant.alt.al. *fragētun* «preguntaron» < *fragētun*). Lo más lógico en cuanto a nuestro caso es pensar que el acento vasco antiguo era de intensidad, pero moderada, pues no debilita las vocales átonas hasta el borde de la desaparición (salvo en compuestos) ni produce efectos de metatonía.

Hasta aquí, hemos querido demostrar que las dos reglas del acento proto-vasco de Michelena, acento deuterotónico en formas nominales no compuestas, [ \_ ' - ], y acento en la primera sílaba del segundo miembro en compuestos, [ \_ ( \_ ) - ' ( \_ ) ], tienen cierto sustento razonable en todos los dialectos. ¿Se puede decir lo mismo de la teoría de Hualde? Dado que él propone una teoría sin acento contrastivo e inoperante a nivel de palabra, de alguna forma su teoría es por así decirlo menos marcada, de manera que más que aportar pruebas él mismo deberá invalidar las de aquéllos que presentan otras hipótesis. En el caso concreto que nos atañe, deberá demostrar la invalidez de: 1) la aspiración como prueba de que el acento en formas nominales no composicionales era [ \_ ' - ]; 2) las apóopes en última sílaba de primer y segundo miembro de compuesto como prueba de que el acento en compuestos era [ \_ ( \_ ) - ' ( \_ ) ]; y 3) las reducciones de consonantes del tipo  $*dV(C)-dV(C) > V-dV(C)$ ,  $*(C)Vn-(C)Vn > (C)V-(C)Vn$ , etc., como prueba (o indicio) de que al formarse las

<sup>78</sup> Una excepción importante a esta generalidad parece ser AN. BN. G. L. Oih. (*h*)*azkar* «vigoroso, rápido» (< (*h*)*az-kor*), pero *azkor* «propenso a crecer, brioso» también está ampliamente difundido (BN. L. ronc. V.). Un caso más claro sería com. *zabar* «viejo» si, como sugiere Lakarra por analogía con la evolución anterior (cf. 2002: 436), < *\*zan-(k)or*.

<sup>79</sup> Por ejemplo, proto-germ.  $*[fo:t]$  «pie» /  $*[fō:tiz]$  «pies» > germ.occ.  $*[fo:t]$  «pie» /  $*[fō:tiz]$  «pies», y así la hipotética pérdida de la última sílaba por la presión intensiva de la primera no hará desaparecer la oposición sg. / pl., pues ésta quedará reflejada en el vocalismo.

numerosas raíces bisilábicas antiguas se aplicó el patrón acentual [ \_ \_ ].<sup>80</sup> Bajo nuestro punto de vista, a medida que retrocedemos en el tiempo, el potencial analítico de los razonamientos de Hualde es muy fuerte hasta que llegamos al origen de la acentuación occidental (tipo I), pero deja de serlo a partir de ahí. Con todo, que en el origen del tipo I pudo existir una acentuación no contrastiva y de frase, tras la cual se desarrollaron las consabidas reglas de acento léxico en compuestos, sufijos y préstamos, también nos parece discutible, como veremos a continuación. Pero que esa situación pueda extenderse a toda el área vascofona y erigirse en proto-vasca nos parece aún mucho más discutible. Que las zonas de los dialectos L. y BN. sin un acento claro representen esa situación arcaica sin acento contrastivo es menos evidente a medida que retrocedemos en el rastreo histórico de los documentos. Como ya hemos visto y Hualde mismo reconoce (1997: 108), hay evidencias de que a principios del siglo XVIII en la costa labortana se hablaba un euskera con una acentuación del tipo IV, y por el este de la Baja Navarra el mismo Leizarraga es un testimonio de que el tipo II extendía sus dominios más al oeste de Zuberoa.

Hay que indicar, de todos modos, que Hualde (1993b: 1797-80) sugiere un modo óptimo de dar una datación bastante precisa al origen de esta acentuación occidental, si bien él lo utiliza para sostener conclusiones a nuestro juicio erróneas. Consideremos las tres siguientes palabras recogidas en Guecho, las tres préstamos de acentuación marcada: *géla* (< lat. *cella*), *ki(n)púla* (< lat. *caepúlla*) y *makilla* (< lat. *baccílla*). Si no hay ningún elemento condicionante que no alcanzamos a percibir, podemos concluir que, en la época en la que se produjo el ingreso de estos préstamos al euskera del tipo I, tanto un acento demarcativo paroxítono (*célla*, *caepúlla*, *baccílla*) como otro deuterotónico (*caepúlla*, *baccílla*) o prototónico (*célla*) eran aberrantes a oídos de sus receptores. Si no lo fueran y la pérdida de la demarcatividad acentual que encontramos en época histórica se hubiera producido después, entonces algunas de estas palabras (las correspondientes en cada caso) se habrían interpretado como no marcadas y hoy no tendrían acento léxico. En cuanto a la época de la que estamos hablando, tengamos en cuenta que en ella todavía no se había producido en románico ni la palatalización de /k/ ante vocal anterior (*célla*, *caepúlla*), ni la sonorización intervocálica de oclusivas sordas simples (*caepúlla*), ni la apertura de las vocales latinas /ú/ e /í/ (*caepúlla*, *baccílla*), ni, por supuesto, el cambio \*-L- > -l- dentro del euskera mismo (*célla*, *baccílla*). De todos estos cambios, el más antiguo es la apertura de las vocales cerradas breves latinas, posiblemente verificado ya en el siglo III d. C. (cf. Grandgent 1991: 136) De cualquier modo estamos hablando de una época antiquísima en la que, como queda planteado, la única posibilidad es que en el tipo I no existiera prominencia a nivel de palabra.<sup>81</sup>

<sup>80</sup> En cuanto a los fenómenos de armonía vocálica, no creemos que constituyan un indicio ni en contra ni a favor de la teoría de Michelena (acento intensivo demarcativo) ni de la de Hualde (acento melódico de frase).

<sup>81</sup> O bien que existiera prominencia oxítona, pero no vemos ninguna razón para suponer que la situación tuviera que ser distinta a la que, con los cambios aducidos, se constata históricamente (prominencia de grupo prosódico, no de palabra). Además, en gran parte de las lenguas con acento fijo en la última sílaba éste sólo se constata en la palabra subyacentemente. A nivel superficial, sólo el grupo prosódico es prominente.

Ahora bien, ¿qué demuestra este razonamiento? A nuestro juicio, demuestra que en la zona occidental existía ya desde una época muy temprana una acentuación sin prominencia de palabra. Pero, por muy antigua que sea esta época, mientras no encontremos vestigios semejantes en los demás dialectos (o al menos en la mayor parte) nada nos da derecho a postular que esa situación es antigua. La reconstrucción ha de basarse en hechos no diacrónicos sino diatópicos, de tal manera que un cambio de una lengua concreta para ser considerado antiguo deberá, no ser datado en un siglo determinado, sino ser localizado dentro de una cronología relativa, de tal manera que afecte a la totalidad de los dialectos de esa lengua.

Antes de sintetizar nuestra cronología de los hechos, es menester hacer un par de aclaraciones sobre el acento deuterotónico, propuesto por Michelena y aceptado por nosotros. El acento demarcativo en la segunda sílaba por la izquierda, [ \_ ' - ], es poco frecuente entre las lenguas del mundo. En un estudio realizado por Larry Hyman en el que se analizan el acento de 444 lenguas (1997: 37-82), 306 (aproximadamente el 68%) de éstas tienen un acento léxico predominantemente fijo en una sílaba concreta. Dentro de este conjunto de 306 lenguas, sólo 12 lenguas (el 3.9%) tienen acento predominantemente fijo en la segunda sílaba. Veamos los datos de otras posiciones: 1) acento predominantemente fijo en la primera sílaba: 114 lenguas (37.3%); 2) acento predominantemente fijo en la antepenúltima sílaba: 6 lenguas (2.0%); 3) acento predominantemente fijo en la penúltima sílaba: 77 lenguas (25.2%); y 4) acento predominantemente fijo en la última sílaba: 97 lenguas (31.7%). Llama la atención el alto porcentaje de lenguas que tienen el acento en la primera sílaba o en la última. La razón es la siguiente. El acento fijo tiene una función demarcativa, es decir, sirve para indicarle al oyente cuáles son los límites de la palabra y ahorrarle así el esfuerzo cognitivo que tenga que emplear para localizarlos. Pero esta función se desempeñará mejor si el acento indica el inicio absoluto o el final absoluto de la palabra, pues de lo contrario el oyente tendrá que hacer algún tipo de cuenta mental para deducir esos límites.

Tras esto, lo siguiente que llama la atención es la diferencia tan sustancial que existe entre el número de lenguas con acento en la penúltima sílaba (77) y el número de lenguas con acento en la segunda (12), cuando en realidad ambas distan lo mismo de alguno de los extremos de la palabra. Para explicar la escasez de lenguas con acento deuterotónico, Hyman (1997: 42-43) formula la siguiente conjetura:

The tendency to avoid second-syllable stress, as well as the somewhat lesser tendency to remove stress from final position, cannot be explained exclusively in terms of the underlying function of stress, but rather in terms of its phonetic realization. The purpose of stress is to highlight a given syllable in a word or other grammatical unit. And since pitch-change is the most effective cue of stress-prominence, languages will tend to assign stress to those positions where a pitch-change will be most perceptible. At this point I would like to suggest that a pitch fall is more basic as a strategy in the realization of stress than is a pitch rise.

Hay que aclarar que Hyman (1977: 42-46) parte de la base de que en las lenguas con acento intensivo, éste y el contorno entonacional van de la mano, no se pueden separar en el análisis lingüístico. Para Hyman, el acento intensivo (cuando existe) procede de la entonación, en el sentido sincrónico de que las lenguas que lo tienen lo adquieren en función de sus características entonacionales. Por otra parte, algunos

trabajos experimentales han mostrado que la caída melódica (la secuencia tonal HL «high-low») es articulatoriamente menos compleja que la elevación melódica (LH). El patrón HL es mucho menos marcado que el patrón LH. Esto es patente en el hecho de que en casi todas las lenguas la entonación en frases enunciativas acaba en HL. Asimismo, si comparamos las palabras inglesas *perfect* «perfeccionar», *perfect* «perfecto» y *perfection* «perfección», vemos que las dos últimas tienen los patrones [ ' \_ \_ ] y [ \_ ' \_ \_ ] respectivamente. Como el acento intensivo es inseparable de la línea melódica, en ambos las dos últimas sílabas trazan un contorno entonacional HL. En cambio en *perfect*, con un patrón acentual [ \_ ' \_ ], la última sílaba experimenta una caída tonal (HL), sencillamente para evitar el complejo contorno LH que es inherente al patrón acentual [ - ' \_ \_ ]. Lo mismo ocurre con monosílabos como *bóy* «chico» o *gírl* «chica», y fenómenos similares se pueden encontrar en casi todas las lenguas.<sup>82</sup> Pues bien, según él: «The reason why stress is not frequently found on the second syllable of a word (or other grammatical unit) is that this would mean the assignment of a rising intonational contour, which, being articulatorily complex, is a rare phenomenon in itself».

No obstante, creemos que también puede existir un factor morfológico para explicar la escasez de lenguas con acento predominantemente fijo en la segunda sílaba. En lenguas prefijantes, un acento intensivo fijo contado desde la izquierda puede desfigurar la estructura del lexema radical, y lo puede hacer en una medida mucho mayor que un acento intensivo fijo contado desde la derecha, ya que el comienzo de la palabra es el lugar de máxima diferenciación dentro de la dicción. Si una raíz sin prefijo es acentuada en su segunda sílaba, con un prefijo monosilábico lo será en la primera, y con un prefijo bisilábico la raíz será postónica. La irregularidad intra-paradigmática de sus formas derivativas y declinativas será mucho mayor que lo que pueda serlo la del latín, lengua que posee un acento predecible (en la penúltima o en la antepenúltima) contado por la derecha. Fijémonos en que las lenguas germánicas antiguas tienen acento intensivo fijo en la primera sílaba, pero dejan los prefijos fuera del marco acentual. Es decir, que lo llevan en la primera sílaba de la raíz, y evitan así la desfiguración a la que hemos aludido. De las 12 lenguas con acento deuterotónico que nos aportan los datos de Hyman, algunas de ellas, si se analizan diacrónicamente, se ve que han tenido un prefijo monosilábico hasta hace poco, y finalmente este prefijo se ha lexicalizado con la raíz (1977: 72). Por tanto, en una época algo anterior estas lenguas también podían analizarse como lenguas con acento en la primera sílaba de la raíz.

Lo esperable, según lo dicho, es que las lenguas deuterotónicas sean no prefijantes,<sup>83</sup> y esto es seguramente lo que ocurre con el euskera (al menos en la franja his-

<sup>82</sup> Hyman viene a decir que, además de estar condicionada por factores fisiológicos, el contorno HL es un recurso adicional para delimitar la palabra, como también lo es, por ejemplo, el ensordecimiento final de obstruyentes en bastantes lenguas.

<sup>83</sup> Una especie de excepción, y decimos especie porque sólo afecta a una reducida porción de la morfología, no a la lengua entera, es lo que sucede en las formas verbales compuestas del irlandés antiguo: todas ellas son deuterotónicas y llevan el acento en la segunda sílaba de toda la construcción. Esto hace que el lexema verbal adquiera dos manifestaciones distintas, una para las formas simples y compuestas sin partícula conjunta (llamadas «deuterotónicas»), y otras para las compuestas con partí-

tórica que nos interesa). Aunque el acento fijo en la segunda sílaba por la izquierda no deja de ser un rasgo tipológicamente marcado, no nos parece rémora para descharlo, sobre todo cuando para su defensa se han expuesto razones comparativas tan fuertes. La tipología nos dice que sistemas tipológicamente marcados han existido y existen, si bien no suelen ser tan estables como los menos marcados. Esto quiere decir que tienen más posibilidades de ser sustituidos por otros sistemas más estables. Lo esperable de un sistema acentual intensivo fijo en la segunda sílaba es que sea sustituido por otro más estable mediante alguna estrategia. Pues bien, en nuestro caso, eso es precisamente lo que parece que observamos. El tipo IV ha conservado una acentuación más o menos deuterotónica, pero sólo ha sobrevivido en una franja geográfica muy reducida. Es posible que su extensión fuera mucho mayor en tiempos pretéritos, y que su acentuación deuterotónica, marcada, haya sido reemplazada por otras por medio de dos estrategias distintas: por el oeste, por la supresión de la demarcatividad acentual (acentuación antecesora del tipo I), y por el este, por una acentuación paroxítona (antecesora del tipo II).

Por suerte, tenemos un excelente paralelo tipológico de una familia de lenguas para cuya proto-lengua se ha reconstruido un acento, no en la segunda sílaba, pero sí en la segunda mora: la familia uto-azteca (cf. Munro 1977: 303-326). Munro, que investiga el acento en estas lenguas y esboza una reconstrucción, incide en que, a pesar de que según la muestra de Hyman sólo un 3% de las lenguas del mundo tienen acento fijo en la segunda sílaba, el hecho de encontrar un acento de este tipo en *paíute del norte*, *paíute del sur*, *chemehuevi*, *hopi* y *yaqui*, no debe ser casual: «In fact, the probability of finding five or more languages with second-syllable stress by chance in a sample of twenty-five languages can be calculated as just eight chances in 10,000 (.0008). It seems likely, then, that the incidence of second-syllable stress in Uto-Aztecan is not just a random occurrence, but due to some historical factor» (Munro 1977: 309).

Existen ocho sub-familias dentro del grupo uto-azteca, alguna con dos o tres sub-grupos, todas con varias lenguas (Munro 1977: 308). En todas ellas, según Munro, hay o bien algún resto directo de un acento en segunda mora o bien una situación compatible con un acento deuterotónico, en unos casos con mayor claridad que en otros. Es importante tener en cuenta que la cantidad vocálica interviene como factor esencial en algunos de los procesos observables. En algunos casos, el acento cae en la segunda mora de la palabra, de manera que si la palabra empieza

---

cula conjunta (llamadas «proterotónicas»). La unidad «lexema verbal + desinencia» llega incluso a tener tres manifestaciones distintas (las ejemplificamos con el verbo simple *beirid* «llevar» y el compuesto *do-beir* «dar, traer»): una para las formas simples absolutas (*beirid* «llevar»), otra para las formas simples con partícula conjunta (*in-beir* «¿llevar?») y para las formas compuestas sin partícula conjunta (*do-béir* «da, trae»), y una tercera para las formas compuestas con partícula conjunta (*in-tábair* «¿da, trae?»). Hay que subrayar que la acentuación permanece deuterotónica en todas las formas compuestas, sin importar el número de preposiciones prefijadas, de tal manera que si se añaden más de una, el acento caerá siempre en la segunda preposición empezando a contar desde la izquierda. Con dos preposiciones: *do-fór-magar* «es incrementado». Con tres: *con-tó-chm-airt* «has destrozado». Ahora bien, lo difícil que es aprender todas las formas de todos los verbos deuterotónicos del irlandés antiguo es una clara muestra de que el acento intensivo fijo contado desde la izquierda puede distorsionar la economía de una lengua.

por #CṼ- en sílaba abierta, el acento irá en la segunda sílaba, pero si empieza por #CṼ- o #CṼ- en sílaba cerrada, el acento irá en la primera sílaba. Es éste un acento predecible que en cierta medida recuerda al del latín, pero por el extremo opuesto de la palabra. Este patrón, que Munro llama «acento dominante en la segunda sílaba», ocurre por ejemplo, dentro de la sub-familia numic en las sub-sub-familias numic occidental y meridional, y en toda la sub-familia hopi. En esta última consecuentemente con lo dicho hay tres tipos de raíz: #CWVCV-, #CVCṼ- y #CṼCCV-. Para el último tipo, Munro propone la siguiente reconstrucción: < \*#CṼCCV- < \*#CṼCVCṼ-. La penúltima V de la fase más antigua se ha sincopado y el quedarse en sílaba cerrada ha posibilitado que la secuencia -VṼ- se haya contraído sin necesidad de cambiar el acento de sílaba. En ute (lengua de la sub-sub-familia meridional de la sub-familia numic), encontramos un acento léxico, contrastivo, pero restringido a la ventana [ \_ \_ -. Según Munro,<sup>84</sup> partiendo de un acento en la segunda mora y teniendo en cuenta que en ute se pierde la cantidad vocálica como rasgo fonológico, es posible explicar fácilmente el hecho de que el acento pasara a ser contrastivo. Consideremos el siguiente ejemplo. La palabra uto-azteca común para «agua» es (*pa-*), que en paiute meridional (también de la sub-sub-familia numic meridional) tiene dos variantes: *pa-* y *pa:-*. En paiute meridional (adyacente al ute) encontramos la palabra *pa-giu* «pez», claramente compuesta. En ute, en cambio, encontramos el par mínimo *pa-kiʔi* «pez» / *pá-kiʔi* «trucha». Munro asume que en pre-ute existía *pa-kiʔi* junto a *pa:-kiʔi*, ambas con el significado «pez», como variantes libres. Aparentemente, serían *pa-kiʔi* frente a *pá:-kiʔi*, oposición sumamente arcaica según la mencionada reconstrucción. Posteriormente la segunda se especializaría en el significado «trucha».

Otros casos de acento léxico restringido a las sílabas de la izquierda de la palabra serían el proto-takic (el takic es otra sub-familia) tal y como lo reconstruye Munro, y la lengua tarahumara, dentro de la sub-familia taracahitic, cada uno con sus correspondientes peculiaridades (1977: 314-315). También tienen varias lenguas acento inicial, que Munro cree poder reconstruir como acentuadas en la segunda mora o que al menos no es impensable conciliarlas con el acento propuesto. Otras han desarrollado tonos y algunas como el carachol son poco claras en cuanto al acento. También las hay que cuentan el acento por la derecha, como las lenguas de la sub-familia aztec (Munro 1977: 316-317). Para éstas, ya Sapir postuló un proto-acento primario en la sílaba inicial y secundario en las sílabas pares a partir de aquélla. Posteriormente, el acento secundario más cercano al extremo derecho de la palabra fue interpretado como primario y así surgió la situación actual. Otro caso así es el de las lenguas de la sub-familia tübatulabal (Munro 1977: 311), que cuentan el acento por la derecha. Munro propone en este caso que el acento por la derecha ha sido prestado de las lenguas vecinas de los yokuts, todas con acento fijo paroxítono, lo cual recuerda bastante a lo que ha ocurrido en el tipo II euskérico con respecto al gascón y aragonés. De hecho, teniendo en cuenta que tanto en proto-uto-azteca

<sup>84</sup> Cf. *ibidem*, p. 311. Para ganar en brevedad y claridad expositiva, presentamos los hechos de una forma deductiva (partiendo de la conclusión), no inductiva, como deben en realidad plantearse las argumentaciones.

como en las lenguas derivadas de ésta existen secuencias del tipo CVCVCV, lo lógico sería que a partir de esta secuencia, que puede ser interpretada tanto deuterotónica como paroxítonamente, el acento pasara de contarse por la izquierda a contarse por la derecha muy a menudo, como ha ocurrido en S. dentro de los dialectos euskéricos. Para Munro (1977: 324): «What is surprising, in fact, is that so natural a development seems not to have happened more often».

En resumen, un tipo acentualmente muy marcado ha dado lugar a una variedad inagotable de resultados, como era de esperar. Esta generalidad es quizás lo que más tiene en común con la situación que es objeto de nuestra investigación. Por lo demás, la falta de cantidad vocálica en los dialectos vascos hace que los paralelismos en un caso y en otro no vayan mucho más allá.

Por último, merece la pena comentar cómo cree Munro (1977: 318-321) que el proto-uto-azteca pudo adquirir un sistema acentual tan inusitado. En el grupo lingüístico siouan, distinto a la familia uto-azteca, también existe acento en segunda sílaba. Pero, al parecer, en pre-proto-siouan el acento iba por lo general en la primera sílaba de la raíz. Pero, como muchas de estas raíces iban precedidas por prefijos monosilábicos, al lexicalizarse las secuencias «prefijo + raíz» se fue extendiendo el acento deuterotónico. Munro sugiere que esto mismo es lo que sucedió en pre-proto-uto-azteca. En un principio el acento estaba en la primera sílaba de la raíz. Así, existían secuencias del tipo CVCV («raíz») pero también del tipo CV-CV («prefijo-raíz»). Después, el acento de éstas se generalizó a aquéllas: CVCV > CVCV. Dado que en los dos casos conocidos de grupos de lenguas con acento antiguo deuterotónico éste se ha extendido, según los estudiosos de cada caso, a partir de estructuras «prefijo-raíz», es conjeturable que en proto-vasco sucediera lo mismo, pero este tema desborda nuestro propósito aquí, donde nos estamos refiriendo al proto-vasco, y no a un hipotético pre-proto-vasco.<sup>85</sup>

Volvamos al euskera para esbozar ahora cómo han podido suceder las cosas bajo nuestro punto de vista. Insistimos en que nada de lo que hemos dicho es novedoso, si bien no parece que en ningún lugar se haya defendido la hipótesis acentual de Michelena a la luz de los últimos avances en la vascolología formulando a su vez una recopilación global de la evolución del acento según los criterios en que se basa esta

<sup>85</sup> Otra lengua, también amerindia pero más meridional, con un acento interesante desde nuestra perspectiva es el araucano, hablado en Chile y Argentina; cf. Echeverría & Contreras (1965: 134). En esta lengua (cuyas palabras pueden tener de una a seis sílabas) existe una regla general y cuatro reglas especiales. La regla general es: una palabra fonológica tiene el acento principal en la segunda sílaba (por la izquierda), y, si la palabra es suficientemente larga, acentos secundarios en la cuarta y en la sexta: /wulé/ «mañana», /tipánto/ «año», /elúmuyù/ «danos», /kimúfalúwuláy/ «él fingía no saber». Las cuatro reglas especiales son: 1) las palabras de tres sílabas terminadas en consonante tienen acento secundario en la última sílaba (/θuŋúlàn/ «no hablo»); 2) las palabras de dos sílabas que terminan en vocal pueden acentuarse en cualquiera de las dos sílabas, excepto las partículas (adverbios, pronombres y preposiciones), que son siempre oxítonas (/pu rúka/ ~ /pú ruká/ «en la casa»; pero /wuyá/ «ayer», /inčé/ «yo», /eymí/ «tú»); 3) las palabras de una sílaba se acentúan si van seguidas de una sílaba no acentuada, y viceversa (/pu rúka/ «en la casa», /pú metáwe/ «en el jarro»); y 4) si el sufijo de negación /-la/ ocupa la quinta sílaba, el acento secundario pasa de la cuarta a la quinta sílaba, y la sexta (si es que la hay) pierde su acento secundario (/ʃanjímiwulà/ «él no se suicidó»). En la regla especial 3, se observa claramente que lo que ocurre es que hay dubitación sobre si se debe integrar o no a la preposición /pu/ en el marco acentual.

hipótesis. Basémonos para este esbozo en la reconstrucción hipotética del paradigma de *gizon* «hombre».

En una época muy antigua, a grandes rasgos antecesora de todos los dialectos actuales, las formas nominales euskéricas eran mayoritariamente bisilábicas y llevaban un acento intensivo fijo en la segunda sílaba. Así, \*[gi-zón].<sup>86</sup> Esta forma nominal podía ir seguida de un determinante déictico enclítico, \**har* «aquel(la)», que en un principio no entraría dentro del marco acentual: \*[gi-zón] *har*. A este \**har* (o bien, al tema nudo, en cuyo caso obtenemos las formas indefinidas) se podían añadir ciertas marcas de caso, que gobernaban todo el sintagma \*[gi-zón] *har*: \**-k* «erg.», \**-e(n)* «gt.», \**-i* «dat.». Tendríamos así: \*[gi-zón] *har* «aquel hombre (abs.)», \*[gi-zón] *har-k* «aquel hombre (erg.)», \*[gi-zón] *har-e(n)* «de aquel hombre», \*[gi-zón] *har-i* «a aquel hombre». A partir de aquí, este determinante enclítico fue gramaticalizándose como artículo y pasando a formar parte de la unidad acentual: \*[gi-zón-(h)a(r)] «el hombre (abs.)», etc... Esto ocurre en todos los dialectos pero, a tenor del hecho de que muy posiblemente la conversión del determinante en artículo se ha producido bajo el influjo románico, no es aconsejable atribuir a este cambio una antigüedad extrema y pan-dialectal, sino que es más prudente sugerir que la evolución se ha llevado a cabo de forma independiente (aunque quizás paralela bajo algún tipo de presión unificadora) en los diferentes dialectos.

En el área occidental, puede que la demarcatividad acentual de estas formas singulares ya se hubiera perdido en una época muy antigua, si es que por ejemplo el hecho de que en las postrimerías del oeste se conserven ítemes acentualmente marcados como *makila* «palo» demuestra que para la época de ingreso de esta palabra latina en el léxico vasco (anterior al cambio lat.cl. *ĩ* > lat.vulg. *e*) la demarcatividad acentual ya se había desmoronado en esta zona. Si esto ocurrió realmente así en época tan reciente como la apuntada, o incluso si ocurrió en fecha posterior, pudo ser una estrategia de librarse del marcado sistema de acento intensivo del tipo [ \_ ' - ]. Tengamos en cuenta que a medida que algunos sufijos se iban incorporando a la unidad acentual, lo que el acento deuterotónico tiene de tipológicamente marcado se hacía más patente. De esta forma, quizás se pasó de un acento intensivo a otro melódico, si bien un tránsito del tipo \*[gi-zón-*ar-e(n)*] «del hombre» a otro del tipo \**gi*[zo-na-re(n)] no es fácilmente explicable sin una buena dosis de arbitrariedad. En el fondo, todo radica en convenir o no en que la primera es la forma «proto-vasca» y la segunda la forma «proto-occidental», y que por tanto ésta es un derivación de aquélla. Si esto es así, es obvio que el tránsito se ha tenido que producir de una manera o de otra. Si no se está de acuerdo con esto, se tendrán que aducir argumentos para rebatir estos dos presupuestos. Hualde cree que \**gi*[zo-na-re(n)] es tanto la forma «proto-occidental» como la «proto-vasca», mientras que Álvarez cree justo lo contrario, es decir, que \*[gi-zón-*ar-e(n)*] es la forma antigua tanto para todo el ámbito proto-vasco como para todo el ámbito proto-occidental.<sup>87</sup>

<sup>86</sup> Quede claro que, en el razonamiento que sigue, los corchetes significan demarcatividad acentual, no representación fonética.

<sup>87</sup> Para ello, como hemos visto, niega la validez del testimonio de Larramendi. Para defender la antigüedad del acento deuterotónico, Álvarez aduce topónimos con síncope de vocal postónica tras acento en segunda sílaba registrados según él en todas las zonas vascófonas (cf. 1984: 270-272). Por



En rigor, no tenemos gran cosa para tener cierta seguridad acerca de la acentuación occidental: tan sólo el hecho de que la descripción de Larramendi (y quizás también la de Zaldibia) coincide con las acentuaciones que según el análisis estructural parecen más arcaicas de toda la zona que comprende el tipo I (las de Arrazua y Guecho, por ejemplo). Algo más tenemos, bajo nuestro punto de vista, para sustentar la hipótesis que hemos defendido en cuanto al proto-vasco: la aspiración, las apócope en compuestos, y las reducciones del tipo *odol* < \**dol-dól*, *otso* < \**hor-só*, etc... Pero, a pesar de que los avances en el esclarecimiento a nivel sincrónico de la acentuación occidental han sido monumentales en los últimos años, a nivel diacrónico el tipo I sigue siendo un misterio. Prescindiremos de esbozar alguna solución estructurada sobre cómo se pudo producir una hipotética evolución \*[gi-zón-ar-e(n)] > \**gizóna-re(n)*, si es que éste es realmente el resultado final. De todas formas, aparte del hecho de que en las variedades del tipo I también están presentes las palabras que muestran apócope de compuestos (*bas-erri* «caserío» < \**baso-hérrri*) o reducción consonántica en primera sílaba (*odol* «sangre» < \**dol-dól*), que son dos de los argumentos aducidos a favor de la antigüedad de la teoría acentual de Michelena, ¿existe algún otro indicio que indique un nexo entre esa acentuación proto-vasca y los hechos descritos para el área occidental? Creemos que sí, pero hablaremos de este indicio al tratar las formas plurales.

No quisiéramos acabar el tratamiento del singular en la zona occidental sin tratar de dar una solución plausible a un problema que vimos cuando se analizaron diversas acentuaciones del tipo I. En diversos focos separados entre sí de este área se da la extra-metricalidad de la última sílaba de grupo prosódico (Azcoitia-Azpeitia, valle de Arratia) o bien acentuación paroxítona en algunos casos del singular (Ondárroa-Marquina) o en todos (Anzuola-Vergara). La razón de todos estos fenómenos puede tener que ver con lo dicho anteriormente acerca de la complejidad articulatoria que supone la elevación melódica que, dada la relación congénita entre acento intensivo y entonación, a menudo va asociada al acento final. Fijémonos en lo que ocurre en unas cuantas lenguas (cf. Hyman 1977: 41-42). En araucano, el acento se asigna a la segunda sílaba por la izquierda, pero en bisílabos, donde esto produciría acento final, el acento puede correrse opcionalmente a la penúltima sílaba. En checo, la primera sílaba lleva acento primario, y, contando a partir de ella, todas las sílabas pares (dentro de la palabra, la tercera, la quinta...) llevan acento se-

---

ejemplo, en Vizcaya tenemos *Gallarta* < *Gallárreta*, *Soloarta* < *Solóarrieta*, *Achuti* < *Achútegui*; en Guipúzcoa, *Elorla* < *Elórrola*, *Pastorla* < *Pastórrrola*; en Navarra encontramos *Ibarla* < *Ibárrola*, *Arga* < *Lahárraga* (?); en la Baja Navarra tenemos otro *Ibarla* < *Ibárrola*; en el valle de Salazar *Oronz* < *Órónoz*; e incluso en Zuberoa hay un *Oyhercq* < *Oihéregui*. Ésta es sólo una selección de los que Álvarez aduce, pero, aun así, ¿son estas argumentaciones dignas de ser tenidas en cuenta? Creemos que no. Postular leyes fonéticas (o defender otras ya existentes) basándose en la toponimia es a todas luces impropio, puesto que en los topónimos no hay regularidad fonética (por tener cada uno su origen y su avatar histórico), y sin regularidad no hay diacronía posible. Si acaso, la toponimia puede contener a veces rasgos arcaicos por su resistencia en circunstancias especiales a experimentar las leyes fonéticas que ocurren en el léxico, pero nunca podrá competir con éste como testimonio principal de la evolución histórica. Álvarez nos dice (cf. 1984: 272) que según el testimonio de los topónimos hasta hace poco ha existido en el este un acento contado por la izquierda, pero el estudio morfológico del léxico nos asegura que eso no es así (S. *gizunék* «los hombres (erg.)» < \**gizon-ág-ek*).

cundario. Ahora bien, en palabras de cinco sílabas, en lenguaje coloquial se tiende a evitar la acentuación resultante de esta regla (acento primario en la primera y secundarios en la tercera y la quinta, llevando así acento la última sílaba) y optar por otra consistente en acento primario en la primera y secundario en la cuarta. Algo prácticamente idéntico sucede también en dyirbal. En tagalog, existen verbos paroxítonos y verbos oxítonos, pero estos últimos corren su acento a la penúltima sílaba en reduplicaciones y otras derivaciones que implican prefijación. Ya vimos como en inglés *perfect* experimenta una caída melódica en la última sílaba, lo cual parece otra fórmula de esquivar la entonación poco natural que puede provocar un acento final. En muchas lenguas tonales de África,<sup>88</sup> un tono H (alto) también experimenta caída tonal en posición final ante pausa. Hyman concluye: «We see from the above facts that languages often have mechanisms whose function is to remove stress from final position (often putting it in penultimate position)».

Pero desde nuestra perspectiva, el ejemplo más significativo expuesto por Hyman es el de la lengua shiriana. En esta lengua, las unidades se dividen en pies y grupos acentuales. En cada pie el acento cae en la última sílaba, pero si ese pie es el último del grupo acentual, el acento se corre a la penúltima sílaba del pie. Esto es, más o menos exactamente, lo que sucede en el valle de Arratia, y en menor medida recuerda también a lo que ocurre en la zona del Urola (Azcoitia-Azpeitia). Pero es que, si convenimos en que se ha podido dar un proceso así en diferentes lugares de manera independiente, es decir, si admitimos que por causas puramente fisiológicas se ha dado lo que podríamos llamar una «retracción anti-oxítona» en diferentes focos de la zona correspondiente al tipo I, entonces quizás muchas de esas variedades se puedan retrotraer al acento «proto-occidental» de Larramendi. Para la acentuación del valle de Arratia, bastaría con asumir la extra-metricalidad de la última sílaba de grupo prosódico. Otras diferencias serían secundarias. Lo que está claro es que asumiendo esto nos acercáramos mucho. En Anzuola-Vergara, deberíamos asumir que la retracción anti-oxítona a nivel de grupo prosódico se ha generalizado a nivel de palabra,<sup>89</sup> y así tendríamos que *\*mutillá* > *mutilla* «el muchacho (abs.)», cambio que, para que el acento siga teniendo una función morfológica, fuerza a su vez el de *\*mutillak* > *mútilak* «los muchachos (abs.)». Esta explicación vale también para la acentuación paradigmática de Azcoitia (*gizóna* «el hombre (abs.)» / *gízonak* «los hombres (abs.)»), aunque no para la de Azpeitia, donde el acento ha perdido esa función morfológica en bisílabos (*gizóna* «el hombre (abs.)» / *gízonak* «los hombres (abs.)»), pero *alkátie* «el alcalde (abs.)» / *alkátiek* «los alcaldes (abs.)»). En realidad, variantes de este fenómeno de retracción anti-oxítona, seguramente originada en las formas no marcadas, ocurren en diversos puntos, entre los que hemos visto Ondárroa-Marquina, sub-variedades de Guernica<sup>90</sup> y Guecho en formas como *étxik* «casas (abs.)». Si es que verdaderamente esto supone un sustento a las formas del

<sup>88</sup> Para este último ejemplo, cf. *ibidem*, p. 45.

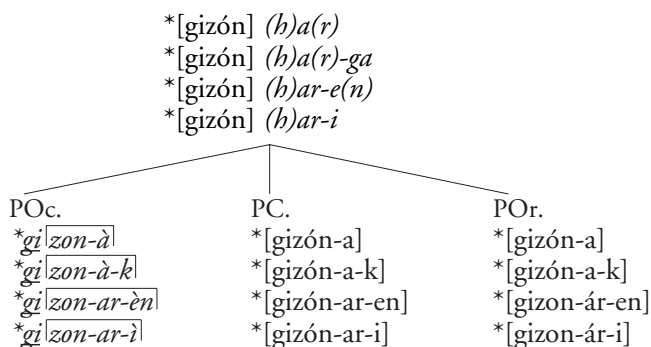
<sup>89</sup> Refiriéndose a un caso semejante a los anteriormente citados en el que hay extensión de final de grupo a final de palabra, Hyman dice (cf. *ibidem*, p. 44): «This phenomenon of generalizing from a pause to a word boundary is quite general, I would like to claim».

<sup>90</sup> Si bien en Arteaga no se explica muy bien cómo es que el plural es pre-pre-accentuante (*gízonak* «los hombres (abs.)») pero el singular no ha sufrido retracción (*gizóna* «el hombre (abs.)»).

tipo  $*gi\overline{[zo-na-re(n)]}$  (es decir, el *guizonarén* de Larramendi) como «proto-occidentales», hemos de tener en cuenta que el acento en la última sílaba de las formas no marcadas se ha tenido que alcanzar mediante la reinterpretación acentual de la caída melódica de la sílaba en que termina el contorno tonal.

Por el este, la acentuación deuterotónica se eliminó mediante su sustitución por una acentuación paroxítona, quizás a partir de la reinterpretación de palabras con el patrón [ \_ ' \_ ]. Éste es un patrón deuterotónico, pero también paroxítono, según se mire, y si se interpretó así el acento paroxítono se pudo generalizar a otras palabras sin ambigüedad, especialmente las bisilábicas, provocando el cambio [ \_ ' \_ ] > [ ' \_ \_ ]. Este cambio, por cierto, evita una vez más en ciertos casos el acento oxítono y con él el antinatural tono alto a final de dicción o grupo prosódico. Otra motivación clara fue seguramente la del influjo de los romances gascón y aragonés, pues ambos evitan acentos proparoxítonos. De esta forma,  $*gizón$  > or.  $*gizon$ ,  $*gizón-a$  > or.  $*gizón-a$  «abs. sg.»,  $*gizón-har-e(n)$  > or.  $*gizon-hár-e(n)$  «gt. sg.», etc...

Esbozcamos a partir de lo dicho la posible evolución de abs., erg., gt. y dat. singulares en proto-vasco, «proto-occidental», «proto-central» y «proto-oriental»:



Pasemos al plural. Sobre el origen de la declinación plural hay básicamente dos hipótesis: la de Irigoyen y la de Gavel-Michelena (cf. Azkarate & Altuna 2001: 42-46). Irigoyen considera que, al igual que el artículo singular, todas las formas del plural provienen de algún determinante enclítico, seguramente el mismo que después ha dado *haiek* «aquellos», al que después se le añade el caso correspondiente, de manera que *gizon-ek* «los hombres (erg.)» estaría respecto a *gizon haiek* «aquellos hombres (erg.)» en la misma relación histórica que *gizon-aren* «del hombre» respecto a *gizon haren* «de aquel hombre». Pero Irigoyen deja sin una solución explícita el absolutivo plural *-ak*. Gavel y Michelena, entre otros, consideran que las formas del plural están construidas a partir de un sufijo  $*-ag(a)$ , que es acaso el mismo que aparece en la toponimia y en los apellidos con el sentido quizás de colectividad o abundancia (*Elgorriaga, Arriaga, Madariaga...*). La terminación del abs. pl. saldría de  $*-ag(a)$  > *-ak*, mientras que la de erg. pl. saldría de  $*-ag-e-k$  (sufijo colectivo + vocal epentética + desinencia de ergativo). Esta teoría tiene la ventaja de que explica todos los casos, y además clarifica muy bien por qué se ha podido producir el sincretismo entre abs. pl. y erg. pl. en la zona correspondiente al tipo I pero no en el resto de las zonas ( $*-ag(a)$  > *-ak* en todos los dialectos, pero  $*-ag-e-k$  > *-ak* en el tipo I, > *-ek* en el resto). En cambio, tiene el inconveniente de que lo que sucede en la

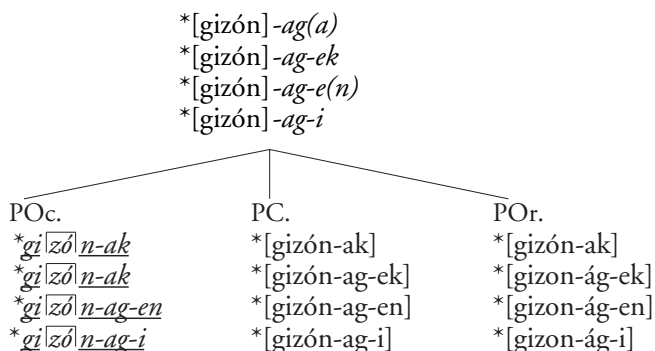
acentuación del tipo I es justo lo contrario a lo esperado. En efecto, no es muy lógico que en V. mientras que *-a* «abs. sg.», que procede de un determinante, se gramaticaliza y pasa a formar parte de la unidad acentual, el presunto sufijo *-ak* «abs. pl.» que como tal con más razón tendría que estar ligado al tema, se quede fuera de la unidad acentual de éste. No obstante, dado que la primera hipótesis no tiene una especulación formal sobre la reconstrucción de todas las formas, haremos las representaciones correspondientes partiendo de la segunda teoría. Sea cual sea el origen gramatical de las formas plurales, lo cierto y constatable es que en «proto-central» y «proto-oriental» los morfemas plurales pasaron a formar parte de la unidad acentual del tema, mientras que en «proto-occidental» se quedaron fuera.

En el área occidental (correspondiente al tipo I), los morfemas de plural, sea cual sea su procedencia, provocan acento léxico en la última sílaba del tema al que son sufijados. Son, por tanto, morfemas pre-acentuales, marcados, y se oponen al resto del léxico, que es en su mayoría no marcado. Como sabemos, Hualde cree que el tipo I surgió a partir de un acento, no contrastivo, y operativo sólo a nivel de grupo prosódico, por medio de una serie de reglas que produjeron acentos léxicos. Hemos expresado nuestras reservas ante este planteamiento y hemos anunciado que formularíamos otro precisamente en este punto del trabajo. Pues bien, dado que partimos de un acento demarcativo en la segunda sílaba en proto-vasco, parece sugerente pensar que en realidad estas palabras marcadas en el tipo I, como *gizón-ak* «los hombres (abs./erg.)», representan no una innovación sino una continuidad con el sistema proto-vasco común. Hualde entiende que en proto-vasco tanto *\*gizon-a* «abs. sg.» como *\*gizon-ak* «abs. pl.» carecían de cualquier acento léxico y que eran insertados sin acento en la cadena hablada, que tenía prominencia sólo en la última sílaba ante pausa. Después, en «proto-occidental», surgió una regla por la cual *\*-ak* provocaba el acento léxico del tema en su última sílaba, de manera que *\*gizon-ak* > *\*gizón-ak*, mientras que *\*gizon-a* y todas las formas del singular han mantenido la acentuación antigua. Pero nos parece más cómodamente concebible pensar que lo que ha ocurrido es justo lo contrario: no ha tenido lugar ninguna regla de asignación de acento léxico en estructuras composicionales, sino que algunas de éstas han mantenido la acentuación demarcativa antigua, mientras las palabras sin ningún elemento (raíz o morfema) marcado han perdido la prominencia a nivel de palabra. Así, *\*[gizón-a]* «abs. sg.» habría perdido toda demarcación (quizás porque tras debilitarse el acento intensivo, al quedar toda la palabra dentro de la demarcación ninguna sílaba era más prominente que otra), > *\*gizon-a*, mientras que *\*[gizón]-ak* «abs. pl.» la habría conservado (quizás porque al quedar la sílaba *-zo-* dentro de la unidad acentual y *-nak* fuera, siendo además *-ak* seguramente un morfema enclítico, *-zo-* resultaba prominente), > *\*gizón-ak*. Vistas desde un punto de vista sincrónico, formas como V. *gisón-ak* «abs. / erg. pl.», *gisón-en* «gt. pl.» o *gisón-ai* «dat. pl.» resultan marcadas, pero desde un punto de vista diacrónico pueden en realidad ser arcaísmos. Esta hipótesis requeriría aceptar que los acentos deuterotónicos se han conservado ante sufijos marcados (también palabras como *lotsá-ti* «vergonzoso» o *emá-le* «dador», por ejemplo, habrían sido fuentes de conservación del antiguo acento) en bisílabos, que en estas palabras esos sufijos han sido reinterpretados como pre-acentuales, y que a partir de ahí han pasado a provocar acento léxico también en raíces de más sílabas. Tengamos en cuenta que estamos hablando de

una época sumamente antigua y que en ella las raíces trisilábicas (o incluso mayores) podrían ser marginales. Es innegable que para aceptar esta hipótesis es necesario asumir ciertos puntos de arbitrariedad nada desdeñable, pero en conjunto no nos parece que la idea se aleje demasiado de la simplicidad argumentativa que requieren las explicaciones analíticamente eficaces.

Por el este, la acentuación pasa de ser deuterotónica a ser paroxítona. Al respecto valga lo dicho para el singular. El morfema plural, sea lo que sea en origen, en este caso entra dentro de la unidad acentual y además con el cambio de acento éste recae sobre él en casi todos los casos, pero no en el absoluto, forma en la que, si en verdad procede de *\*-ag(a)*, seguramente se apocopa la última vocal antes por lo menos de la generalización del acento paroxítono en «proto-oriental» (de lo contrario, en S. tendríamos *\*\*gizun-ák* «abs. pl.» en lugar de *gizún-ak*).

Así pues, en el plural la evolución de los cuatro casos anteriormente tratados habría sido de esta manera:



#### 4. Apostilla cronológica

Una vez esbozado este esquema, y habiendo llegado hasta aquí, no podemos poner punto final a este trabajo sin antes abordar el tema de cómo se ha podido producir esta trifurcación desde un punto de vista cronológico. Está claro que no se pudo producir simultáneamente y en partes iguales, como quien parte un pastel en tres partes de 120° cada una. Hemos trabajado en todo momento bajo la hipótesis de que la zona central, correspondiente al tipo acentual IV, ha conservado a grandes rasgos la acentuación original. Esto hace que según descendemos de la lengua reconstruida a los tres focos dialectales («proto-occidental», «proto-central» y «proto-oriental») tengamos en todo momento el eje «proto-vasco»-«proto-central» como línea conductora. Lo que hace falta determinar entonces es cuándo se desgajó el «proto-occidental» por el oeste y el «proto-oriental» por el este. Aclaremos que nos estamos refiriendo sólo a la trifurcación del sistema acentual, en tanto que ésta no tiene por qué comportar necesariamente una división histórica de los dialectos que cada foco comprende, ni una compaginación con otras isoglosas dialectales. Por ejemplo, el tipo I comprende los dialectos V. y G., y éstos entran estructuralmente en el mismo grupo clasificatorio en cuanto al acento, pero difieren muchísimo en cuanto a la morfología.

Ya hemos dado una posible datación al desgajamiento por el oeste. Si préstamos con acento marcado como *géla* «sala, habitación» (< lat. *cella*), *ki(n)púla* «cebolla» (< lat. *caepŭlla*) y *makilla* «palo, vara» (< lat. *baccŭlla*),<sup>91</sup> han conservado los rasgos fonéticos latinos de una época tan arcaica que en ella lat.cl. /k/ aún no había palatalizado ante vocal anterior, las oclusivas sordas intervocálicas aún no habían sonorizado, y lat.cl. /i/ aún no había pasado a lat.vulg. /e/, entonces parece que hay que pensar que la demarcatividad acentual de palabra ya se había eliminado en el tipo I en una época antiquísima, anterior a esos cambios, pues de lo contrario estas palabras no serían marcadas. Qué valor se les da a estos hechos dependerá de la metodología y los criterios, a veces meramente impresionistas, de cada investigador.

Por el este, parece fuera de toda duda que la generalización de la acentuación paroxítona (es decir, la desmembración del tipo II del tipo IV) se ha tenido que producir antes de la caída intervocálica de -g- en los morfemas de plural \*-ag(a) «abs.», \*-ag-ek «erg.», \*-ag-i «dat.», etc... El cambio tiene, por tanto, cierta antigüedad. Pero recordemos que según Michelena también se ha tenido que producir después de la caída de la -n- intervocálica (SHLV, 239), puesto que, de lo contrario, no se entiende cómo tenemos S. *xahu* «limpio» < lat. *sānum*, pero S. *ardu* «vino» < \**ardano*. En pura teoría, aceptar esto nos sería sumamente útil para trazar una cronología relativa de los tres cambios: 1.º caída de -n- intervocálica > 2.º generalización del acento paroxítono > 3.º caída de -g- intervocálica en los morfemas de plural. El problema es que también cabe la posibilidad, que de hecho según nuestro punto de vista es más probable, de que S. *xahu* haya adoptado la aspiración por extensión analógica del abs. sg. *xahú-a*, e incluso del inesivo sg. *xahú-an*, del instrumental sg. *xahú-az*, y de todas aquellas formas del paradigma en las que el acento recayera en la segunda sílaba y por tanto se conservara la aspiración. En cambio no habría podido ocurrir en ningún caso \*\**ardanhó-a* > \*\**ardaho* puesto que en S. la aspiración nunca puede aparecer en tercera sílaba.

Con todo, creemos que el desmembramiento del tipo I por el oeste es más antiguo que el del tipo II por el este. Cuando se desgajó aquél, debieron quedar dos grandes zonas: la occidental por un lado y el resto (la zona correspondiente a los actuales tipos IV, II y III) por otro. La primera a grandes rasgos había perdido la demarcatividad acentual, mientras que la segunda conservaba el acento deuterotónico de la proto-lengua. Sin ánimo de trazar una división dialectal de un profundo calado, la división de estos bloques (*mutatis mutandis*, los dialectos V. y G. por un lado, y todos los demás por otro) corresponde también a la de dos importantes isoglosas: 1) la isoglosa sincretismo / no sincretismo entre abs. y erg. en el plural; y 2) la

<sup>91</sup> Más ejemplos de ítems marcados recogidos en Guecho y que son préstamos latinos antiguos los da Hualde en (1993b: 36). Entre los que nos pueden interesar por su tratamiento de secuencias latinas que en romance han sufrido cambios cuya cronología es hasta cierto punto identificable (y que por tanto han ingresado en el léxico vasco en fecha en cierta medida localizable), están: *akúllu* «aguijada» < lat. *āculus*, *apóstolu* «apóstol» < lat. *āpostolus*, *dénda* «tienda» < lat. *tenta*, *erregiña* «reina» < lat. *rēgina*, *estárta* «estrada» < lat. *strāta*, *gaztelu* «castillo» < lat. *castellum*, *górta* «cuadra» < lat. *cohort(em)*, *gúra* «deseo» < lat. *gula*, *keriza* «cereza» < lat. *cērēsīa*, *kollára* «cuchara» < lat. *coc(h)lear*, *txásta* «gustar, catar» < lat. \**tastāre*, *titéra* «dedal» < lat. *dīgītālis*. Para ver otra lista también muy elaborada, esta vez recogida en Lequeitio, que contiene palabras nativas o préstamos, con acentuación marcada o no, de diversos estratos cronológicos; cf. Hualde, Elordieta & Elordieta (1994: 53-55).

isoglosa *zan / zen* «(él, ella) era». En el fondo, quizás se trate subyacentemente de la misma isoglosa, ya que en ambos casos lo que ocurre es que la secuencia vocálica *-ae-* se resuelve evolucionando > *-a-* en la zona del tipo I y > *-e-* en las zonas correspondientes a los tipos IV, II y III: *\*gizón-ag-ek* «erg. pl.» > *\*gizón-aek*, y a partir de aquí, > *gizón-ak* en la zona occidental y > *gizón-ek* en el resto. Igualmente, *\*zaen* «(él, ella) era» > *zan* en la zona occidental y > *zen* en el resto. De todas suertes, creemos que esto no debe interpretarse como una división en sentido arbóreo, puesto que la fijación de tales divisiones, al menos en lo que concierne a la primera isoglosa, debe ser posterior a la caída de *-g-* en los morfemas de plural, cuando ya cada foco dialectal hacía tiempo que evolucionaba por su propio lado.

Por último, de la zona occidental se ramificaron todas las innumerables variaciones del tipo I, aunque no sabemos hasta qué punto en el tiempo éstas constituyeron una unidad. En el resto del área vascofona, según hemos visto del tipo IV se desgajó el tipo II, y más tarde de éste se desgajó el tipo III.

## Bibliografía

- Agud, M. & A. Tovar, 1990-, *Diccionario etimológico vasco (=DEV)*, «Anejos del *ASJU*» San Sebastián.
- Altube, S., 1932, *El acento vasco*, Bermeo.
- , 1934, *Observaciones al tratado de «Morfología Vasca» de don R. M. de Azkue*, Bermeo.
- Álvarez, J. L. (Txillardegí), 1984, *Euskal azentuaz*, San Sebastián.
- Artiagoitia, X., Goenaga, P. & J. A. Lakarra (eds.), 2002, *Erramu Boneta. Festschrift for Rudolf P. G. de Rijk*, Anejos de *ASJU*; UPV/EHU, Bilbao.
- Azkarate M. & P. Altuna, 2001, *Euskal morfologiaren historia*, San Sebastián.
- Azkue, R. M., 1931, *Del acento tónico vasco en algunos de sus dialectos*, Bilbao.
- , 1969, *Morfología vasca*, Bilbao.
- Basterrechea, J., 1974, «Estudios sobre entonación vasca según el habla de Guernica», *FLV* 18. 353-393, y *FLV* 21, 289-338.
- Camino, I., 1997, *Aezkoako euskararen azterketa dialektologikoa*, Lasarte-Oria.
- Chomsky, N. & Halle, M., 1965, *The Sound Pattern of English*, MIT U. P., 1968.
- Echevarría, M. S. & H. Contreras, 1965, «Araucanian Phonemics», *IJAL*, 31, 132-135.
- Gaminde, I., 1994, «Munitibar eta inguruko azentu ereduaz», *FLV* 65, 81-119.
- , 1995, «Euskal azentu-ereduen atlasarako: zenbait isoglosa», *ASJU* 29, 175-197.
- , 1995, «Gipuzkeraren acentuaren azterketa akustikoa», *FLV* 69, 297-321.
- , 1995, *Bizkaieraren azentu-moldeez*, Bilbao.
- , 1998, *Euskaldunen azentuak*, Bilbao.
- Gavel, H., 1920, *Éléments de phonétique basque (=EPB)*, *RIEV*, 12.
- Grandgent, C. H., 1991, *Introducción al latín vulgar*, Madrid.
- Holmer, N. M., 1964, *El idioma vasco hablado*, San Sebastián, 1991 (1ª edición).
- Hualde, J. I., 1989, «Acentos vizcaínos», *ASJU* 23, 275-325.
- , 1990, «Euskal azentuaren inguruan», *ASJU* 24, 699-718.
- , 1991a, «Acentos del Bidasoa: Hondarribia», *ASJU* 25, 139-152.
- , 1991b, «Larramendi y el acento vasco», *ASJU* 25, 737-749.
- , 1992, «Notas sobre el sistema acentual de Zeberio», *ASJU* 26, 767-776.
- , 1993a, «Topics in Souletin Phonology», en Hualde & Ortíz de Urbina (eds.), 289-327.
- , 1993b, «On the historical origin of Basque accentuation», *Diachronica* 10, 13-50.
- , 1993c, «Observaciones acerca del acento de la zona occidental de Guipúzcoa», *ASJU* 27, 241-263.

- , 1994b, «Euskal azentuak eta euskara batua», *Euskera* 39, 1549-1578.
- , 1995a, «Análisis del sistema acentual de Ondarroa», *ASJU* 29, 319-343.
- , 1995b, «Sobre el acento roncalés», *ASJU* 29, 499-525.
- , 1995c, «Reconstructing the Ancient Basque Accentual System: Hypotheses and Evidence», en Hualde, Lakarra, & Trask, (eds.), pp. 171-188.
- , 1996, «Accentuation and empty vowels in Ondarroa Basque: Against the concept of phonological derivation», *Lingua* 99, 197-206.
- , 1997, *Euskararen azentuerak*, «Anejos del ASJU», San Sebastián-Bilbao.
- , J. A. & Lakarra & R. L. Trask (eds.), 1995, *Towards a History of the Basque Language (= THBL)*, Amsterdam/Filadelfia.
- , & X. Bilbao, 1992, *A phonological study of the Basque dialect of Getxo*, «Anejos del ASJU», San Sebastián.
- , A. Elordieta y G. Elordieta, 1994, *The Basque Dialect of Lekeitio*, «Anejos del ASJU», Bilbao-San Sebastián.
- Hurch, B., 1987, «On Aspiration with Special referente to Basque», en *Euskal Morfosintaxia eta Fonología eztabaida gaiak* (ed. P. Salaburu), Universidad del País Vasco.
- , 1988, *Über Aspiration*, Tübinga.
- Hyman, L. M., 1977, «On the Nature of Linguistic Stress», en Hyman (ed.), 37-82.
- (ed.), 1977, *Studies in stress and accent*, Los Angeles.
- Ibarra Murillo, O., 1995, *Ultzamako hizkera. Inguruko euskalkiekiko harremanak*, Morentín.
- Igartua, I., 2002, «Euskararen hasperena ikuspegi tipologiko eta diakronikotik», en Artiagoitia, Goenaga & Lakarra (eds.), pp. 367-389.
- Jacobsen, W. H., 1972, «Nominative-Ergative Syncretism», *ASJU* 6, 67-109.
- Ladefoged, P. & Maddieson, I., 1996, *The Sounds of the World's Languages*, Oxford.
- Lafon, R., 1962, «Sur la voyelle ü en Basque», *BSL* 57-1, 83-102 [*Vasconiana*, pp. 95-111].
- , 1999, *Vasconiana* (recopilación de artículos y trabajos; ed.: Euskaltzaindia), Bilbao.
- Lakarra, J. A., 1995, «Reconstructing the Pre-Proto-Basque Root», en Hualde, Lakarra & Trask, (eds.), pp. 189-206.
- , 2002, «Etymologiae (Proto)Uasconicae LXV», en Artiagoitia, Goenaga & Lakarra (eds.), pp. 425-442.
- Larramendi, M., 1729, *El impossible vencido*, Salamanca.
- Larrasquet, J., 1928, *Action de l'accent dans l'évolution des consonnes étudiée dans le Basque souletine*, París.
- Lehiste, I., 1970, *Suprasegmentals*, Cambridge, Massachussets & Londres.
- Martinet, A., 1950, «De la sonorisation des occlusives initiales en basque», *Word* 6.
- , 1974, «La reconstrucción estructural: las oclusivas del vasco», en *Economía de los cambios fonéticos*, Madrid (1ª edición: 1955), pp. 524-550.
- Michelena, L., 1950, «De fonética vasca. La aspiración intervocálica», *BAP* 6, 443-459 [*SHLV*, pp. 190-202].
- , 1951, «De fonética vasca. La distribución de las oclusivas aspiradas y no aspiradas», *BAP* 7, 539-549 [*SHLV*, pp. 212-219].
- , 1953, *Apellidos vascos*, San Sebastián, [1ª edición] 1997.
- , 1958, «A propos de l'accent basque», *BSL* 53, 204-233 [*SHLV*, pp. 220-239].
- , 1990, *Textos arcaicos vascos (=TAV)*, San Sebastián, (1ª edición: 1964).
- , 1972, «A Note on Old Labourdin Accentuation», *ASJU* 6, 110-120 [*PT*, pp. 235-244].
- , 1976, «Acentuación alto-navarra», *FLV* 8, 147-162 [*PT*, pp. 245-260].
- , 1977, *Fonética histórica vasca (=FHV)*, San Sebastián, (1ª edición: 1961).
- , 1987, *Palabras y textos (=PT)*, Universidad del País Vasco.



- , 1988, *Sobre historia de la lengua vasca* (=SHLV), San Sebastián.
- Munro, P., 1977, «Towards a reconstruction of Uto-Aztecan stress», en Hyman (ed.), pp. 303-326.
- Navarro T., 1925, «Pronunciación guipuzcoana», *Homenaje a Menéndez Pidal*, Madrid, pp. 593-653.
- , 1926, «Sobre la entonación y el acento vascos», *RIEV* 17, 404-406.
- Ormaechea, N., 1918, «Acento vasco», *RIEV* 9, 1-15.
- , 1926, «La pronunciación guipuzcoana del Sr. Navarro Tomás», *RIEV* 17, 260-268.
- Rotaetxe, K., 1977, *Estudio estructural del euskara de Ondárroa*, Durango.
- , 1978, «L'accent basque», *La Linguistique* 14, 55-77.
- Trask, R. L., 1997, *The History of Basque* (=HB), Londres-Nueva York.
- D'Urte, P., 1989a, *Pierre D'Urteren hiztegia, I*, Londres, 1715 (edic. de P. Urquizu, San Sebastián).
- , 1989b, *Pierre D'Urteren hiztegia, II*, Londres, 1715 (edic. de P. Urquizu, San Sebastián).
- Van Coetsem, F., 1996, *Towards a Typology of Lexical Accent*, Heidelberg.
- Zaldibia, J., 1945, *Suma de las cosas cantábricas y guipuzcoanas*, San Sebastián [ed. de F. Arocena].